
TODAS LAS ESTRELLAS POSIBLES

JAIME RESTREPO CUARTAS

© Jaime Restrepo Cuartas
© Editorial Universidad de Antioquia
© Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina

Nadia aspiró el aroma del bosque, se quitó los chanclos y se metió por entre los matorros hasta salir a la quebrada. El piso estaba húmedo y el rocío de la madrugada cubría las hojas de las plataneras, que destilaban pequeñas gotas contra la arena de la playa. El agua bajaba rauda alrededor de las rocas del cauce y hacía un ruido de creciente, señal de que la lluvia azotaba las cabeceras. Llegó a la orilla con los pies embarrados y los metió dentro del agua, lo que hizo que ésta se pusiera más turbia de lo que estaba. Sintió que un vaho fresco la inundaba y se dispuso, como otras veces, a mirar los animaluchos que brincaban en los remansos. Los bichos, insectos de patas largas, circulaban por la superficie; parecía que hubieran aprendido a caminar sobre el agua; al fondo, bajo la turbidez, se veían docenas de huevos negros en una masa gelatinosa que se pegaba a las costuras de lama de las piedras. Sus ojos todavía andaban congestionados de la ira y unas lágrimas secas le surcaban las mejillas. Hablaba sola; casi siempre hablaba sola y si tenía compañía no hablaba; además, se encontraba partida de hambre.

"No voy, no voy y no voy". Se acordaba cómo su madre le dijo que era hora de irse con ellos, con los muchachos. Que no se la aguantaba. "Además —rezongaba—, había que subir montañas y cruzar cañadas, y había que dispararle a los ricos o a quienes ellos dijeran, y sentía agonía, mucha agonía". No quería que su madre la obligara; la obligaba a todo, por ejemplo a buscar a su padre así fuera de noche y tuviera que ir a desenterrarlo de una cantina o a ir a la escuela aunque estuviera lloviendo o a hacer mandados al caserío; pero también a que atendiera a los unos y a los otros como si fueran sus hermanos mayores, y siempre estaba ahí gritándole que le llevara tinto a los compañeros o pegándole coscorriones si se le olvidaban los recados; "y yo por qué, si yo no soy sirvienta de nadie". Sobre todo, que su casa se volvió un sitio de convites. "Para eso que les dio por venir a diario; ni que no tuvieran dónde más". Y no había siquiera cómo acomodarlos en una casa tan pequeña; tenían que charlar en el patio, sentados en un tronco viejo usado como banca y que andaba medio pudriéndose a la intemperie. Pero de banca servía, de cualquier manera. Y tomen tinto y fumen cigarrillos y charlen y charlen hasta la madrugada. "Que ni dejaban dormir".

La turbidez de las aguas no dependía de la mugre que también vaciaban los ranchos con sus desagües siempre hacia las quebradas; resultaba que el cauce, al hacer su recorrido, pasaba por unas minas de

carbón, lo que les daba un aspecto ceniciento. A veces se ponían terrosas, pero eso ocurría cuando llovía mucho y los caños se crecían o si ella metía los pies embarrados y las aguas se curtían. Al río, si es que alcanzaba a serlo, porque corriente no tenía mucha ni presentaba raudos peligrosos como el Riosucio o el Atrato, lo llamaban Río Cuchillo, pero nadie sabía las razones para bautizarlo de ese modo, como si se pareciera a la hoja de un afilado machete o diera esos visos que dan las armas blancas con los destellos del sol o como si los paisanos del lugar lo relacionaran con alguna clase de violencia. Cuchillo se llamaba desde que sus padres existían y Cuchillo seguirá llamándose, a menos que se vayan todos los que hoy de ese modo lo conocen y venga gente nueva que le busque un nombre cualquiera o lo vuelvan a bautizar personas que deseen hacerle un homenaje a algún señor de mucho prestigio, por ejemplo al cura del pueblo.

Nadia tenía doce años recién cumplidos y le gustaba caminar descalza por el pedregal, meter los pies en el agua y remover el lodo para mirar cómo se escapaban los renacuajos que huían despavoridos con el alboroto que causaban sus dedos. Ni siquiera sabía que querían los tipos esos, porque con ellos las conversaciones se volvían cosas de misterios y secretesos; pero sí sabía que su padre les hacía mandados, llevaba razones y traía paquetes del pueblo; pero no de este villorrio que ni siquiera en los mapas existe, que apenas si tiene doscientas casas, le dicen San José de los Milagros y se encuentra a un kilómetro de distancia del rancho en donde vive, sino de uno muy grande, que queda como a cuatro horas de camino si el paso es bueno o si es a lomo de mula, del cual ella no se acuerda el nombre ni lo ha visto nunca, pero del que escucha que las calles son pavimentadas como en la capital y hay iglesia con un montón de sacerdotes y hasta un obispo, y bancos para prestarle dinero a la gente, y mucho movimiento de carros que entran y salen con soldados armados hasta los dientes.

"Yo que culpa tengo de que a mí no me atraigan las armas ni la chusma esa —decía Nadia al chapotear las aguas con sus pies—, ¿y si me viene la regla que?, uno por allá metido en el monte". Porque tenía doce años y ya casi era una mujer, por lo menos eso le decían a su padre los muchachos esos. Todo porque le salieron tetas que ahora tendrían el tamaño de unos limones. Pero para ser mujer debía venirle la regla y darle los mismos malestares que a la mamá y los dolores en el bajo vientre y la jaqueca y las quejumbres de todo el día. "¿Y si no le venía la regla qué?" Tal pareciera que querían salir de ella para entregársela por ahí a cualquier condenado. "Porque está muy rebelde la culicagada y hay que amansarla por allá en el monte. Aquí ni el juete le vale", le oía decir a Dolores poniéndole quejas a Emilio, su marido. No le gustaba que la entregaran a nadie y parecía que la estuvieran regalando por cualquier cosa. De seguro la

pondrían a cocinar y a lavar ropa y a llevarle tinto a los señores, que esa es la tarea que les toca a las mujeres. "Como si uno fuera una ñola", se repetía con enfado.

Al otro lado de la ribera la arboleda se movía con un viento largo que sonaba a veces por entre las cañadas. Había silbos de pájaros que ella llamaba sinsontes, pero que parecían mirlos porque tenían el pico rojo, y de vez en cuando volaba un diostedé amarillo que su hermano perseguía con una honda, pero que no pudo tumbar con esas piedras redondas y pulidas que escogía en la quebrada. A ella, sin embargo, le gustaba que el hermano no tuviera tanta puntería, porque el animal era muy bello con ese pico grande y su aspecto solitario y porque Néfer siempre tenía que estar tirándole pedradas a todo lo que veía, lo cual a ella la indignaba. Pero también se escuchaban sonidos de grillos que a veces se sentían como un infierno y hasta los zancudos le zumbaban a uno en los oídos como cuando llegaba la noche. A esa hora, que serían si acaso las seis de la madrugada, se empezaba a notar movimiento en la casa de don Arnoldo, que quedaba en la última curva, más abajo de las plataneras de su padre y lindando con la tierra de éste; incluso se veía salir humo por el entejado y se sentía en el aire el aroma del chocolate. Arnoldo no sembraba plátano sino cacao y muchas veces lo veía cargar dos mulas para llevar los bultos de fruta a la cooperativa que esos señores instalaron en el caserío. "Mi papá debía ser como él, que es acomedido —decía— y que no se mete con nadie y no está entregándole las hijas a nadie".

"Nadia, Nadia, ¿dónde estás culicagada?", se oía a lo lejos la llamada de su madre. Pero ella no quería contestar y se hacía la que no oía. Le cargaba odio o sentía que la odiaba, porque cómo así que la obligaría a irse con unos tipos que no eran nada con ella, ni siquiera tíos, y qué con ese cuento de pagar servicio si ella no era hombre ni le importaba lo que decían que estaba pasando. "No ve que estamos en guerra, hija, ¿o acaso no se ha dado cuenta?", le decía Dolores. Además, Nadia no veía que estuviera pasando nada. "Así como los pelados le pagan servicio militar al gobierno, así en los pueblos nuestros la gente también debe pagarlo; es una contribución con la revolución", decía uno de esos señores y no diferenciaba con las mujeres como si fuera lo mismo, "porque ellas prestan mucha ayuda doña Dolores". "Sí, ¿cuál ayuda? Mi mamá es como atembada". Hasta prefería estudiar y podría jurarle a sus papás que no volvería a hacer melindres ni a portarse mal con su hermano. Pero qué va, ni siquiera le hacían caso.

Seguía el viento silbando, seguía el agua corriendo, seguían los pájaros volando y seguía ella metiendo los dedos en el pantano para espantar los renacuajos, que después de unos minutos, si las aguas volvían a

aclararse, regresaban a nadar cerca de sus dedos con sus colas largas y delgadas y sus cuerpos rechonchos y negros. A su lado cada fragmento de la naturaleza se agitaba: croaban las ranas, zumbaban las moscas, chillaban los grillos, cantaban los pájaros, sonaba la corriente, silbaba el viento, crujían las ramas de los árboles y se oían los gritos de su madre. "Te voy a dar una tunda que te vas a acordar de mí". Y apenas amanecía.

Hasta que llegó Néfer haciendo ruido como un marrano. Cargaba la honda en la cintura. "No falta sino que te revuelques en la tierra", le dijo ella con una sonrisa cálida, porque le tenía cariño a pesar de todo. "Qué vaya donde mi mamá", le dijo el niño, mucho menor que ella. "No quiero ir —le contestó Nadia— debería esperar que usted creciera para que se lo entregaran a la chusma, yo soy mujer". El muchacho abrió los ojos, asustado. "Yo no me voy con ellos, yo estoy en la escuela". "Y eso qué, yo también estoy matriculada en la escuela; ¿no vamos pues juntos? Espere que esté más grande para que vea como también se lo llevan". Néfer se sentó en una roca y comenzó a tirarle piedras a los charcos de la quebrada. Los chapoteos que producían los golpes contra el agua y los sonidos de las hojas de la arboleda llegaban como apaciguándolos. "No me importa que me lleven, yo soy capaz de disparar", decía el niño. "Sí, también cree que es como tirarle piedra a los pájaros, eso es matando mijo, aunque usted está acostumbrado a matar animales". El muchacho la retó: "pero es matando ricos". "Sí, eso es lo que usted cree, y también lo matan a uno".

"¿Dónde estás mugrosa que te va a coger la tarde?", se oía a lo lejos. "Néfer, Nadia". El muchacho la miró cuando metía de nuevo los pies en el barro. "Le van a dar candelillas y la van a castigar", le dijo. "Ya me castigaron. No ve pues que me pegan a cada rato. Además, no me importa que me enferme, que me dé tuntún y que me muera, ¿qué más quieren si yo no les importo?". Nadia se encogió de hombros y sacó los pies del pantano, los colocó sobre un pedrusco y comenzó a limpiarse el barro con el agua más limpia de la superficie; después se los secó con la falda del uniforme y se devolvió por el sendero, se internó en la platanera y de paso, con sus manos, sobaba los colinos y abría las hojas verdes y frescas que se descolgaban a lado y lado y le humedecían los dedos. Al llegar al borde del cultivo y ver el patio de su casa, se puso de nuevo los chanclos y subió con premura la loma hasta entrar en la cocina por la parte posterior de la vivienda.

"Dónde se metió culicagada; le voy a dar juete si no me obedece". La madre amasaba maíz y la niña se sirvió el chocolate y se sentó en una butaca. Luego, haciéndose la inocente: "¿y mi papá?", le preguntó a la madre. "Ése como ya ni se mantiene aquí, por ahí debe estar cogiendo cacao". "¿Con don Arnoldo?". "Demás que sí". "Ése si es buen papá, no como ustedes". "Véanla, quién la crió, la vida es dura hija, hay que acostumbrarse; además, nadie ha decidido nada; eso es sólo una propuesta y las propuestas son para hacerlas". Hacía un viento frío y unas nubes gruesas recorrían el cielo. Parecía que fuera a llover e incluso alguna brizna entraba por la puerta de la cocina. "Quiere calentado o tortilla", le preguntó Dolores. "No, a mí me da no más la arepa". Nadia la miraba. Antes le parecía bonita y le gustaba sobarle el pelo y cepillárselo para hacerle algunas caricias, pero ahora la veía fea, con una arruga grande en la frente que la hacía ver dura, con la boca torcida y con los ojos medio cerrados por el humo que por efecto del viento se devolvía hacia la cocina y no alcanzaba a salir por la chimenea.

"Néfer", gritó la madre. Y Néfer entró de inmediato amarrándose la cauchera en la cintura. A su regreso del río, le pareció ver un tucán que merodeaba y se quedó atisbando con la honda lista, por si el animal le daba tiro. Pero el maldito se dio cuenta y no salió de su escondite. "Yo ya me tomé el cacao", dijo y se sentó en la misma banca en donde Nadia esperaba su arepa. "Córrase para allá, no sea conchudo", lo regañaba la niña. Las piernas le colgaban en la butaca en la que se sentaba. La madre hacía las arepas grandes y delgadas, de puro maíz cocinado, y uno de los muchachos del monte le recomendó que le enseñara a hacerlas así. "Todo eso sirve por allá", le dijo mirando a Nadia y la niña se paró brava y se escondió en el cuarto a llorar largamente, pero Hárrison se arrimó a la puerta de la habitación y le dijo como aconsejándola: "no se asuste, que la vamos a tratar como a una reina" y ella gritó desde adentro que primero se moría. Mas la madre no le replicó al guerrillero, antes parecía que le gustara que se la llevaran, porque le hablaba de lo fuerte que resultó para cargar leña y para caminar por las veredas; por eso la niña creía que la odiaba, pero no se atrevía a decirlo duro por miedo a que la castigara.

2

Al divisar la quebrada Tamborales Patricio se sintió mucho más fuerte que cualquiera de sus compañeros. "Sería la experiencia", pensó, al fin de cuentas llevaba nueve años en el ejército y caminos como ése los anduvo muchas veces, y más de veinte combates le tocaron en ese tiempo, incluso en zonas más

duras. Era de los pocos soldados profesionales en aquella columna. Él, y el Cabo Peña, quien ese día cubría la retaguardia. Esa jornada apenas si fue una caminata, un programa de boy scouts, una insignificancia; hasta el oficial al mando, que él alcanzaba a cada rato, lo devolvía para que le ayudara a los demás. "Ayúdele usted a esos güevones patinchados". A unos les cargaba el morral y a otros les daba agua o les sostenía el fusil mientras orinaban o les daba ánimos que en ocasiones era lo que faltaba. Así trasegaron ocho horas desde que salieron de la guarnición. Primero los llevaron en camiones por una carretera destapada y llena de baches, luego siguieron por una trocha cenagosa hasta que ésta se fue simplemente acabando y al final, por ahí a las cinco de la madrugada cuando empezaban a salir los primeros rayos de luz, los dejaron a la vera de un camino que se internaba en la montaña; desde ese momento comenzaron la jornada. Llevaban el casco, el morral, el fusil y las granadas; lo de rutina. Pero Solís cargaba un rocket y el Cabo Peña un radio especial con una antena larga que sobresalía encima de los hombros de los soldados.

Patricio no daba las órdenes; era simplemente un soldado, así que no podía ir en la delantera, aunque fuera experimentado, pues si llegaba a un sitio en donde se encontraran varios caminos no sabía por dónde seguir. Por eso adelante iba un baquiano de nombre Chalá, un indígena de Sotavento que le prestaba servicios al batallón. Mas ese día Patricio se sentía como un toro y se podía decir que iba empujando a Chalá y al mismo Teniente. Uno a uno los dejó regados en el camino y al retrasarse para ayudarle a alguien, lo hacía sólo por un rato, mientras el compañero recobraba fuerzas o recuperaba el aire, y muy pronto, a grandes zancadas, volvía a estar en la vanguardia. Al único que recuerda cómo nunca le ayudó y siempre lo vio bien de fuerzas fue a Édison, un novato para él, pues apenas llevaba un año largo de soldado voluntario; pero ése le caía gordo y tampoco le ayudaría, a menos que fuera por una orden del Teniente, porque al fin de cuentas, no le gustaría volverse a ver castigado como otras veces. Además, en esta vida de la milicia nunca se sabe cuándo el otro puede prestar un servicio, así que había que irse con cuidado. Bastantes enemigos tenían como para ganarse otros y más siendo compañeros.

Sí, le caía gordo, pero no sabía por qué. El muchacho era callado y ni siquiera le hablaba. Eso de que alguien le caiga a uno mal muchas veces no tiene motivos; simplemente ocurre. Y con Édison le pasaba eso. Tal vez las razones estaban en que lo veía fuerte para hacer camino y para cargar o por la mirada o por la forma de hablar o porque era como chicanero, vaya uno a saber. Pero algunos le caían bien como el Teniente Ospino, el oficial al mando, un verdadero líder, que siempre lo ponía a él como ejemplo. "Siganle el paso a Patricio; ése es el paso que tiene que tener un soldado", decía. Fue el Teniente quien de pronto se

paró, un poco más allá del medio día y les hizo señas para que se reunieran en un sitio, más o menos amplio y sin muchos árboles, que se hallaba antes de dejar la selva; mandó a Ascencio y a Éder a que se devolvieran unos cien metros atrás para hacer la vigilancia y les dijo que hasta ahí llegaban. Y también le caía bien Cambas, el nombre ni se lo sabía; tenía como dieciséis años y apenas unos cinco meses en la milicia, pero se sabía todos los chistes del mundo y remedaba a los unos y a los otros de tal manera que uno con sólo verlo se podía morir de la risa.

El lugar era boscoso y desde la orilla de los árboles se veía un descampado con hierba alta y lanuda, y más allá, a lo lejos, estaba el caserío. Si uno paraba bien la oreja se escuchaba el rumor de una corriente de agua, muy cerca, entre unos acantilados. Aguas limpias y frescas como para uno darse un baño antes de descansar; placeres que no disfrutaban hacía mucho tiempo y que no tenían en los cuarteles. El sol comenzaba a declinar y unas gotas de sudor les bajaban por la espalda. La quebrada se llamaba Tamborales, un afluente del Riosucio que se deslizaba muy cerca de Curadó; y en las orillas, sobre su margen derecha, un pequeño caserío, a modo de puerto, que apenas si se alcanzaba a distinguir porque las tejas de las casas reverberaban con el sol. Se llamaba Puerto Tambor; bueno, puerto es un decir, si puerto puede denominarse un villorrio como ése, adonde llegan y salen pangas para ambos lados: unas buscando llegar al Atrato y otras destinadas a recoger cosechas en las fincas de los colonos, aprovechando que desde ahí se podían comunicar con el mar y con los puertos que verdaderamente son puertos, como Quibdó o Turbo. Había pasado el medio día, llegaba la hora de descansar, comer algo y escucharle al Teniente los pormenores de la misión.

Él no les contaría mucha historia, eso casi nunca ocurría. Apenas lo indispensable; saber mucho puede ser peligroso y no saber nada, también; pero él era de los que pensaba que más bien no se debía platicar mucho, por eso simplemente ordenó hacer campamento, descansar un rato y tomar la ración. Además, el Cabo Peña sabía lo mismo que él y si él faltaba, pues el segundo cumpliría las órdenes. Al pedirle a los soldados que prestaran atención, llamó a Patricio y después de recorrer con la mirada la facha de los hombres al mando, escogió a Edison. "Ustedes dos —les dijo— irán a inspeccionar la zona". Luego, acercándolos a la salida del bosque les señaló la quebrada y los puso a mirar por los binóculos: al fondo se veía el Riosucio y destellaban las casuchas del puerto que apenas si se percibían por los reflejos del sol sobre las tejas de aluminio. "Irán con Chalá —dijo, mientras éste los miraba con una sonrisa desdentada—. Deben bajar por la quebrada separados cada uno por lo menos veinte metros y al llegar cerca del lugar

donde están acampados los desplazados, que se encuentra a un kilómetro del caserío, lo único que harán será observar lo que ocurra, mirar quienes entran y salen, si hay gente armada y si los tipos usan carros, lanchas u otros medios de transporte. Nadie los puede ver, ¿me entienden? Vayan livianos y al oscurecer se devuelven, así que dejen pistas para que no se pierdan en el camino. ¡Ah!, y no se les olvide que estamos en guerra y que esto está minado de bandidos, así que a hacer lo que saben".

Patricio y Édison comieron su ración, tomaron lo indispensable y se marcharon con el baquiano. Patricio los mandaba; eso se sabía, cuando no existían galones el más viejo daba las órdenes, a menos que estuviera castigado y ése no era su caso desde hacía mucho tiempo. Chalá les sonrió de nuevo y les indicó un camino que iba por el borde del bosque. Ellos lo siguieron. Iban tranquilos, algo despreocupados, ensimismados cada uno, contentos de mirar el paisaje, de sentir el vaho fresco que se levantaba con las caídas del agua por entre las rocas del cauce, de contemplar la llanura que se perdía entre los grises del atardecer y de tener tiempo para pensar. Chalá se sentía indispensable; no daba órdenes pero cualquiera se daría cuenta de la importancia de su papel; decidía por dónde cruzar, escogía las desechas, les hacía señales y los conminaba a bajar de las nubes, a regresar a la situación de riesgo, a la condición de acecho. Patricio miraba a Édison con cierto desdén, pero tenía que reconocer que se notaba fuerte y que no parecía conocer el miedo y Édison veía a Patricio con respeto, aunque el mulato le parecía seco y pedante.

Los demás utilizaron su tiempo para tomar un baño en la quebrada, relajarse, dormitar en las hamacas o quitarse las camisas y escurrirlas de sudor, y se contaron chistes o jugaron a las cartas. Luego, hubo cambio de guardia cada dos horas hasta que llegó el atardecer. Eran cuestiones previstas que todo el mundo sabía. El Teniente Ospino y el Cabo Peña se apostaron con los binóculos a mirar la ruta. Podían precisar bien, con su potente artefacto, los campos abandonados, los antiguos potreros, los saladeros cubiertos de maleza, incluso las mayorías que fueron desmanteladas por los colonos que venían de otras regiones huyéndole a la violencia y, en la llanura, los cultivos de plátano medio cubiertos de rastrojo; también recorrieron la quebrada hasta descubrir un puente colgante que atravesaba el río cerca al sitio en donde se juntaban las aguas y escudriñaron los cambuches que se agolpaban sobre la ribera, y después de buscar con insistencia, vieron regresar al indio y a los soldados por un recodo de la quebrada.

La planicie se extendía a lo lejos y desaparecía entre las nubes que se hacían densas en el horizonte; allá en donde debería estar el mar si uno siguiera derecho y recorriera la llanura. "No es como para que haya

llovía —pensó el oficial— pero en estos tiempos uno ni sabe”. Con el gris del atardecer el río brillaba como si fuera de plata y serpenteaba en la distancia cual una enorme culebra mientras el verde de la selva se diluía entre las sombras que se precipitaban raudas sobre la montaña. El piso se mantenía húmedo en la oscuridad del lugar y un manto de hojas lo suavizaba. Algunos pájaros se disponían a dormir en las ramas de los árboles y a esa hora se sentía con mayor fuerza el golpe de las aguas contra el cauce rocoso. Al final, cuando entró la noche y un viento fresco los bañaba, sólo se percibían las últimas nubes teñidas por un discreto rubor y aparecieron el silencio y las chicharras como compañía. Los soldados armaron sus hamacas entre los árboles, las cubrieron con mosquiteros y con plásticos, y se aprestaron a comer. Hasta los pájaros, acostumbrados a sus nuevos vecinos, cesaron su algazara y se acomodaron en sus nidos.

"Coman lo que tengan porque esta noche hay que ir a dormir temprano, ya ellos vienen de regreso. Mañana bajaremos a ese campamento. Vamos a inspeccionar, hacer un censo y prevenir infiltraciones. Pongan a funcionar la cabeza. Así que nos levantamos a las cuatro y salimos media hora más tarde", dijo el Teniente Ospino. De inmediato, los soldados se prepararon a cumplir las tareas que les faltaban. Sonaron pocillos, marmitas y cantimploras. En efecto, no pasaron quince minutos cuando, precedidos por el baquiano, llegaron Patricio y Édison, quienes fueron saludados con alborozo por los que estaban más cerca; al fin fue una misión y uno siempre se alegra si una misión sale bien; son cosas de la guerra. Esas cuestiones los animaban y a Patricio comenzaba a gustarle ser una especie de héroe entre sus compañeros. También Édison se sintió importante y repartió unas cuantas sonrisas a los que se acercaron a palmotearle la espalda. En ese momento descargaron los fusiles y se dispusieron a platicar con el oficial; mientras tanto, los hombres, organizados en sus lugares, intercambiaban entre ellos las viandas que comían.

3

El "Manteco" llegó vestido de paisano. Tenía un sombrero cordobés, un morral en la espalda y un machete colgado en la cintura. Se movía con alguna dificultad, en parte por su voluminosa panza, pero también por la edad, pues no resultaba fácil seguir con esos trotes con sesenta años cumplidos. Su llegada a San José de los Milagros estuvo precedida de mucho movimiento. Primero habían arrimado otros muchachos del Frente, los más conocidos en el caserío; hablaron con algunas personas y mandaron emisarios con razones desconocidas. Un día, de improviso, entró al caserío con otros dos compañeros, montados ellos en

un par de mulas. Él iba a pie arriándolas con un zurriago y los otros encima, en la enjalma de los animales, con las piernas cruzadas bajo los ponchos. Atrás, en las grupas de las mulas, se encontraba amarrada una buena carga. Venían de las montañas, de algún lugar de la Serranía de Abibe. Se puede decir que al llegar pasaron inadvertidos, por supuesto no para todo el mundo, porque el camino estaba lleno de ranchos a lado y lado, y a la hora en que apareció el forastero muchos paisanos andaban de regreso a sus viviendas. Pero era común ver pasar gente cargada desde los cerros, pues por allá la situación estaba delicada y muchos hallaban en este sitio un buen lugar para establecerse.

Hárrison los esperaba en una cantina de las afueras del caserío. Andaba con un sombrero de fieltro y tenía un poncho puesto que le cubría hasta la cintura. Lo acompañaba un hombre alto y fornido con manchas blancas en la cara. El sitio pertenecía a don Abundio Marín, un comerciante paisa que crió su familia en ese pueblo pero la había sacado hacía mucho rato de la región. El lugar era acogedor, nunca faltaba clientela. Allí se estacionaban los labriegos a tomar uno o dos aguardientes antes de llegar a los ranchos o un par de cervezas de aperitivo o se quedaban de farra si no había motivos para volver temprano al hogar. Además, el dueño era generoso con los más conocidos, les fiaba si era necesario y siempre apuntaba en una libreta para cobrarles cuando llegaran las cosechas. “Que algún día llegan”, decía. Eso sí, nunca se le olvidaban las deudas y llegado el momento mandaba la cuenta, y todos tenían que pagar. Hárrison estaba con aquel hombre manchado, sentados en la única mesa que había. Tomaban una cola el uno y un café el otro, y a los que pasaron con ganas de quedarse un rato les dijeron que siguieran, que no había servicio por ese día. Y ellos entendían que algo pasaba y seguían sin preguntar. No eran tiempos para preguntar muchas cosas. Por eso, cuando los hombres del monte llegaron a su vista, Hárrison y el “Caratejo” pudieron ir a encontrarlos sin contratiempos ni explicaciones. Con los de las mulas se saludaron estrechándoles las manos y al “Manteco” lo abrazaron. Juntos pasaron de nuevo por la tienda de don Abundio y le hicieron una seña. Él los despidió y desactivó un arma que por precauciones tenía montada.

La casa en donde se hospedaron se hallaba vacía. La prestó un tal Vicente, quien la usaba poco porque se quedó huérfano y ya medio viejo no logró reconstruir una familia. Ahora andaba en el monte sembrando una parcela de cacao que en ese tiempo tenía buen precio. Intentó con el plátano y el maíz e incluso el aguacate, pero de ello obtenía poco; mejor andaba el cacao. Él dijo que les prestaba la casa por todo el rato que quisieran, que no se apuraran. Si la desocupaban —había dicho— no era sino que le avisaran y él sabría si volvía. Eso le contaba al “Manteco” la mujer que les iba a hacer las labores de aseo y de comida.

"Para que estuviera tranquilo Comandante y no se afanara". Ella se llamaba Dolores y gozaba de la confianza de Hárison; además, su marido les prestaba buenos servicios. El rancho era amplio, con un corredor al frente donde colgaban las hamacas, con dos habitaciones adelante y una atrás, y a un lado, como un poco salida, se encontraba la cocina, y más allá el lavadero. Quedaba en un alto con buena vista desde el cual se podían mirar las últimas casas de San José de los Milagros y para el acceso se subía por un camino de mula. Atrás de la vivienda seguía un despeñadero; luego quedaba bien protegida.

Dolores nunca había tenido una experiencia similar y se sentía fascinada. Antes tan sólo los ponían a hacer unos cuantos mandados, como los que le encargaban a su marido. "Nada más y nada menos que con el jefe, y le dieron la confianza de atenderlo. Eso era una verraquera", pensaba. Tenía la casa limpia, el piso de tierra bien apisonado, el fogón prendido para lo que se ocurriera, con café caliente preparado y las camas hechas, y con tendidos nuevos para que estuvieran a gusto. Pero hubo que cambiarlas de sitio porque el jefe ordenó que la cama de él fuera la más grande y escogió la pieza de atrás para mayor seguridad; además, "cómo no se me había ocurrido, ésa tenía una ventana para que le entrara buen aire al jefe" complementaba Hárison; "pues últimamente me dan ahogos", se quejaba el "Manteco" de la asfixia que en esos meses lo atormentaba. "Serán los efectos del tabaco", concluía como por darse alguna explicación. Bueno, eso de cambiar las camas y volver a arreglarlas tan sólo tardó unos minutos mientras ellos se tomaban un café caliente y se daban una buena conversada, de esas que hacía tiempo no se daban. "Porque habrá mucho que raniar, supongo", les decía Dolores.

Cuando Nadia llegó para preguntarle a la mamá a qué horas regresaría a su casa, los visitantes se pusieron ariscos y llamaron a Macario para que explicara. "Nada de visitas —dijo el "Manteco"— y no me vengan con cuentos; ésa es apenas una niña y quién de ustedes responde para que no suelte la lengua". La mamá, que oyó la conversación pues andaba con las orejas bien levantadas, intervino y dijo que ella era de los nuestros e incluso se pensaba que podía irse muy pronto para el monte; pero el hombre apenas se rió y le pidió que le llamaran a la niña, que quería conocerla. "Nadia, vente para acá", dijo la madre y la niña se acercó hasta la entrada del corredor, al frente de las escalas. "Sube —le dijo él—. Tienes una cara bonita, ¿cómo te llamas?". "Nadia", le contestó la niña. "¿Cómo así que Nadie?", dijo el hombre con una risa medio burlona. "Nadia con a", le repitió ella con un poco de altanería. "Ah, Nadia, así que vos sos una de los nuestros". "Yo no soy de nadie", le contestó ella. Entonces el "Manteco" se volvió hacia sus hombres y les dijo: "ven, se dan cuenta de lo que les digo; así que no quiero a nadie que no sea de los nuestros". "Ella es

un poco rebelde —se excusó Dolores—, pero ya aprenderá". Y luego, dirigiéndose a la niña: "ahora andate culicagada y decile a Emilio que enseguida voy, al acabar la labor, y que si, ¿es que no sabe o qué?".

Nadia salió corriendo, despavorida, bajó la trocha y se precipitó sobre el sendero principal, el que conducía al caserío. Al llegar a las primeras casas frenó la marcha. A lado y lado subían y bajaban paisanos que iban con destino a sus viviendas. Recorrió las calles empedradas, atosigada por entre las recuas de mulas amarradas al frente de las casas, espantó los cerdos que se le atravesaban en el camino y las gallinas que cacareaban a su paso. El corazón de Nadia le zumbaba y sentía cómo unas palpitaciones le presionaban la frente. Bajó por la capilla levantada en adobes y allí vio al cura que se montaba en el jeep de la parroquia. Estaba de afán, despachando con rapidez a una pareja de campesinos que le consultaban alguna pena; de seguro se marchaba, pues casi nunca pernoctaba en la ranchería. Cruzó el patio de enfrente del colegio en el que los niños jugaban al fútbol después de las clases y dio la vuelta por la cooperativa en donde divisó a don Arnoldo, quien descargaba sus bultos de cacao de la albarda de una mula de tranco largo que tenía, hasta que tomó por la carretera destapada que la llevaría a su rancho. Rezongaba. "De seguro ése era el cerdo que se la iba a llevar —pensaba—; era un cerdo, con esa barrigota y la cara de buey". Pero también pensaba en su madre. La odiaba, la odiaba y más ahora que la veía haciéndole carantoñas al gordo ése. "La niña es un poco rebelde —decía Nadia entre dientes imitando a su madre y hacía sus mismas muecas y ademanes—, sí, es un poco rebelde. La odio". Ya cerca de su casa se sintió más tranquila; sin embargo se paró, miró hacia atrás y no vio nada. Dos arrieros subían con sus mulas cargadas de aguacates; el sol se había perdido entre los cerros y comenzaba a oscurecer.

Al llegar al portal, Nadia volvió a mirar el sendero y de nuevo la embargó el mismo susto y la misma palpitación que le pegaba en la frente. A lo lejos observó un hombre de poncho terciado que apuraba el camino. Creyó reconocer a uno de los tipos esos que frecuentaban su casa, pero no le sabía el nombre ni estaba segura. Corrió entonces de nuevo y se metió derecho en la habitación en donde dormían. Se tiró en la cama, se cubrió la cara con una manta y comenzó a llorar. "Vienen por mí, me van a llevar", y Emilio, que afilaba un machete, la vio cuando, como una exhalación, se precipitó al interior del cuarto y de inmediato fue a ver lo que ocurría. "¿Qué pasó muchacha?", le preguntó preocupado. "Es que vino el hombre que me va a llevar y no voy a ir, prefiero morirme". "Nadie se la va a llevar —le replicó su padre—, eso es que su mamá la quiere asustar para que no sea tan cismática". Pero la niña lloraba y protestaba. "Sí, el tipo vino y es gordo y tiene cara de buey y los regañó a todos porque fui a molestarlos. Por eso yo no quería ir por allá". Su

padre se rascó la cabeza, se secó el sudor de la frente con el poncho que tenía al hombro y se fue al corredor porque le pareció que alguien más había llegado. Al asomarse vio a Macario parado frente al portón.

"Buenas tardes", dijo el visitante con el ceño medio fruncido, asidas sus manos de los palos de la chambrana. "Buenas", contestó Emilio, tragando un poco de saliva. "El jefe se molestó porque usted mandó la niña; dice que no es bueno que todo el mundo sepa que él está aquí". El campesino bajó un poco la cabeza, se la volvió a rascar y le dijo a media lengua: "usted perdone, no volverá a pasar". Macario, quien tenía una cicatriz en la mejilla izquierda por una herida de machete, se terció el poncho sobre el hombro para que le apareciera la pistola en la pretina del pantalón. Su ojo izquierdo parecía más grande que el derecho. "Pero también le manda decir que nadie puede saber de lo ocurrido; es cuestión de vida o muerte, ¿me entiende?". Sabido tenía que mostrar el arma en esos momentos resultaba convincente. "Se le pasa ésta — continuó— porque usted es buen amigo y esperamos que así siga". Emilio sintió la presión y se apresuró a dar garantías. "Nadie va a saberlo, se lo prometo y la niña no va a contarle a nadie; luego hablaré con ella". "Más le vale", dijo el hombre mientras se despedía y emprendía el regreso. Emilio se quedó pensando sobre sí, de seguir así, su familia tendría futuro o si más bien debía hacerse a un lado y no meterse con nadie, como se lo advirtió tantas veces su compadre don Arnoldo. Un río de sudor le cubrió la frente y no hubo poncho suficiente para contenerlo.

4

El campamento de los desplazados, vigilado por dos policías enviados de Curadó, estaba integrado por unos cincuenta cambuches levantados con palos y cubiertos con cartón, plástico y lona, y alrededor de ellos se arremolinaba un enjambre de hombres, mujeres y niños, lamentándose de sus vicisitudes. Decían que eran como trescientas personas, pero en realidad nadie hizo un censo y sobre el asunto se especulaba; así por ejemplo, en la prensa se publicó la noticia sobre cómo en un paraje cercano al municipio se encontraba un grupo de setecientos campesinos desplazados por los enfrentamientos entre el ejército, las autodefensas y la guerrilla. Venían de la serranía, de otros pueblos como San José de los Milagros y de algunas veredas cercanas a esos parajes; muchos de ellos llevaban sólo la ropa que tenían puesta o a lo sumo alguna muda de repuesto. Los más afortunados conservaban un cerdo, una mula o una gallina, como

únicos haberes. El inspector les asignó un lote de tierra sobre la quebrada de Tamborales, aledaño a su desembocadura en el Riosucio y cerca a un puente colgante, hecho de madera, que comunicaba con los terrenos que llegaban hasta los linderos de las cordilleras por donde cruzaban caminos de mula hacia Murri y Puerto Escondido. Allí por lo menos se encontraba agua limpia, había un potrero abandonado y se les podía ayudar con comida y unas cuantas medicinas mientras llegaba la ayuda prometida por el gobierno desde la capital. Dispusieron los alojamientos en círculo y en el centro dejaron un espacio amplio para departir y armar las fogatas. Sobre un recodo de la quebrada, estaban las letrinas y un espacio para los animales.

Alegría, al escuchar los disparos, había metido tres gallinas en un costal; agarró sus dos niñas de la mano y cuando mataron a su esposo salió en carrera por el patio de atrás. "Lo mataron ahí mismito al frente del rancho. Eso lo dejaron toditico ensangrentado". Corrió y corrió por la sementera, con un ahogo y un desespero endemoniados, pidiéndole algún milagro a la virgen de las Mercedes. "Y el milagro vea usted que si me lo hizo la virgencita, porque mire, aquí estoy vivita con mis dos niñas, aunque no haya traído nada encima y se me hayan ahogado las gallinas. Ahora estoy aquí a la buena voluntad de las personas". Ella simplemente le cocinaba a las dos niñas, y al marido que trabajaba sembrando maíz y yuca o se contrataba al jornal con algún paisano, si llegaban las cosechas. "No sabía nada de que hubiera guerrilleros", dijo, porque ella no se movía del rancho, pero el marido sí andaba preocupado con tantos rumores sobre la llegada de los paramilitares, que por ahí se escuchaba iban a matar a los que le ayudaban a los guerrilleros. Y se le encharcaban los ojos al recordar la tragedia y ver a sus dos hijas llorar de hambre y de frío, "sobre todo por las noches con tantos aguaceros que caen por estos lados".

Otilio se vino unos días antes, una vez la situación se puso fea. Metió sus chiros en un talego y los amarró a la enjalma de la mula. Al bajar, con su mujer, vieron mucho movimiento por entre los montes y a gente armada que se tomó los ranchos, abajo en la carretera. Decían los vecinos que ellos veían cómo los mataban a todos y los enterraban ahí mismo entre las plataneras. "Yo no vi nada, porque yo no miraba sino pal suelo y le decía a Susana que no levantara la cabeza, que era mejor no ver nada". Su mujer, que estaba gorda por el embarazo, arriaba dos cerdos que tenían y él jalaba la mula que es bien terca y a cada rato se les paraba en el camino. Él se puede decir que no cargaba casi nada, porque antes se había tenido que volar de la serranía, cuando por allá subieron los paramilitares buscando a los que le colaboraban a la guerrilla y luego los de la guerrilla buscando a los que le colaboraban a los paramilitares. Y Otilio le colaboraba a ambos: "¿pues si no qué se hacía?". Ahora no tiene cerdos porque los tuvo que aportar para la comida de

tanta gente y a su mujer la ve una comadrona para que le asista el parto, porque está a punto de caer a la cama. "Bueno, ¿cuál cama?; cama será un decir, de caer al suelo".

Los Hinestrosa, que nacieron y se criaron en los llanos de Córdoba, subieron a la serranía, luego bajaron a Murri y de ahí a Choromandó; pero nada, después de pasar muchas hambres tuvieron que volver a las montañas. Y de ahí otra vez para fuera. Han sido trashumantes, como aves migratorias, sin hallar sosiego. Al llegar a San José de los Milagros encontraron un rancho vacío. Los que allí habitaban se tuvieron que ir y dejaron casi todo, hasta las ollas de la cocina; pero como los Hinestrosa decían que no le debían nada a nadie, pues se quedaron; pero a los pocos días llegaron unos hombres y les dijeron que se fueran, que allí no había lugar para ellos. Y se fueron. Son siete, con los cinco niños que los acompañan y que tienen todas las edades, de doce para abajo. Ellos ayudan mucho, sin embargo, porque están acostumbrados a la labor: recogen leña, abreven las mulas, prenden fuego, traen agua, cuidan los niños más pequeños, los bañan y los entretienen mientras los padres hacen reuniones en las que buscan qué hacer y nombran comisiones que se la pasan yendo a la inspección del puerto, a pedir citas con el Alcalde del pueblo o con el Gobernador que por ahí avisó que vendría, y detalles así por el estilo.

Emilio se vino sólo con Néfer, porque a la mujer la mataron. "Pobre Dolores. Ella cogió las cosas muy a pecho y se enredó demasiado con un tal Hárison. Siempre se encargaba de atenderlos y cada que bajaban del monte se iba para donde ellos y a mí me tenía más que abandonado. Yo también les ayudaba, porque para qué va uno a hacerse de mentiras con la autoridad; bueno, lo mío era muy simple, le llevaba razones a una señora en Choromandó y ella les enviaba unos recados, unos aparatos como de radio para las comunicaciones y unos repuestos para los fusiles y cositas así que le cabrían a uno en los bolsillos o que uno podía esconder en las enjalmas de la mula. Pero yo estoy arrepentido, porque mire, no sólo perdí a mi hijita que ellos se la llevaron, sino que a mi mujer me la mataron y me dejaron a mi hijo huérfano de la mamá, que harta falta le hace, vea usted. Eso por allá quedó arrasado, las casas desocupadas y uno ni siquiera pudo sacar nada. Ni las gallinitas. Yo salí volado con el pelado de la mano corriendo por el monte y allá tuvimos que dormir dos noches comiendo plátano pintón y chupándonos el agua de las hojas de los árboles, porque ni un caño limpio encontramos".

Y seguía llegando gente, porque cuando algunos de otras regiones, que no consiguieron que se les arreglara nada, sabían de alguna posibilidad por acá, pues armaban su viaje y aquí llegaban, y quién les

decía que no si la situación estaba lo mismo por todos lados. Ellos —los soldados— llegaron al amanecer. Todavía andaba oscuro. Era un Pelotón como de treinta hombres y simplemente se hicieron alrededor del campamento con sus fusiles listos por si se presentaba alguna agitación. El Teniente Ospino hizo reunir a la gente en el centro del campamento y dijo que no habría excepciones y que tenían que ser todos, incluidos los más pequeños; por eso las mamás cargaron a los que no sabían caminar todavía y cuando estaban reunidos trajeron una mesa y una silla de la Inspección y comenzaron a hacer un censo. Cada familia tenía que pasar por allá y decir los nombres y las edades y de dónde venían y si pertenecían a algún partido y si los había sacado la guerrilla o si fueron las autodefensas, y también si tenían armas guardadas. Y mientras tanto, unos soldados requisaban el campamento y decomisaban lo que ellos consideraban de algún peligro, como los machetes, los cuchillos y las navajas, y hasta una pistola que después apareció sin dueño. Y esa fue la función del día, con los niños emperrados, llorando y medio muertos de hambre, porque no dejaban volver a nadie hasta terminar la preguntadera.

Sumaron trescientos veinte, entre hombres, mujeres y niños. Y desde ese momento no podía entrar nadie más, porque ellos lo prohibieron; así que si llegaba más gente se tendrían que devolver, para donde fuera. El Cabo Peña los reseñaba y les hacía algún interrogatorio, muy somero, porque de otro modo no habría tiempo de atenderlos y únicamente disponían de ese día. Arcadio, Macario y Vicente fueron los únicos que vinieron solos; ellos no tenían familia porque se las mataron o se fueron para otros sitios. "Por lo menos eso dijeron, mi Teniente". Los demás tenían algún familiar, así fuera uno solo, como un tal Emilio Reina que vino con un muchacho porque a la mujer se la mataron y a la hija se la llevó la guerrilla a pagar servicio con ellos; o como un pelado de nombre Otilio que se vino con la mujer a punto de parir y que hoy son dos pero muy pronto pueden ser tres si es que le va bien en el parto, ya que es el primero, lo que siempre suele ser bastante difícil y más por estos lados; aunque aquí las comadronas deben ser buenas, pues están acostumbradas a estos menesteres".

"Pónganle mucho ojo a esos que vienen solos —dijo el Teniente Ospino rascándose la cabeza— porque pueden ser infiltrados. Estos desplazamientos nunca son espontáneos, siempre los dirige alguien o alguien se aprovecha de ellos. Apuesto mil pesos contra cien que el revólver ése le pertenece a uno de esos tres tipos. Así que me los interrogan bien. Ahora, organicen las estadísticas, separen las personas por sexo, raza, oficio y por procedencia para poder saber si se conocen, porque en esos pueblos tan pequeños tienen que conocerse. No se olviden de preguntarle a los que vienen del mismo lugar sobre esos tres, si los

distinguen y que han oído hablar de ellos. Vamos a trabajar, no se duerman, falta mucho por hacer". Y así ocurrieron los hechos hasta que llegó la noche y pudieron las familias ir a terminar sus oficios: cambiarle las ropas mojadas a los más pequeños, arreglar las dormidas, o prender la candela para hacer un caldo y darle algo de comer a los niños que se habían dormido casi todos en los brazos de las madres, cansados de llorar.

"Vicente cultivaba la tierra mi Teniente, porque tenía las manos callosas de tanto abrir surcos y surcos en las laderas. Se vino de San José de los Milagros porque su casa se la tomó la guerrilla y desde allí operaba un señor que llamaban el "Manteco" y que parecía ser el jefe. Eso decían. A él le pidieron la casa por las buenas, pero cómo decía que no, si esa gente andaba armada y hacía las solicitudes como dando órdenes. Esto fue lo que más o menos me contó mi Teniente: un día al "Manteco" lo hirieron y mataron a la mujer que lo cuidaba, pero él se tiró por un barranco y por más que lo persiguieron nunca lo pudieron alcanzar. Eso fue lo que dijo. Y uno francamente no sabe cómo hizo, porque el hombre era bastante robusto —según contaba el Vicente— para estar corriendo por ahí. Entonces los guerrilleros se volvieron para el monte y el caserío se quedó sólo con la gente que pertenecía a la región. El combate fue tremendo —decía—, llovió plomo día y noche durante varias semanas, hasta que los paramilitares se tomaron casa por casa. Eso no iba quedando sino el reguero de muertos. Llegaban con lista en mano y seleccionaban a los que iban a matar. Los reunían en la plaza, al frente de todo el mundo y les disparaban en la cabeza, delante de las madres y de los niños que lloraban y suplicaban. Y no valían explicaciones, porque ninguna razón justificaba ayudarle a los guerrilleros. Los que colaboraron se tenían que morir, para que sirviera de escarmiento. Por eso de las tres mil personas que tenía el pueblo, pues quedarían mil, las demás se murieron o se desperdigaron en los pueblos vecinos. Con decir que muchas de las casas quedaron vacías y completas de ajuar, con las gallinas y los cerdos en los corrales y con los muebles y los trebejos de la cocina".

Al Arcadio no le pudieron sacar mayor conversación porque el hombre andaba como atembado; se encontraba avejentado y le temblaban las manos como a los que tienen el mal de san Vito. No recordaba si venía de Domingodó o de un caserío en Vigía de Curvaradó, porque a todo decía que sí. Hasta de Medellín dijo que era. "Y del otro mi Teniente, del tal Macario, ése que tiene una cicatriz que le mantiene abierto un ojo, pues era como más bien preparado, porque incluso terminó la primaria. Dijo que compró una finca y que la pensaba sembrar de cacao, pero que no tuvo tiempo, porque apenas empezaron los combates entre la guerrilla y los paramilitares, pues él se vino ayudándole a las familias, con tanto niño y tanta anciana que

había que cargar o darle la mano para pasar por entre las cañadas. Según me parece el hombre es más bien como filantrópico mi teniente. Dice que va esperar a que pase el embrollo para recuperar su finca y dedicarse a la agricultura, que es lo que más le gusta. Por ahora pues él dizque lo que hace es ayudarle a la gente a pasar las necesidades".

5

"Nadia con a" le dijo a Hárrison. "Nadia Reina, a secas, sin apellido de mamá". Así quería que la llamaran y así quedó en los archivos del Frente, adonde la llevaron con otros diecinueve niños que reclutó la guerrilla en San José de los Milagros. Los demás jóvenes decían venir por cuenta propia, porque querían hacerse guerrilleros para combatir al gobierno de los ricos y hacer la revolución. Hablaban con mucha propiedad de lo que aprendieron en las reuniones con los muchachos que les servían de profesores, quienes los educaban con asiduidad desde hacía varios meses. Y fue ahí, en la serranía, después de haber estado en varios campamentos transitorios en donde se juntaron con Adín, un guerrillero de nueve años que llevaba un año en la milicia y que de ahí en adelante estaría encargado de aleccionar a los jóvenes reclutas para darles entrenamiento militar. Adín era una fiera y manejaba el Galil con más puntería que cualesquiera de los demás, incluidos los más viejos. Le habían dado rango y ahora lo encargarían de la juventud. Hasta competencias al tiro al blanco contaban que les ganaba, incluso a los más experimentados, y con sus pupilos se las daba de pependenciero. Todos le guardaban respeto, hasta los jefes, y en realidad resultaba ser una mascota entre los combatientes.

A Nadia se la llevaron al empezar la mortandad en San José de los Milagros. Y como en esas circunstancias no quedaba lugar para la inocencia ni tiempo para ver qué pasaba, su madre le gritó que si quería vivir lo mejor era que se fuera con ellos. La niña todavía recuerda aquel momento como si fuera hoy. Ella —su madre— estaba fría y autoritaria, y le decía con desparpajo que se marchara, que no lo pensara más. También su papá, que oyó a los amigos más cercanos hablar sobre las consecuencias de la guerra, vio tan difícil la situación que le suplicó: "vaya hija, yo no tengo cómo cuidarla y su mamá está como sorombática con tanto acontecimiento". Del mismo modo hablaban los vecinos: "Cada rato suenan tiros y uno con ese susto porque no está acostumbrado, y al otro día aparecen los muertos por ahí tirados, regados entre los

colinos de la platanera". Dolores y Emilio se quedaron con Néfer en la región; la mamá dispuesta a atender las visitas del "Manteco" que durante mucho tiempo fue asiduo visitante, pues se consiguió allí una novia muy joven que lo hacía volver a la adolescencia, y el papá y el niño al cuidado de la sementera, tratando de vender el plátano y el maíz, llevándolo a Choromandó pues don Arnoldo no quiso que le ayudara a sacar el cacao: "ya que usted anda como muy enredado con esos clientes y de pronto yo también salgo pagando", fue lo que le dijo, y a buen entendedor pocas palabras.

Desde que se fue con la guerrilla Nadia no volvió a ver a sus padres y nadie más en la columna se interesó en hablar del asunto; ni siquiera lo hicieron al llegar el "Manteco", herido en un brazo después de un tiroteo que hubo en San José de los Milagros. Ella no preguntó nada porque al fin de cuentas el tipo le daba fastidio y además no quería deberle favores ni demostrar ante él que estaba preocupada por sus padres, aunque sí lo estaba por Néfer, para qué iba a negarlo. "Por mí que se mueran", solía decirle a Hárrison, ufanándose de su odio. "Tu sitio está aquí, nosotros somos tu familia", le contestaba él para apoyar su sentido de pertenencia, y al poco tiempo le encargaron a Adín que se lo repitiera hasta que lo aprendiera de memoria. Desde eso se lo recalcan cada que pueden. Y ella comenzó a entenderlo, pues al fin de cuentas ellos representaban su supervivencia y eran el único soporte que ahora tenía. En aquel entonces, al ceder a la propuesta de Dolores, se paró en la puerta de la vivienda, puso las manos en la cintura, levantó la cara con impertinencia y con su voz más arrogante le dijo a su madre: "pues bueno, me voy, eso es lo que ustedes siempre han querido, ¿a ver cuál es la verraquera? Allá por lo menos no le pegan a uno y le dan ropa y comida". Dio media vuelta y se fue sin más súplicas.

La madre, sin embargo, pese a que la niña no le volvió a dirigir la palabra, se la recomendó mucho a Hárrison y le dijo que la trajera de vez en cuando, cada que pudiera. Él se encargó de un todo y por todo de Nadia, le mandó a comprar botas nuevas y le entregó un vestido de camuflaje que le encomendó a una señora del caserío; pero la ropa le quedaba grande. Poco tiempo después supo Nadia que a esa mujer que les cosía los vestidos la habían matado; se lo contó un tipo a Hárrison. "A ella la buscaron y le dispararon sin preguntarle siquiera quién era", dijo el hombre que vino acompañando a unos heridos. Al salir hacia la montaña los subalternos del "Manteco", al mando de Macario, todavía tenían controlado el caserío, pero se escuchaban rumores de que estaban comenzando a matar mucha gente por allá abajo, en la carretera, al llegar a la llanura. Algunos decían que el ejército había llegado hasta donde comenzaba la montaña, que más allá, a un kilómetro, estaban los paramilitares y como a quinientos metros la guerrilla. Que dizque entre ellos

se podía conversar si querían, aunque fuera así de lejos, porque las distancias eran casi nada. "Y demás que sí conversaban", decían.

A la hora de la verdad Nadia sólo extrañaba a Néfer porque, al fin de cuentas, él era quien le hacía compañía. Con él iba y venía de la escuela, se metía en la quebrada, le mostraba compasión cuando su madre le descargaba esos pescozones que la dejaban atontada; con él cogía renacuajos y los usaba de carnada aunque no sirvieran, buscaba tortugas, perseguía ranas de colores por entre las piedras del cauce y juntos conversaban si se quedaban solos en el rancho mientras sus padres hacían los oficios que últimamente los tenían atareados. Junto a él aprendió a conocer los pájaros, veía volar el tucán y perseguían lagartijas por entre los matorrales. Lo único que no le gustaba de su hermano era que estuviera tirándole con la cauchera a todo lo que se movía, pero por lo demás se comportaba como un buen hermano y hasta los juguetes o la comida los compartían. De la mamá no quería acordarse, aunque tenía pesadillas que la atormentaban en donde ella se le aparecía como un alma en pena. Para Nadia su madre murió desde el día en que empezó a prometérsela a la guerrilla, y de su padre tampoco quería saber nada, pues al fin de cuentas él no se opuso a que se la llevaran; le dio flojera enfrentársele a los tipos esos. Si algún día, Dios lo quisiera, salía de aquello, al que buscaría sería a Néfer, y a nadie más.

"Aquí tienes", dijo Hárrison y le entregó un morral, otra muda de ropa, un fusil Galil y una pala para cavar trincheras. También las raciones que necesitaban para la travesía. El hombre andaba con la cara fresca, recién bañado y la recorría de arriba abajo como acariciándola con la mirada. "Además, en el morral van las cosas de aseo", le dijo su mentor y le sonrió buscando que Nadia trocara su arrogancia por buenos modales, pero ella le contestó haciéndole malacara y maldiciéndolo por entre los dientes. "¿Y los asuntos propios de las mujeres?", preguntó la niña. El hombre sonrió y le dijo como aconsejándola: "pórtese bien mientras yo esté afuera, y en relación con ese asunto, hablelo con Leonor Banderas", y le hizo señas para que siguiera, pues los demás muchachos hacían fila para recoger sus pertenencias. De ellos, algunos de los cuales conoció en la escuela, sólo tres eran mujeres, pero ellas, que estaban más crecidas, siempre se le burlaban. Se les veía el desprecio; por eso no les prodigó confianza, y menos como para que le explicaran que hacían ellas cuando les venía la regla. En ese momento las que la seguían en la fila comenzaron a empujarla. "No me acose mija —le dijo a una de ellas mirándole el fusil—, apuesto a que ni siquiera sabe que va a hacer con eso".

—Usted no se crea muy importante, que aquí es trabajando y de una vez deje de ser burletera —le contestó Magnolia, una mujer muy joven, arisca y entrada en carnes.

—A mí no me va a descrestar porque le dijeron que eso disparaba.

—Y a mí qué, usted es que es boba. ¿Lo que quiere es que ensaye con usted?

Leonor Banderas era una mujer legendaria, casi salvaje; de esas que se criaron en el monte; hija de un comandante que hacía muchos años había muerto en combate y de una guerrillera que se murió pariéndola a ella, en su primer parto. El caso fue —según se oía entre los hombres— que su madre no pudo botar la placenta después del alumbramiento y se fue desangrando poco a poco sin que tuvieran tiempo de sacarla a un hospital. Una de las mujeres que la atendía trató de extraérsela, pero se quedó con el cordón umbilical en la mano. Murió en el camino, en la barbacoa en donde la sacaban; "simplemente se fue quedando dormida", dijeron los baquianos. Leonor se conocía cada detalle del campamento: cocinaba, lavaba ropa, cavaba trincheras mejor que los machos, hacía el amor con los compañeros como si de repartir comida se tratara y disparaba como un hombre si la cuestión era echar bala. "A mí me tocaba ponerme papel periódico si me venía la regla", le dijo a la niña, quien preocupada por el asunto le pidió que la aconsejara. "Entonces deme el papel periódico", le contestó Nadia. "Espere hasta mañana miya que venga el señor de El Colombiano", y Nadia creyó que efectivamente iría alguien a llevarle la prensa todos los días a la guerrilla.

Fue así como se dedicó Nadia a almacenar los objetos que le pudieran servir para contener la hemorragia si le venía la regla y los cuidaba con más esmero que a la misma comida. Guardaba papeles, algodones, gasa, fragmentos de tela y hasta se ponía los dos calzones cuando sentía dolores en el bajo vientre y consideraba que podían ser las primeras manifestaciones del suceso. No hubo noche en que no soñara que estaba bañada en sangre y en sus pesadillas veía desfilar a los guerrilleros que le llevaban toallas higiénicas de regalo, las cuales, sin embargo, no alcanzaba a poseer, pues curiosamente las decomisaban y paraban en manos del "Manteco", quien las administraba con meticulosidad favoreciendo a las mujeres que se acostaban con él. Llegó a tener entonces un lugar especial en su morral en el que almacenaba su preciada provisión de trapos y papeles, mientras en el resto acomodaba su escasa muda de ropa y las vituallas que llevaban durante las largas jornadas. A un lado, bien amarrada, no faltaba la pala para cavar trincheras.

En el campamento de los soldados, separado del de los desplazados por un puente colgante que unía las dos orillas del río, la noche llamaba a la contemplación. Así lo creía Patricio cuando echado en la hierba, con el morral a modo de almohada, miraba el firmamento como si estuviera descubriéndolo. El cielo titilaba de estrellas, un hilo de luna anunciaba el fin de la menguante y tres estrellas en línea, que lo tenían alelado, resaltaban en el firmamento. Un viento fresco y salobre venía del norte e indicaba su recorrido sobre los oleajes que bañaban el golfo de Urabá, y que al chocar contra las torrenciales aguas del río Atrato se elevaba hacia las llanuras, adonde llegaba apacible, casi sin fuerza, como una brisa del mar. Patricio, ensimismado, parecía prestarle más atención a los grillos con su sonar estriduloso, que a la cháchara que se inventaba Cambas con los compañeros alrededor de una hoguera. Las llamas, que avivaba Ascencio con un soplo largo y suave, ondeaban dando visos que iban del rojo intenso al azul celeste y el crepitar o los estallidos que producían los troncos verdes al arder se confundían con las risas de los soldados, dispuestos para las horas de solaz. Pero el viento soplaba débil y cambiaba de dirección, lo que hacía que el humo se devolviera sobre la cara de Ascencio quien, en medio de una tos casi constante, le daba vueltas a la fogata para eludirlo. Los demás no sabían por qué él seguía empeñado en tragar humo a pesar de la tos, pero él sí sabía: el fuego le producía un encanto irresistible, lo transportaba. Contemplaba las llamas con una especie de pasmo y cada color, cada resplandor, cada golpe de centellas lo dejaban en trance. Por eso le gustaba remover los leños y sacar chispas y poner en orden la madera y avivar el fuego y que las llamas subieran bien alto, hacia los cielos.

"La verdad es que es difícil cuidar a trescientas personas, mi Teniente", le decía el Cabo Peña al Teniente Ospino. "Ni siquiera nos ayuda mucho el que el Alcalde nos hubiera dejado a los dos policías esos; imagínese, dos policías, y para serle franco, de poco sirven mi Teniente". Éste se fumaba un cigarrillo sin filtro, de tabaco oscuro, de esos que pican duro en la garganta. Estaban sentados alrededor del fuego y éste lanzaba morcellas que se evaporaban en el aire de la noche; pero por más que quisieran distraerse un poco con las fanfarronerías de Cambas, volvían al mismo cuento que los llenaba de preocupaciones y los hacía terminar siempre hablando del mismo tema. "Hay que controlar más a los que entran y salen del

campamento, y saber qué van a buscar al pueblo. Eso es una vaina, que entren y salgan como Pedro por su casa. Y también hay que revisar las provisiones que reciben, no sea que nos estén preparando alguna celada. Uno no se puede confiar, ¿me entiende Peña?". El Cabo asentía mientras revolvía su morral, sacaba sus víveres y se tomaba un tinto saboreado, despacio, con ganas. "Después de tanto trajín un tinto cae muy bien, mi Teniente". "Y un cigarrillo también, por supuesto, Cabo".

"¿Les conté —narraba Cambas— cuando el Teniente tuvo que darle a Éder la noticia de que su madre había muerto, pero debía hacerlo con sumo cuidado porque el hombre, como ustedes saben, es muy nervioso?" Se oyeron los no que entonaban los unos, y otros se sonreían todavía del chiste anterior alardeando de no haber pasado nunca tan contentos. "Los hizo enfilarse a todos y dio la orden, así, con ese tono de mi Teniente —y le imitaba la voz casi perfecto—: ¡un paso adelante los que tengan la mamá viva! La mayoría, incluido Éder, dieron un paso al frente. Entonces el Teniente gritó: ¡Éder un paso atrás!" Cambas se encontraba de pie mientras los demás se sentaban en círculo alrededor del fuego. Él, estimulado en su histrionismo por las risas de la concurrencia, gesticulaba, se movía, hacía caras, imitaba las voces de los personajes que interpretaba y al empezar un nuevo chiste era tal el sinnúmero de poses y maromas, que todo el mundo estaba que no podía de las carcajadas; "de solo mirarlo, mi Teniente, se tatea uno de la risa" Y el Teniente se sonreía pues le gustaba que los hombres se relajaran y disfrutaran un poco; al fin de cuentas eran hombres de combate y esos momentos mitigaban las angustias en medio de la guerra.

Y hasta Éder, a quien le temblaba un párpado cuando estaba nervioso y que fue objeto del chiste anterior, parecía desternillarse de risa, mientras Cambas lo remedaba sin contemplaciones. "Deja de llorar —le decía, mientras el soldado, que reía a más no poder, se secaba las lágrimas de los ojos con los pulpejos de sus dedos y se limpiaba los mocos con el dorso de las manos—; no, mentiras, no pare de llorar, que mama no hay sino una... afortunadamente". Las llamas iluminaban los rostros y estos se desvanecían una vez los leños se consumían y el fuego declinaba su fuerza. Entonces Ascencio acomodaba otros trozos y volvía a soplar largo sobre los rescoldos, y las chispas se alzaban y el humo cambiaba de rumbo y una llama se levantaba azulina y se sostenía con el soplido, y de nuevo la tos entre las risas y el embeleso de su rostro en medio del fuego que avivaba.

"El hombre ése, el que llaman Macario mi Teniente, el caricortado, sí es como el mandamás —apuntaba el Cabo Peña mientras sacaba del morral una lata de salchichas—, porque mire mi Teniente, todos

lo buscan para cualquier carajada y cada que hay que hacer algo importante tienen que contar con él, si no, no deciden nada. Tienen un Comité en el que discuten los asuntos, pero él es el que los mangonea. Eso sí pues, que es el jefe es el jefe". El Teniente Ospino lo miraba, hacía muecas de que comprendía, se mostraba preocupado y aspiraba con fuerza el cigarrillo que encendía su punta, avivando por instantes el contorno de su nariz. Con parsimonia, el Cabo Peña abría la lata de salchichas.

"Llame a Édison para que nos cuente sobre la gente que le ordenamos vigilar", le dijo el Teniente Ospino al Cabo Peña, quien en ese momento quería asarlas entre los carbones encendidos de la fogata. "Cogen mejor sabor mi Teniente, uno se jarta de comerlas crudas". El suboficial las puso a un lado y se fue al otro extremo a llamar a Édison, quien no había hecho más que reír desde el comienzo de la tertulia. Lo encontró con la boca abierta, lloroso y a punto de caer al suelo y revolcarse de la dicha. Entonces lo llamó, hablándole al oído. "Lo necesita el Teniente, apúrele, quiere saber sobre la vigilancia que le ordenó ayer de esos tres sujetos que dijeron no tener familia, ¿lo recuerda?". Édison no podía creer que tuviera que perderse de aquella velada. "¿Quiere que vaya en este momento, ahora que está como amañadora la cosa?", le contestó Édison con una mirada incrédula. "Claro —le replicó el Cabo— ¿usted cree que está de vacaciones, o en licencia?; eso es de una vez, soldado".

Con cierto desgano, Édison dejó su sitio y se dirigió al lugar en donde se encontraba el oficial. Comenzó sin preámbulos, quizá pensando en regresar a la tertulia. "El informe es éste mi Teniente —dijo Édison mientras se sentaba con las piernas cruzadas—. Desde por la mañana, muy temprano, los tenía pisados mi Teniente. El primero que se levantó fue ése que llaman Macario. Yo lo seguí y vi cuando se metió en la letrina; iba como con una chuspa en la mano, luego salió y se lavó la cara en la quebrada y después, al yo hacerme el desentendido, se me escurrió por entre las ramadas. Pero yo tenía listo a Éder, desde lejos, con los binóculos, quien no le perdió el ojo y lo vio entrar al cambuche de plástico verde, que es en donde hacen las reuniones. Éder dejó a Ascencio cuidando la salida de los otros dos y me avisó de inmediato, y juntos fuimos a inspeccionar y allá los encontramos en un convite que hacían dizque para nombrar una comisión que fuera a hablar con el Alcalde. El hombre sí se mantiene pilas mi Teniente, porque eso sí se la pasa, con ese ojo que tiene medio espantado, mirando para todos lados".

"Y la reunión con el Alcalde, pues usted sabe mi Teniente que la hicieron como a las diez pero no regresaron sino a las tres de la tarde. Y de los otros dos, pues, que le contara, el tal Arcadio si es como un

estoraque mi Teniente, porque se mantiene en un rincón hablando solo, yo creo que ése no es capaz de matar una mosca; ese hombre va a terminar en un manicomio, y el Vicente, pues ya ve, se ha hecho hasta confidente de nosotros y muestra como buena disposición de colaborar. Él mismo nos buscó aprovechando que los otros se fueron para el pueblo y nos contó que andaba medio asustado porque Macario tramaba algún enredo. El Vicente dice que el caricortado no es de por estos lados mi Teniente, como que es de por allá de la serranía, que es donde tienen el campamento, pero ahora como que está en una misión, porque él depende es de un tal Hárrison. Dice que la pistola sí tenía que ser de ese sujeto porque allá en San José de los Milagros el hombre se las tiraba de ser amigo de la guerrilla y aquí andaba mandando a todo el mundo como si alguien lo hubiera nombrado jefe y él dice que no, que nadie le ha dado autoridad, que él simplemente se la tomó". Édison, sin embargo, advertía que Vicente no le parecía hombre de fiar, porque no le gustaba eso de que les buscara el lado a él y a Éder, y "esas lambonerías no son buenas mi Teniente".

"Algo no está bien, esto me da mala espina. Esto me huele mal. Ustedes no le pierdan el ojo a esos dos —terminó por decir el Teniente Ospino como si le llegara una premonición—. Cabo, mañana queda al mando, yo me iré a hablar con el Alcalde a ver qué puedo sacar en claro y a averiguar si el hombre me presta más policías, y que nadie, por ningún motivo, salga del campamento. Mejor será pedir refuerzos; comuníquese con mi General, yo creo que es bueno que estén enterados en la Brigada, para ver si descubren algún movimiento por aquí cerca; me parece que sería conveniente que mandaran un helicóptero mañana y dieran una vuelta". Esas eran las últimas órdenes para el Cabo y no había más que prepararse a descansar. Por eso fue que cuando los hombres vieron al oficial retirarse a la carpa en donde pernoctaba, ellos también lo hicieron de inmediato. Entonces Cambas terminó su repertorio: "por este día basta, mañana seguimos, recuerden que íbamos en el ochenta y cinco". Uno a uno se levantaron a carcajadas y Ascencio comenzó a echarle agua al fuego para apagar las llamas, mientras un humo espeso le producía otro acceso de tos.

El aire se tornó pesado y un calor denso se estacionó en el lugar amodorrando a los soldados. El viento desapareció y los hombres comenzaron a mostrar sus deseos de dormir. Uno tras otro se levantaron y se dirigieron a su lugar de reposo. Patricio seguía silencioso, contando estrellas fugaces, descubriendo la inmensidad de la bóveda celeste, impasible ante sus ojos, mientras las constelaciones conectaban con sus luces cada espacio existente. Un silencio sembró el lugar de otros sueños, que se repetían en las tiendas, en las hamacas, en el piso de tierra, y contra los árboles en donde los vigilantes, con sus fusiles listos,

esperaban el paso de las horas, añorando el cambio de guardia y un nuevo amanecer. "Son los Tres Reyes Magos", dijo el soldado mirando el cinturón de la constelación de Orión y un rayo de luces se elevó de la fogata con el estallido de un leño verde que se resistía a morir.

7

"No sé mamá si usted se encuentra muerta o si no por qué se me aparece con esa túnica blanca como de duende y esa figura que se evapora cuando trato de tocarla, como si fuera una imagen reflejada en un lago que apenas se toca se pierde entre círculos, los que al alejarse la van borrando, para volver de nuevo sólo si contengo mis ansias y espero con calma que las aguas se apacigüen; ahí sí, con el reposo y la espera, se forma otra vez su cuerpo y vuelve a surgir, lívida y extraña, con un rostro desencajado, como si estuviera muerta. Si fuera simplemente un sueño de recuerdos, entonces por qué se me aparece sola en grima, sin mi papá y sin Néfer, con quienes siempre sueño despierta y a quienes deseo ver y me hacen falta. En usted no pienso, porque cuando se asoma su rostro lo echo para un lado y lo tapo con hojas y con ramas y con tierra para que no se me aparezca, porque la tengo que borrar para siempre y porque la sigo odiando, y para usted no me llegan los perdones de ninguna parte. A ellos si los pienso y los quiero y deseo verlos; pero qué extraño, nunca aparecen con usted, es como si estuvieran en otra parte, como si la hubieran abandonado".

"Yo sé que me habla porque veo que sus labios se mueven, pero no la oigo, sus palabras no salen, se le quedan atarugadas en la garganta o son voces que aparecen enrevesadas y sin fuerza, llevadas por el viento para otro sitio o quizás no salen pronunciadas en este idioma que nosotros tenemos, sino que pertenecen al habla de los indios, esos indios que yo conozco porque los veía llegar del monte a comprar aceite y sal, que era lo único que buscaban en este mundo de nosotros. Ellos usaban palabras que no entendía, como las suyas; esas que ahora pronuncia con una lengua como trabada. Mire, para que sepa de una vez por todas, mis oídos ya no la escuchan, por más que usted se esfuerce en levantar la voz, porque yo sé que se esfuerza, y lo adivino cuando arruga la frente y se le nota la angustia en la cara y casi grita; por lo menos las muecas que le veo son de gritos. Está pálida, como si no hubiera sangre en su cara; tiene la misma imagen de los muertos que veíamos tirados entre las plataneras, de esos que vimos al salir corriendo, despavoridos, atropellados por los disparos que se oían detrás de nosotros, pues según decía Hárison

habían llegado los paras y no estaban dejando a nadie con cabeza. Mamá, usted tiene el rostro cubierto de una pena inmensa, como si la azotara una tragedia".

"No ríe, nunca ríe, últimamente no le sale la risa. Antes, mucho antes, cuando yo era una niña y no había nacido Néfer, si reía con la boca llena y su risa se escuchaba de lejos porque hasta mi papá la sentía en la sementera. Por eso llegaba y nos decía: "ustedes de qué se ríen tanto". Reía mientras me hacía caricias en el pelo y me contaba cuentos. ¿Recuerda la vez que empecé a dormir sola? Yo nunca quise dormir sola, porque me daba miedo de los duendes y de los fantasmas y porque me hacían falta su calor y sus manos sobando mi cabeza, y porque quería dormir entre usted y mi papá; pero usted aprendió a quedarse conmigo, en mi habitación, hasta que me dormía y entonces me contaba las historias esas que después me daban miedo, y los cuentos muy bonitos que usted aprendió de la abuela y que yo ni me acuerdo cómo se llamaban. Pero ni los ojos le brillan como en aquellos tiempos, ni le sale la voz y ni siquiera camina, ni tampoco le veo los pies; parece una estatua de cartón pegada en la tierra, de esas que no pueden caminar porque están como sembradas en el pantano. Apenas si se agita su cuerpo con ese viento frío que ahora hace y que me pone la piel de gallina y me hace enrollar en mi cobija de campaña. Sólo sus manos parecen tener vida, pero son como las de la virgen de los Milagros, con las palmas hacia el cielo, alzadas como si pidiera algún favor, como suplicando. Ya ve, siempre usted estaba hablando o gritando, incluso gritaba aunque uno estuviera al lado suyo y ahora ni siquiera le salen las palabras; ha quedado como castigada, con una mudez que espanta".

"No se alcanza a imaginar como sufro con estas pesadillas; no me abandonan desde la primera vez que tuve que dormir en una hamaca en medio de la selva. Cómo he extrañado mi cama, mi almohada, mi cobija. Yo sé que mi colchón no era suave, simplemente estaba hecho de paja y tenía unos nudos que a veces me despertaban con calambres en las piernas y dolores en las espaldas, pero conservaba mi olor y ese calor que una misma bota del cuerpo y que aquí nunca se consigue, en medio de la humedad y de este viento frío que se cuela por todos lados. ¿Sabe una cosa mamá?, aquí el calor se pierde por los huecos de la hamaca y por los que tiene el toldillo y el frío me coge en las madrugada y me sacude los huesos y no existe esa protección que sentía de sólo saber que usted y mi papá y Néfer estaban cerca y de saber que más abajo había personas amigas como don Arnoldo, que siempre me trataba con cariño y que me daba palmaditas en los cachetes como si recordara alguna hija que alguna vez hubiera tenido. La de ellos no es protección mamá, es peligro, peligro de guerra y de muerte, pero también de coger el paludismo y las pestes del frío

que lastiman los huesos y del invierno que se mete hasta el alma, y de que me hagan odiar a todo el mundo y todo cuanto existe. Porque para decirle la verdad, yo ya no quiero a nadie".

"Aquí las noches no son tan silenciosas como uno quisiera que fueran, tienen todos los ruidos posibles. Hay un ruido ensordecedor de chicharras que si uno piensa en él no lo abandona y no lo deja dormir, y de zancudos que zumban y jamás me desamparan, y de animales que merodean en la mitad de la noche y que uno escucha que respiran cerca porque se siente el vaho caliente, y si aparecen me hacen acurrucar, no de frío sino de miedo y me obligan a esperar, casi sin respirar, con la esperanza de que se espanten solos; aquí abundan las culebras mamá y uno se las encuentra en los caminos y en las orillas de las quebradas, y hay ojos que vigilan como si aguardaran alguna oportunidad, y ruidos de hombres que roncan y silban o que se levantan a orinar porque aquí no existe ni siquiera un beque sino que hay que orinar por ahí en cualquier rastrojo, y también se sienten los cuchicheos de los que hacen guardia, y los jadeos de los que se acuestan a hacer el amor y le dicen cochinas a la compañera, y las burlas de esa vieja Leonor Banderas con las muchachas que le resultan muy remilgadas a los tipos esos, y se oyen los gritos de dolor que algunas sienten si ellos las atropellan por la fuerza sin esperar siquiera a que estén relajadas. Además mamá, la lluvia aquí se siente gota a gota al pegar en las hojas o al abrir huecos en la tierra o cuando va empapando el cuerpo; y uno simplemente está ahí, escurriendo agua todo el tiempo".

"Las pesadillas son de noche, pero luego los recuerdos no me abandonan en el día. Siguen apareciendo y son un calvario, porque yo no quiero pensar en usted, quiero olvidarla y sin embargo no puedo. Usted es como un fantasma. Casi siempre la veo en cada recodo de los caminos, pálida, transparente, pidiéndome algo que yo no sé qué es y que usted repite como un disco rayado. Usted se me aparece detrás de los árboles o en las rocas de las quebradas y hasta la he visto haciendo el amor con el "Manteco" ése. Una vez me acerqué tanto para ver si usted estaba con él, que me gané un regaño y casi me ponen otra vez a cavar trincheras. Y usted no se imagina lo que es cavar trincheras sola, sin que haya quién le ayude. Pero no haga más esfuerzo mamá, que yo no aprendí a leer los labios y no quiero aprender tampoco, porque creo que lo que usted desea es pedirme perdón y yo no voy a perdonarla, así que prefiero no saber qué quiere y espero no verla ahí, haciendo muecas o sonidos de animales o de indios, muda de palabras que yo pueda entender".

"No le perdono, porque yo no me quería ir con ellos y si puedo huir voy a hacerlo, así me maten, porque no me gustan, porque quiero mi cama y mi almohada y caminar con Néfer por las quebradas y ver los pájaros y perseguir las huellas de los animales y porque me gusta bañarme sin que estén por ahí gatiándola a una y haciéndose la paja detrás de los árboles y porque quiero saber qué hacer una vez me venga la regla y tener toallas higiénicas para mí y porque no quiero que me toquen y que me miren como si yo fuera un objeto de ellos. Por donde voy siempre recuerdo los sitios y me aprendo los nombres, para saber si estoy cerca de algún caserío en donde me pueda esconder. Y por eso me gustan las clases que nos dan de geografía, para echarle ojo a los lugares que me faciliten la huida. No veo la hora de ser libre para poder ser una mujer y tener mis propios hijos, para no regalárselos a nadie. Una vez esté segura voy a escaparme. Y si me descubren, pues que me maten de una vez por todas".

"¿Se acuerda mamá lo que decía Hárrison? Decía que usted debía enseñarme a hacer arepas porque eso servía mucho por aquí en el monte. Pues le digo que es mentira, aquí no se pueden hacer arepas, porque aquí no se consigue maíz, ni se puede llevar mucha carga, ni hay espacio para perder tiempo en hacer pendejadas. Además, aquí cocinamos es con leña y es encima de los carbones que se pueden montar las arepas, pero aquí no tenemos parrillas ni cosas que se le parezcan, y todo se quema y la comida sabe a humo o a tierra. Si quiere que le diga, lo mejor del mundo es si alguien se aparece con frisoles o si hay con qué hacer un hogao. Pero eso es de vez en cuando. Aquí sólo es correr de lado a lado por las montañas y los pantanos y caminar por entre las quebradas con la ropa mojada, esperando que el cuerpo se seque con el calor del día y con miedo de que de cualquier lado salgan disparos y termine uno por ahí sirviéndole de comida a los gallinazos, como a los guerrilleros que matan y no puede recoger nadie y se quedan por ahí tirados en la mitad del monte. Usted creía que a mí no me iba a pasar nada, pues sepa que me dieron un tiro en una pierna y por poco me dejan paralizada. Aquí hay que comer enlatados y hacer un café amargo, lleno de ripio, o contentarse con un pocillo de aguapanela, y sólo hay descanso cuando a uno lo llevan a un campamento estable, donde hay muchos guardias que vigilan y se puede descansar ratos largos y bañarse mucho tiempo o mirarse en un espejo, y dedicarse a otras tareas, como hacer comidas buenas de esas que lo hacen a uno soñar. Aquí casi nada es bueno y siempre existen disculpas para ponerlo a uno a cavar trincheras y para hacer huecos de tres metros donde van a parar los que han sido castigados, como yo algunas veces o como los prisioneros que se portan mal y por tratar de escapar permanecen ahí embutidos dos o tres días a pan y agua".

"Si no lo sabe mamá, todavía no me ha venido la regla; no he tenido el bautizo de las mujeres. Todas las noches miro mis calzones para ver si están manchados de rojo y no de verde o amarillo como me pasó después de que el gordo ese me usó, y sueño que me desangro como la madre de Leonor Banderas. Yo llegué a pedirle mamá, de rodillas, porque acuérdese, que esperara primero a que me llegara y que después me iría para cualquier lado, porque sabía que ya sería mujer y que me podía ir a buscar un macho que me cuidara, pero no, usted no me aguantaba, tenía que ser de inmediato porque le creía a esos tipos esa carajada de que la revolución no daba espera; pero mire mamá que sí da espera. Todos los días no hacemos más que andar de aquí para allá y de allá para acá, ¿y qué? ¿No es acaso eso, esperar? Una vez ensayé, como me dijo la vieja esa de Leonor Banderas, a ponerme periódicos porque tenía un cólico y mucho miedo de que me viniera, así que doblé una página entera y la puse justo ahí sosteniéndola con los cucos, pero después de caminar una jornada llegué con llagas en las entrepiernas y estuve enferma durante tres días y casi no podía caminar. Hasta tuve que aceptar que esas viejas que detesto me ayudaran. Desde eso guardo cada trapo que me encuentro por ahí, para estar preparada, y hasta me los pongo de pura prevención".

"Cómo le voy a perdonar si usted me entregó al "Manteco" y yo le advertí que lo que él quería no era ponerme a cocinar y a atender a los demás compañeros, sino abejorriarme con sus cochinas manos como lo hace con las que se le atraviesan en su camino, con la complacencia de sus amigos, como el mismo Hárison, que le prometió a usted que iba a cuidarme. Y sabe otra cosa, el Hárison no se mantiene por acá, siempre anda dirigiendo combates en uno y otro lado; eso se la pasa caminando hasta el Chocó, moviendo las tropas y dando guerra en muchos sitios. Al regresar, siempre manda gente para todas partes y un día de estos me va a mandar a mí también quién sabe para dónde. Además, esa vieja Leonor Banderas lo que hace es prepararla a una para que sea una puta, para que aprenda a gozar cuando le hacen cochinadas. ¿Quiere saber mamá? Sí, ese gordo me tocó y me llevó a su cama a la brava y me mordió por todas partes y me bañó con su saliva apestosa y me quitó la virginidad y me dejó sangrando tanto que parecía como si me hubiera venido la regla. ¿Y sabe qué dijo después de que me dejó tirada y dolorida? : "es tan culicagada que no sabe a nada", si, eso dijo. Así que no le voy a perdonar ni aunque se arrodille, ni aunque le salga la voz y le broten lágrimas y me suplique".

"Al sentir los primeros disparos ya había corrido mucha sangre", comenzó a contar Édison mientras los tres fugitivos departían sentados en unas piedras en medio de la corriente. Hacía varias horas habían dejado de escuchar los disparos de los perseguidores y ya tenían la ilusión de que el "Manteco" y sus hombres hubieran desistido de buscarlos. Una brisa fresca subía a intervalos y les bañaba los rostros. La fatiga los consumía. "Ariel, Simón y Alcides —continuó diciendo— se encontraban de guardia esa noche. El Teniente Ospino se había ido a dormir y Patricio seguía en vela mirando caer estrellas en el firmamento; eso fue lo que lo salvó de morir, pues la carpa en donde él dormía quedó hecha un colador con las primeras ráfagas. Los guardias cayeron de una, no dieron un brinco. Yo no sé por qué nadie se dio cuenta cuando los mataron. Los cuerpos los vimos de lejos y no dejaron que nos acercáramos. Morales y Ramírez estaban en una garita que hicimos para controlar los ingresos al campamento; andaban en compañía de los dos policías que prestó el Alcalde; a ellos los tomaron por sorpresa y no ofrecieron resistencia y luego formaron parte, con nosotros, del grupo de prisioneros. De los policías, vaya, ni siquiera me acuerdo de los nombres; ¿cómo se llamaban? —le preguntó a Patricio, quien apenas levantó los hombros con un gesto despectivo y se limitó a frotar los ojos que se le cerraban del cansancio— y eso que pasaron con nosotros mucho tiempo, pero uno a los policías no les coge mucha confianza. Los soldados les tenemos antipatía. Además, hay gente que uno quisiera olvidar. Al uno sé que le decían el "Negro", tenía el pelo churrusco y era medio fullero, y al otro le decían "Avechucho" y era como un ave de mal agüero".

Édison parecía tímido, pero a medida que profundizaba en el relato se iba entusiasmando. Su rostro apenas se dibujaba en medio de las sombras y a veces sus interlocutores, vencidos por el cansancio, cerraban los ojos y sólo escuchaban el rumor de sus palabras.

"Ascencio, que no durmió por la tos que se le prendió después de tragar tanto humo en la fogata, fue el que dio el aviso con un grito que todavía siento resonar, pues mis oídos no se han acostumbrado a olvidar. ¡Teniente, Teniente, nos atacan!, eso fue lo que dijo y en ese momento empezaron a oírse los estallidos. Eran explosiones de rockets y granadas, y de pipetas de gas, que ahora arrojan con los morteros y hacen mucho daño porque las llenan de clavos y tornillos. Eso retumbaba por todos lados. Luego se escuchó una ráfaga de ametralladora y observamos una llamarada inmensa que nos lanzaban y que Ascencio se quedó mirando como atolondrado. Entonces oímos sus gritos y vimos cómo lo envolvían en una cortina de plomo; Patricio lo

vio caer así como caen en las películas; ¿no es así compa?" —le preguntó al amigo—. "Sí, así es", dijo Patricio con desgano. En ese instante, Nadia sentía un estremecimiento que le recorría las piernas y una sensación de frío le bajaba por las espaldas. Entonces, como si regresara un recuerdo, estiró los dedos de los pies en el fondo de las aguas y removi6 las piedras del lecho, enterradas en la arena. "Luego —continuó Édison— supimos que era gasolina que lanzaban con una motobomba. Éder y yo salimos por la parte de atrás de una de las carpas antes de que las encendieran y nos metimos en la quebrada. Desde allí comenzamos a disparar, pero resultaba difícil saber a qué le tirábamos. En ese momento el Teniente empezó a dar órdenes detrás de unos árboles que están muy cerca al sitio en donde se encontraba el campamento; pero era mejor ni hablar, porque si se escuchaba algún ruido, ahí mismo iban los disparos y uno ni podía moverse".

"Yo creo que en eso hubo un error de mi Teniente Ospino, que en paz descanse, dar órdenes a todo pecho, llamando al Cabo Peña y preguntando por Chalá, porque eso permitió que lo detectaran y empezaran a arrinconarlo. Nosotros lo apoyábamos desde la quebrada, para que esos bandidos no se le arrimaran más, porque esa gente echaba candela por cuanta parte había. Las carpas que no se achicharraron con el fuego, quedaron como coladores y algunos compañeros ni siquiera pudieron salir. Nosotros estábamos mal ubicados, casi ni podíamos ver lo que pasaba. Sin embargo, peleamos hasta el amanecer, hasta agotar el último tiro; pero sin municiones, ¿uno que hacía? Por salir a las carreras no sacamos todo el armamento; yo cogí el fusil pero no saqué suficiente munición, y otros como Cambas ni siquiera se llevaron el fusil, simplemente se escaparon; él y un soldado de apellido Moreno se fueron quebrada arriba, para buscar esconderse en el monte. En uno de esos momentos de sosiego quisimos meternos en la arboleda y encontramos los cadáveres de los compañeros. Les dieron en la nuca. No tuvieron consideración a pesar de que estaban desarmados".

En ese instante Édison paró su relato. Hizo una pausa y tomó aire. Si la luz fuera plena sabrían los otros que él estaba llorando. "Vaya uno a saber —dijo con la voz quebrada— sobre la conciencia de los hombres, a unos nos perdonaron la vida a pesar de la guerra que les dimos y a otros los mataron ahí mismo, indefensos como estaban".

"Yo sé que el Cabo Peña pidió refuerzos por la radio, porque él me lo contó después cuando conversábamos en el campamento en donde nos tenían prisioneros. Se comunicó muy fácil, me dijo, y hasta

puso a los de la guarnición a que escucharan los disparos. Luego le contestaron que vendrían. Sin embargo, los aguardamos toda la noche en medio de esa incertidumbre y sin saber cómo íbamos a salir del enredo, porque, ¿sabes? —dirigiéndose a Nadia que lo miraba como pasmada, pero con los ojos radiantes—, en esos momentos se le olvida a uno lo que aprendió. El Cabo conservó la radio hasta el final, hasta que ellos se la arrebataron. Fueron muchas horas de espera, porque disparar significaba mostrar el escondite en dónde nos encontrábamos. Y al fin supimos que los refuerzos llegaron desde Murrí, pero nosotros nunca nos dimos cuenta cuántos vinieron, nunca alcanzamos a verlos; nos enteramos por los gritos de los guerrilleros y las órdenes de replegarse y dividirse para apoyar la retaguardia y porque nos dejaron descansar, que eso era mucho cuento en medio de semejante furrusca".

"Por lo menos los distrajeron mucho rato, lo que nos dio un respiro y permitió que nos desentumeciéramos y buscáramos un refugio más adecuado". Édison sintió la boca seca y una especie de ahogo que por unos instantes le volvió a arruinar el relato. "Fue entonces cuando el Teniente Ospino habló con cada uno de nosotros insistiéndonos que ahorráramos balas, e incluso, ese repliegue nos permitió abordar las carpas que sobrevivieron al incendio, sacar algunos de los heridos y tomar las municiones que allí había, o quitárselas a los compañeros muertos. De eso uno no quiere ni acordarse: el olor a carne quemada, los muertos que no se podían reconocer y los gritos de los heridos cuando uno los tocaba". Entonces, Édison decidió mojar sus labios con el agua que corría, mientras se oían los suspiros de Nadia, impresionada con las escenas de terror que acudían a su mente.

"A Patricio y a mí nos tocó sacar al pobre Anibal Guerrero; lo jalamos por las axilas, porque tenía una pierna astillada. Gritaba si lo movíamos. En un comienzo quisimos cargarlo, pero con el miedo de que iban a dispararnos no lográbamos sincronizar el paso. Entonces lo volvimos a poner en el suelo, le amarramos la pierna con una sábana y lo arrastramos. Era un terreno muy quebrado, con piedras y troncos en el camino. Sonaron muchos disparos, pero dijimos: "¡qué carajo!, que nos maten de una vez", y corrimos en medio de los gritos. Por fortuna los nuestros también les respondían y eso no los dejaba afinar la puntería. Al ponerlo al resguardo, detrás de un árbol, vimos que sangraba demasiado; botaba chorros de sangre; parecía que le hubieran partido una vena". En ese momento Nadia, instintivamente, pasó los dedos de su mano, arrugados por la humedad, por la cicatriz de su pierna y la lavó con agua, como si con ello pudiera limpiar un recuerdo que de pronto le llegaba. "Entonces le apretamos la herida con un torniquete pero el pobre se encontraba sin sentido. Yo me acuerdo que le toqué la cara y estaba sudoroso y frío, pero todavía abría los ojos y

pronunciaba unas oraciones que yo no me sabía. Lo animé un poco. Le dije por ejemplo que habían venido a auxiliarnos y era cuestión de tiempo, que aguantara, que enseguida volvíamos, y él continuaba rezando; usaba unas palabras que yo no entendía; entonces lo dejé en compañía de sus santos y me fui, porque ellos seguían disparando y Patricio, que había corrido hacia nuestro escondite, estaba acabando su pertrecho de tanto protegerme".

"Estábamos por ahí en la mitad de la mañana cuando le dijimos a Éder que se arrimara a una colina que estaba al frente, para ver si veía algo. Un sol medio escondido en unas nubes comenzaba a salir y sabíamos que la única esperanza era que los refuerzos que llegaron los hicieran replegarse. A lo lejos se oían los disparos; lo bueno era que no los hacían contra nosotros. Éder volvió muy pronto a decirnos que había gente armada por todas partes. Entonces contamos las balas que nos quedaban y las repartimos por igual e hicimos la promesa de no botar ni un tiro. Sólo le dispararíamos a un blanco perfecto. Pero qué va, en esas condiciones ni siquiera puede uno cumplir lo que promete".

"Así pasó el día, porque la verdad es que los compañeros los tuvieron entretenidos y ellos sólo esperaban para rematarnos, saber o estar seguros de derrotar a los que nos ayudaban. Por lo menos tuvimos tiempo de recuperarnos y buscar los mejores sitios para enfrentar el ataque. El Cabo Peña se comunicó varias veces y nosotros estábamos pendientes de lo que la cadena de compañeros nos transmitía. Primero dijeron haber enviado los refuerzos y estar en puro combate, pero nos confesaron que sería bueno que miráramos si podíamos salir, a lo que les contestamos que resultaba imposible porque nos encontrábamos rodeados. Más tarde dijeron que buscarían un helicóptero; que iban a enviar uno desde Medellín. Luego supimos que habían sufrido muchas bajas pero que preparaban otros refuerzos y preguntaban que cuántos serían los que atacaban. Éder fue el que dijo que calculaba como quinientos porque el hombre vio mucha gente, pero el Teniente no le creyó que fueran tantos e informó que podían ser unos cien o doscientos. Y en realidad resultaron muchos más, porque ya detenidos, al conducirnos por la montaña, los vimos en formación y era un batallón. Y así llegó la tarde sin que volviéramos a disparar un tiro".

"Hasta que el sol se perdió en el horizonte. Fue en ese instante que arremetieron con violencia. De nuevo lanzaron rockets y acabaron con las últimas carpas que estaban en pie. Nos disparaban por los cuatro costados y sólo nos salvaba estar en una hondonada que hacía las veces de trinchera. Pero el ataque sólo

duró hasta que las sombras se instalaron definitivamente. Por la noche, en medio de la calma, volvió el correo de voces a decirnos que habían enviado nuevos refuerzos, pero que ya no mandarían el helicóptero y nos advirtieron que el tiempo se iba a poner malo. Y uno ni sabía si era porque iba a caer un chubasco o porque nos iban a matar a todos. Al fin ocurrieron las dos cosas, pues la matazón fue tremenda y las pocas estrellas que aparecieron comenzaron a ocultarse con los nubarrones".

"Llovió la noche entera y uno haciendo fuerza para que no hubiera relámpagos, porque eso no era sino que se prendiera el cielo y ahí mismo comenzaba a prenderse la tierra. Pero a ellos también les caía el agua y les daba frío y poco a poco la agitación disminuyó. Nosotros nos tapábamos con lo que encontrábamos: pedazos de carpa que olían a chamusquina, ramas, morrales, y hasta el fusil lo ponía uno encima del cuerpo para que le tapara alguna entrada de frío. Yo creo que el cansancio era tanto que nos dormíamos en medio de la lluvia". Sí, así pasaba, Nadia lo podía ratificar, hay ocasiones en que es tal el cansancio que uno se puede quedar dormido en la mitad de una quebrada. "Apenas si se despertaba uno con los truenos que sonaban, creyendo fueran explosiones y entonces les dábamos masajes a las piernas porque estaban entumecidas. Hasta se nos olvidó el pobre Anibal Guerrero y al ir a buscarlo lo encontré muerto. Eso se quedó quietecito como lo dejamos, con la boca abierta y los ojos como mirando al cielo; de seguro se murió rezando, que era lo que hacía cuando lo dejamos. Y éste bárbaro —señalaba a Patricio y lo empujaba con el hombro— diciéndome que le quitara las botas que las de él estaban rotas, y eso ahí todo lleno de sangre y el tipo con los ojos abiertos como mirándolo a uno. Yo si no tengo agallas para robarle a un muerto. Uno siempre conserva sus agujeros". Y Patricio, que se sabía la historia, apenas si levantaba un ojo para mirar a Édison, pero como no lo veía prefería dormir, ajena su mente a los pormenores del relato.

"Al amanecer dejó de llover y nos tuvimos que quitar la ropa para escurrirla y pegarnos golpes en las piernas para volverles la circulación, porque eso ni nos podíamos levantar; estaban como muertas. Volvimos a contar la munición, pero se puede decir que no teníamos nada. Entonces decidimos, Patricio y yo, dejar los fusiles ahí, a un lado de la quebrada, y rendirnos de una, porque, ¿qué más hacíamos? En ese momento Éder nos dijo que él todavía tenía tres balas. "Pues será de a una para cada uno", le dijo este loco y hasta nos reímos, porque eso parecía como un chiste. Una vez Patricio y yo, que estábamos juntos y un poco lejos de Éder, llegamos cerca de las carpas, con las manos en la cabeza, escuchamos a alguien decir: ¡maten ese hijueputa!, y yo me asomé así como por entre unos árboles y vi que iban a matar al Teniente Ospino; lo tenían amarrado con las manos en la espalda. Lo mató ese cliente manchado, como caratejo; yo después lo

reconocí porque le gustaba usar la gorra al revés. También vimos al tipo de la cicatriz, el Macario ése. Daba órdenes, empujaba a Chalá, le apuntaba con una pistola y lo llevaba al sitio en donde fusilaron al Teniente. Al pobre lo mataron a la vista de nosotros, porque el hombre lo acusó de ser él quien nos había guiado hasta el campamento. El otro, el caratejo ese, le disparó un tiro en la nuca y el Teniente se dobló como si fuera de trapo. Y nosotros viendo el asunto y sin con qué disparar".

"Total mataron a nueve de nosotros, doce fueron los heridos y nos llevaron a los otros doce como prisioneros: diez soldados y los dos policías que prestó el Alcalde. Nosotros nos entregamos. Eso fue con mucho dolor. Cuando juntaban los muertos y contaban los heridos, salimos de la quebrada con las manos en la cabeza. Al principio ni se dieron cuenta; yo creo que nos tomaron por gente de ellos, porque al percatarse del hecho qué susto el que les dio, ahí mismo unos se arrojaron al suelo y apuntaron con los fusiles y otros corrieron hacia nosotros y nos hicieron tirar al piso y nos requisaron y nos insultaron a más no poder. Al suelo cabrones, nos decían y uno pues ni podía revirar".

"Les dije que eran treinta y un soldados y no hay sino veintiocho fusiles, así que faltan tres, les gritaba Macario, el tipo de la cicatriz en la cara. Claro que el jefe es Hárrison, ¿no es cierto? —Nadia que no le perdía el hilo, le asintió con la mirada—. Ése es como todo pinchado y bien organizado; de esos que le gustan mucho a las mujeres —y ella se reía, acariciándole la mano—. Y yo con esa piedra con el caricortado, porque el Teniente se lo tenía pillado y de seguro él fue quien preparó esa fiesta. Entonces les dije que los dos fusiles de nosotros estaban en la quebrada y que ahí se encontraba otro compañero pero que no lo mataran. Y ellos me llevaron al sitio y yo le grité a Éder para que se entregara; le dije que tirara el fusil y que saliera con las manos en la cabeza y él nos hizo caso. A estos les cargaremos los muertos nuestros, —dijo uno de ellos—. Murieron tres guerrilleros y de eso se dolían porque decían que esa operación debió hacerse sin sufrir ninguna baja, y claro, eso por lo menos nos daba cierto orgullo. Los muertos debieron haber sido del Teniente Ospino, que fue el que los atacó de frente, con mejor panorama, porque nosotros no sabíamos a qué le disparábamos; a las sombras o a la selva por donde se suponía que estaban. Ojalá hubieran sido muertos nuestros, pero qué va, no creo". La noche brillaba con intensidad, soplabla el viento y hacía frío. Pero Édison no encontró nada más que decir; era como si hubiera vaciado a las aguas de las penas que tenía y lo único que le quedaba era mirar cómo se las llevaba la corriente.

"Yo una vez antes intenté volarme —dijo Nadia, ávida de narrar sus experiencias—. Ocurrió un año después de que mi madre me entregara a la guerrilla, pero antes habíamos pasado muchas penalidades. Yo tendría trece años, no, de pronto trece y medio, cuando me tocó el primer combate. Fue en la serranía, por allá por los cerros de Murrucucu, mucho antes de que nos trasladaran al campamento en donde ustedes estaban detenidos. Los días anteriores al enfrentamiento se escuchó el rumor de que el ejército se desplazaba hacia la región en donde nos encontrábamos y en cierta forma estábamos alertados, pero como eso ocurría con frecuencia yo ni le paré bolas al asunto. Esa noche nos acostamos temprano y andábamos dormidos en las hamacas. De pronto se oyeron los avisos de los centinelas sobre la cercanía de una Compañía del ejército. Tuvimos que empacar a las carreras y emprender la huida por el monte. Era de noche y caía una llovizna de esas que se sienten frescas pero con las que queda uno empapado. Adelante de mí iba Adín y detrás los otros pelados. En ese tiempo apenas si podíamos con el fusil. En la vanguardia, recorriendo los caminos que ellos se conocían de memoria, iban el "Manteco" y Leonor Banderas acompañados de algunos de los más duchos, y más atrás se quedó Hárrison con unos treinta hombres, cuidándonos la espalda. Digo cuidándonos pero, si vamos a ser francos, más bien cuidándole la espalda al "Manteco", que era lo que en últimas a ellos les interesaba. Casi a la madrugada, después de caminar como tres horas, comenzamos a oír los primeros disparos. Se oían tan lejos que uno como que todavía no creía que la cuestión fuera grave. Yo pensé que íbamos a seguir la marcha, pero de pronto nos fuimos agrupando hasta quedar juntos. Estábamos pasados por agua y llenos de pantano. Entonces supimos que el "Manteco" había ordenado que les hiciéramos frente y por eso nos atrincheramos en una zona boscosa desde donde podíamos verlos subir, si se acercaban".

A esa hora Patricio, quien se encontraba sentado en una piedra en medio de las aguas, roncaba y su cabeza danzaba entre las piernas, mientras Édison contemplaba el perfil de Nadia que aparecía y desaparecía en las penumbras. Su voz sonaba dulce y se quebraba con las palabras.

"Poco tiempo después estábamos en posición defensiva y oíamos los disparos de la última columna nuestra, la que estaba al mando de Hárrison. Esa fue la primera vez que disparé un fusil en combate, porque, claro, lo había hecho en los entrenamientos, pero ahí la cuestión es distinta. A mí me daba órdenes Adín y él

me decía por dónde estaban, pero yo francamente ni los veía. Dispare hija, dele a esos hijueputas —me decía el pelado—, y yo empecé a disparar pero sin saber a qué. Creo que le tiraba a los árboles o a las hojas o a cualquier cosa que se movía, pero no creo que hubiera matado a nadie. Hasta me dolían los oídos con los retumbos. Sólo sentía las balas que zumbaban por encima de nosotros y el golpeteo de las ametralladoras y los gritos que daban de un bando y del otro, y los insultos que nos tiraban y las palabrotas con que los nuestros les contestaban. Lo más tenaz fue cuando apareció el helicóptero y empezó a hacer ráfagas sobre el lugar en donde nos resguardábamos. Primero oímos el ruido de los motores y luego la tronamenta de las bombas que nos lanzaban. Ahí no tocaba sino esconderse, acurrucados contra el piso detrás de los árboles, esperando que ellos no lo vieran a uno. Entonces algunos de los muchachos les disparaban y los hacían devolver y ellos hacían cabriolas para evitar los impactos, y volvían y arremetían. Muchos disparos tumbaban ramas y algunos estallidos de granadas caían cerca, pero la pelea era dando y dando. La suerte fue que el tiempo estaba feo y que una neblina espesa se encaramó sobre la colina e hizo que los tipos no pudieran volver a acercarse hasta muy entrada la tarde".

Nadia no dejaba de mirar hacia atrás, temerosa de que entre las rocas que habían dejado unos minutos antes fueran a aparecer los perseguidores, pero la consolaba saber que el cansancio era igual para todos; también a ellos les pertenecía.

"Yo estaba debajo de un árbol y al abrir los ojos veía a Adín montado en el mismo tronco que me servía de resguardo, disparando a más no poder. Y yo le decía que no se puchara tanto que lo iban a matar, pero él ni caso hacía. A mí el ruido de los estallidos me daba miedo. Pero por ratos la cosa se aquietaba, entonces medio asomaba la cabeza y de nuevo la escondía. Sólo una vez pude ver a alguien. Estaba relativamente cerca, como a cincuenta metros, escondido detrás de unas rocas en un acantilado. Era un soldado. El hombre me vio y de una vez puso su fusil hacia mi escondite. Yo pensaba que si volvía a sacar la cabeza me la iba a volar; entonces le señalé a Adín el sitio en donde estaba y Adín reparó en todo, pero desde su lugar no veía nada. Córrase para acá me dijo, y yo me arrastré hasta su lado. Entonces, al mostrarle el sitio, él se dirigió hacia unas ramas más allá de mi primer escondite y desde ahí lo vio, preparó su arma y disparó. Le dio en toda la tusta, porque el hombre gritó y se fue de bruces con las manos cubriéndose el rostro. Los que estábamos cerca pudimos ver cómo caía. Buena esa, le gritaron los otros; y yo francamente no dije nada porque me sentía como responsable. Ese condenado tenía una puntería que daba miedo".

Sentía el brazo de Édison sobre su hombro y las caricias que su mano le prodigaban. Lo veía ahí, muy cerca, mirándola, siguiendo el curso de sus palabras, sabiendo que comenzaban a compartir un sueño, una aventura.

"Por la tarde volvimos a sentir el helicóptero, pero esa vez no tenían buena visibilidad y los disparos se oían más lejos, como al otro lado de la montaña. Una vez estuvo cerca y lo vimos pasar por encima de nosotros, pero solamente dejaron caer una bomba que no estalló y la neblina no los dejó volver a acercarse. Dieron y dieron vueltas hasta que se cansaron y se fueron. Y los otros, creo que desilusionados de no recibir ayuda lo que hicieron fue aplacarse y dejaron de disparar o se replegaron, porque lo cierto fue que ahí terminó el combate".

"Así pasaron las horas hasta que llegó la noche. Cuando Hárrison estuvo seguro de que se habían ido, nos preparamos para continuar la marcha. Arrancamos en silencio por un camino empinado y pantanoso que los que iban adelante conocían bien y atrás se quedaron Hárrison y los demás, quienes nos cubrían la huida. Luego bajamos por una trocha de mula hasta que dieron orden de descansar y entonces colgamos de nuevo las hamacas, comimos lo que pudimos y nos dormimos de inmediato; estábamos medio muertos del cansancio. Ni siquiera nos importó protegernos de las culebras o limpiarnos el barro de las botas. Al amanecer, nos lavamos en una quebrada, nos cambiamos de ropa, nos calentamos con los primeros rayos del sol y seguimos nuestro descenso hasta que llegamos a un campamento. Ahí ya se encontraban el "Manteco" y Leonor Banderas. El lugar era una maravilla, de veras agradable, con construcciones fuertes, con trincheras profundas y bastante resguardado. Con decirle que se veía mejor que donde ustedes —y volteaba a mirar a Édison— estaban detenidos. Pero eso se encontraba al otro lado, por allá por Tierralta, pero mucho más lejos. Allí conocí gente distinta, más querida, incluso un mono cayubro que se hizo mi amigo y me trataba con cariño. Fue un tiempo tranquilo, pues comíamos bien y parecía como si estuviéramos en vacaciones".

"Al muchacho lo llamaban Toño; tenía una cara redonda, llena de pecas, con unas orejas abiertas como dos parlantes y unas manos gorditas, y aunque no era nada bonito si despertaba ternura con ese pelo rojo y ensortijado. Él era más bien amanerado, pero decente, no ponía pereque por nada y lo trataba a uno muy bien, como a una mujer. Por la mañana me llevaba café caliente: "unos tragos", me decía, y al compartir el almuerzo o la comida hablábamos sobre los sufrimientos de cada uno, y de la familia, y de las ganas que le

daban a uno de volver a la casa. A veces pensaba que mi mamá no me volvería a pegar más, que las cosas cambiarían y que podía regresar a vivir de nuevo con mi familia. Él se graduó de bachiller y siempre cargaba libros y si no había trabajo se sentaba por ahí todo juicioso a leer bajo la sombra de algún árbol, mientras los otros jugaban cartas o simplemente dormían. Y si teníamos clases, porque a nosotros nos daban clases de historia y geografía y algunas veces de español, el hombre era el más aplicado y al que mejor le iba en los exámenes que nos hacían. A mí me ayudaba a hacer las tareas y me corregía la ortografía. Hasta me enseñó a hablar, porque si no, estaría más bruta que ni para qué. Una vez me dijo que él odiaba a los ricos, porque un patrón que tenían persiguió a los campesinos en la vereda en donde ellos vivían, hasta que se quedó con las tierras de todos y muchos de ellos, como su padre, murieron al intentar recuperarlas. Allí juró que lo buscaría y desde eso espera la oportunidad para vengar a su padre y recuperar las fincas de su familia. Por eso —me decía— se vinculó con la guerrilla. Pero lo cierto es que esa vida no le gustaba y ya no hacía más que pensar en escapar antes de que lo mataran".

"Yo no le conté de inmediato mis intenciones de huir, sino luego al tenerle confianza. Él me echaba piropos, me decía que estaba muy pispá y cosas así, pero no significaba nada —y entonces se codeaban entre ellos con cierta complicidad—. Yo le dije que me ayudara a escapar y él se puso nervioso y miraba para los lados, pero yo lo tranquilicé y le aseguré que nadie se enteraría y que no contaría nada. Porque es que uno por allá siempre tiene recelos de cualquier tontería. Yo no lo voy a sapiar mijo, se lo juro, —le dije—, y él me contestó que no era necesario que le jurara nada, que él me creía. Unos dos días más tarde, seguramente después de haberlo pensado bastante, me contó que como a tres horas de camino si seguía por la quebrada se encontraba un puente formado por un árbol inmenso que al cortarlo cayó sobre las aguas. Es tan grande que puede uno pasar por debajo sin agacharse, —decía—. Ahí justo, comenzaba un camino que llegaba a una vereda que le decían el Totumo, y en esa vereda terminaba una trocha por la que transitaban unas chivas que venían desde Tierralta. Había que salir de noche para que no se dieran cuenta y se pudiera coger una buena ventaja. Pero también se necesitaba cambiar de ropa y estar muy prevenida, pues entre esa gente de las veredas hay muchos amigos de la guerrilla y si lo pillaban a uno la cuestión se ponía grave, pues el castigo podía ser el fusilamiento. Él también pensó en irse de ahí, pero necesitaba primero resolver otros asuntos y nos dijimos que si nos volvíamos a ver eso sería en Tierralta, en ese lugar en donde su padre tenía las fincas. Toño se vengaría de lo que le hicieron a su padre, de otra manera no le importaba la vida".

Pero el tiempo pasaba y el peligro acechaba, por eso aunque quisieran haber permanecido ahí horas y horas hablando, aferrados el uno al otro, conociéndose la voz y compartiendo pensamientos, decidieron proseguir el camino. Muy cerca croaban las ranas, y las sabaletas chapoteaban entre las aguas, y las estridencias de los grillos se levantaban desde la selva y formaban un sólo rumor en medio de la noche; la noche que les daría la libertad o en la que encontrarían la muerte.

10

—Se acabó la cháchara, a trabajar —dijo Macario mirando con un cierto dejo de burla a los prisioneros. Estos se encontraban encerrados en un lugar cercano al campamento en donde estaba asentada la columna de los guerrilleros que comandaba Hárrison; un cerco hecho con palos y varas de bambú limitaba los movimientos de los soldados que habían sido hechos prisioneros varios meses atrás. Arrinconados contra la ladera escarpada de una montaña armaron unos cambuches e instalaron una hamaca, la que colgaron de las ramas de un sauce. El área, reducida, apenas si permitía acomodar a las doce personas que componían el grupo, ahora al mando del Cabo Peña. Unos guardias armados los cuidaban.

—Vamos, muévanse —les ordenó el Cabo a sus soldados, y a los dos policías que por cuestiones de rango también le obedecían. Eran las ocho de la mañana y el sol comenzaba a filtrarse por entre las ramas de la arboleda. Al frente de ellos estaba Macario con algunos de sus hombres, quienes se disponían a entregarles las picas y las palas para cavar trincheras.

—La quiero como ésta —dijo Macario mostrándoles una trinchera de cincuenta metros que un guerrillero cavó durante un castigo—. Si él la hizo en quince días, siendo apenas un niño, ustedes no se pueden gastar más de tres días—. Se la pasaban en esas, de campamento en campamento, cavando y cavando trincheras. Llevaban varios meses abriendo huecos en las montañas sin saber de las familias, sin una carta, sin una noticia, sin esperanzas de ser liberados.

—¿Otra vez a sacar tierra? ¿Por qué tantos huecos? Ni que nos fueran a enterrar en uno de ellos—. Se quejaba Éder con altanería y miraba cómo al hombre que los mandaba la cicatriz no le dejaba cerrar el ojo izquierdo.

—Calle la jeta o lo pongo a cavar su propia tumba. Recuerde que es tan solo un cerdo —le espetaba otro guerrillero que tenía la cara manchada de vetas blancas y usaba una cachucha al revés.

—Calma muchachos que no estamos en capacidad de exigir —les recordaba "Avechucho" a sus compañeros. Aún conservaba su gorra y sus insignias de policía.

—¿Y de los derechos humanos qué? Nosotros exigimos que nos traten como a prisioneros de guerra—. Continuaba con su furia Éder.

—Ya una vez le perdonamos la vida, imbécil, o cree que se salvó de chiripa, ¿es que no se acuerda?—. Volvió a contestar el hombre manchado. Le decían el "Caratejo" por esas vetas blancas que le cubrían la cara y el cuello y que también le asomaban en el dorso de las manos. Pero no era carate o por lo menos eso decía él, sino un vitiligo que le venía de familia y que estaba a punto de convertirlo en un hombre blanco, casi tan blanco como la leche.

El "Caratejo" era alto y fornido, de seguro no necesitaba el fusil para amedrentarlos; con su presencia bastaba. Fruncía el ceño cuando hablaba y causaba verdadero pánico entre sus compañeros, que no le contrariaban una orden por inútil que fuera. Era el segundo de Hárison y desde hacía muchos años lo acompañaba a todas partes. Pero esta vez su jefe lo dejó encargado, pues salió al mando de una columna con la misión de traer al "Manteco", sano y salvo, desde la serranía.

Los prisioneros, conducidos por Macario y acompañados por otros hombres armados, caminaron un poco por la ladera de la montaña. Varios guardias muy jóvenes vigilaban de trecho en trecho con los fusiles dispuestos. Llegaron a una colina desde donde se divisaba un cañón entre las dos vertientes de las montañas. Allí recibieron las primeras instrucciones.

—Agarren las picas y empiecen a cavar, necesitamos una trinchera de cincuenta metros desde este sitio hasta ese árbol; así que no pierdan tiempo; tiene que estar terminada en tres días.

Éder refunfuñaba, pero lo otros lo calmaban. Uno de sus párpados le temblaba de la ira.

—Deje de encachorrarse mano si no quiere terminar en un hoyo de esos —le repetía "Avechucho".

—Aquí es bueno hacer ejercicio —les recordaba Patricio—, nos tenemos que mantener en forma. Tómenlo por el lado bueno.

Los hombres estaban acostumbrados, por eso midieron el terreno y enterraron unas estacas en los extremos, dos metros y medio de ancho por uno con veinte de profundidad. Sólo los huecos que utilizaban como cepos eran más hondos.

—En una guandoca de éstas iremos a parar algún día, vivos o muertos—. Terminaba por decir Éder

Durante tres días las picas y las palas se alzaron abriendo brechas en el terreno. Al terminar los picadores irrumpían los paleros. Levantaban los capotes de grama, movían las piedras y sacaban la tierra, la que se arrojaba sobre el borde de la zanja que daba contra el cañón de la montaña. Los primeros que cavaban aprovechaban para conversar y seguir con sus comentarios sobre lo que no les gustaba y también sobre lo que les permitía distraerse. Y mientras tanto, el campamento se llenaba de nuevos guerrilleros que entraban y salían por temporadas. Al llegar Hárrison, fuertemente escoltado y acompañado por un sujeto a quien le decían el "Manteco" y que según decían era el jefe del Frente, los soldados, desde la trinchera, los vieron bajar por un camino que venía desde la Montaña.

—Ahora me salió una maldita ampolla —apuntó Édison mientras tiraba la pala contra el piso.

—Usted tiene manos de cura —se le burló el policía. Le decían el "Negro", porque era más negro que todos los negros que se conocían en un barrio de Turbo en donde él nació. Allí había indios, mulatos, mestizos y también negros. Pero negro, negro, nadie como el negro Alex.

—¿Quién tiene una maldita cura? —les preguntó Édison, desistiendo de la conversación con Alex.

—Será pedir una en la Cruz Roja —le contestó Patricio. Hubo risas, chanzas y empujones, lo que hizo que los guardias les llamaran la atención y les ordenaran que terminaran el barullo y se dedicaran al trabajo.

—Dejen esa recocha —decían.

—Pidámosle un esparadrapo a la guerrillera esa de ojos negros que acaba de llegar —apuntó el Cabo Peña, para colaborar en el asunto.

—¿Adónde la viste? —preguntó Patricio.

—Por ahí han llegado varias. Ésa que te digo estaba recogiendo agua en la quebrada.

—¿Y cuándo las trajeron?

—Hoy, ¿no ves el movimiento? Por ahí oí decir que tuvieron que venirse para estos lados después de un combate que hubo en Murri.

—¿No hay siquiera unas doce muchachas? ¿Será que podemos saber si nos toca de a una a cada uno?

—Con esta escasez, aunque sea una para todos.

El terreno era rocoso. Al sonar las picas contra las piedras se les media a éstas el tamaño, se les daba la vuelta cavando alrededor y si eran muy grandes las sacaban entre dos o las subían apalancándolas con unas estacas de palo. Una de ellas resultó de tal tamaño que los demoró casi dos horas.

—Maldita herida, me arde y ahora se llenó de tierra—. Se quejaba Édison.

—Yo en mi botiquín sólo tengo un poquito de alcohol, pero prefiero bebérmelo —dijo el "Avechucho". Su apellido, Aguinaga, todavía estaba grabado sobre el bolsillo izquierdo de su camisa de policía.

—Callate, ave de mal agüero —defendió Patricio a su compañero.

—Gracias hermano —le respondió Édison— pero yo solo soy capaz de vérmelas con el pájaro ése.

Al rato les trajeron agua de limón en una olla y los pusieron a servirse. Hubo un descanso. Los guardias, mientras tanto, se retiraron y los dejaron solos. Ellos también aprovechaban y hablaban de sus cuitas.

—Debíamos buscar la forma de volarnos —le dijo Édison a Éder.

—Yo prefiero estar vivo y no arriesgarme. Ellos son muchos.

—Aquí llevamos ocho meses. El día en que llegue el ejército y se presente un enfrentamiento, nos vamos a morir de cualquier manera.

—Ellos están buscando es el canje.

—¿Usted todavía cree en eso? ¿Usted piensa que nos van a cambiar por guerrilleros?

—Pues a mí que me cambien por el Galán —terció en la conversación Éder.

—Ése es de los elenos hermano y estos son farcos.

—Eso es lo mismo.

—Si vaya y dígame a ellos que son la misma cosa.

—Y verá que lo fusilan. ¿No ve que cada rato se matan entre ellos?

Cuando los guardias se acercaron ellos callaron y volvieron a coger las picas y las palas. A un lado estaban los picadores y en el otro los paleros y si se acababa la tierra para sacar, los hombres cambiaban de lado. Sólo otra piedra de buen tamaño acababa con la monotonía y entonces corrían varios a ayudar en su extracción. Se volvía incluso una tarea amena, porque la mayoría participaban y hacían fiesta con el trabajo, cavando un hoyo alrededor y metiendo un palo a modo de palanca para moverla de su lugar.

—Vamos, vamos.

—Dale por ahí.

—Ya casi hermano.

—Esta hijueputa sale porque sale.

—Metete el palo, ahora empujá.

—Vengan, ayuden, a ver los más cojonudos.

Y así se pasaba el tiempo. Luego venía el almuerzo. Siempre arroz y alguna papa, o frisoles con patacones; rara vez, si sobraba algo, después de alimentar los hombres de la guerrilla, les daban carne, casi siempre de algún animal del monte. Y luego un poco de tiempo para una siesta e incluso algún intercambio de palabras con los guardias, quienes entraban también en confianzas, pero con disimulo, sin dar demasiadas muestras de confianza.

—¿Cuándo los van a reemplazar? —les preguntó el Cabo Peña.

—Qué quiere mano, ¿no les gustamos nosotros? —le respondió uno de ellos que tenía una arruga en la frente, tan profunda como una cicatriz.

—Si hermano, ustedes son muy queridos, pero si nos pueden mandar algunas de esas peladas que acababan de llegar, pues mejor.

—Esas no las sueltan tan fácil —dijo el otro guardia, un muchacho apenas; si acaso tendría quince años—. Hacía tiempo que no veíamos ninguna por estos lados.

—Las mujeres aquí son muy remilgadas —dijo el de la arruga en la frente. Se llamaba Rubén.

—No importa, aquí las cuadramos. Díganle a alguna de esas que venga y nos dé una manito.

—Díganle ustedes al Comandante —se refería al “Caratejo”—. De pronto por ser ustedes les suelta las muchachas.

—Que va hermano, con ése man no nos entendemos. Ése es un matrero.

—¿Por qué? —les preguntó el guardia más joven.

—Ese chilapo fue el que mató al Teniente —le respondió Patricio.

—¿Cuál Teniente? —preguntó él.

—El Teniente Ospino, el que estaba a cargo el día en que nos emboscaron.

—La guerra es así —dijo Rubén.

—No tenían que matarlo. El hombre se había entregado. Estaba indefenso.

—A los oficiales no les perdonan.

—Pero tampoco les perdonaron a otros como a Cambas o al indio Chalá. También los mataron y estaban indefensos.

—¿Y ustedes qué hubieran hecho? Esa es la misma cosa, la guerra es la guerra. Ustedes defienden a los ricos y nosotros a los pobres.

—¿Cuáles ricos? ¿A ver? ¿Quién de nosotros le parece rico? Yo creo que ustedes matan por igual; yo no he visto caer sino gente pobre. Los ricos ni siquiera viven por aquí.

—Matamos a los ricos y a los que los defienden —dijo el guerrillero y al fruncir el ceño su arruga se profundizaba como un cráter.

Entonces la siesta fue de recuerdos, de malos recuerdos. De nuevo aparecieron Chalá con su figura de indio y su sonrisa de pocos dientes, y Cambas con sus chistes flojos alrededor de la fogata, y Róbinson, el negro, a quien le perdonaron la vida y que además se lo encargaron a la Cruz Roja porque estaba mal herido. Se salvó el negro de la muerte, pero también de estar retenido, dedicado a cavar trincheras. Volvieron a la mente Ariel y Ascensio y Solís y Mena y tantos otros, muertos o heridos, abandonados a sus suertes. Y regresaron reiteradas las imágenes del Teniente Ospino, fuerte, mandón, pero también frágil cuando, amarrados los brazos a la espalda, recibía del hombre de la cara manchada un tiro de gracia en la nuca. Pero no todo era malo porque también se mezclaban pensamientos buenos, como los relacionados con esas chicas tan guapas que acababan de llegar y que les alegrarían la vida. Por lo menos los nuevos pensamientos estarían llenos de fantasías.

Todo el día estuvo Nadia pensando en su huida. No llevaría el fusil, sólo el morral, su linterna y debajo de la ropa de camuflaje tendría puestos unos pantalones cortos y una blusa blanca, para que al quitarse sus ropas de combatiente no la fueran a reconocer como guerrillera. Nadia no tenía zapatos de repuesto, así que se llevaría las botas y luego las dejaría por ahí en cualquier parte. Saldría a las dos de la mañana con el cambio de guardia, pues Toño iba a cubrir a esa hora la zona de la quebrada. De ese modo llegaría al caserío más o menos al amanecer. Ella simularía tener que ir a la letrina y si alguien estaba despierto y le

preguntaba qué iba a hacer a esa hora le diría simplemente que a ella también le daban ganas de orinar, que no demoraría. Preparó durante el día los detalles del viaje y hasta dio tiro, porque nada le salía bien y sus jefes la regañaron en varias oportunidades. Se demoró más tiempo del usual en recoger la leña que le encargaron de la cocina, porque los pensamientos no la dejaban concentrar, se le quemó un arroz que le encomendaron, se la veía ensimismada y como atontada y las otras muchachas se la gozaron con el cuento de que estaría enamorada del amanerado ése del Toño. Al fin de cuentas, en los últimos días los vieron juntos durante los ratos libres.

Por la noche no probó bocado y tampoco durmió; "estará enferma o tragada, que es peor", comentaba Irma con Francisca; dio vueltas y vueltas en la hamaca del desasosiego que la embargaba y estuvo a punto de caer de ella en varias oportunidades. No se acomodaba en su punto e incluso tuvo que levantarse a comer, porque una agonía la consumía. Encontró un tarro de salchichas y se lo comió sentada en la hamaca. Se retiró más temprano que los demás y eso motivó que la hicieran blanco de más chismes. "Toñito — echaban cantaleta las muchachas— anda y le haces compañía", y a Toño se le hacía raro lo que por primera vez pasaba, pues muchas situaciones se imaginaba menos que lo molestaran con ella. "A la niña no se la han comido sino una vez, pero hay que echarle sal porque no sabe a nada" —le decía Magnolia—. "Esperá que siquiera le venga la regla" —le insinuaban las otras— hasta que Toño se ofuscó y comenzó a contestarles con altanería: "a mi no me jodan más, me tienen harto. No todas tienen que ser sinvergüenzas como ustedes". Entonces Irma y Francisca, un poco más solidarias, aplacaron a las otras y éstas se calmaron. "¡Uf! —dijo alguna como para rematar el asunto—, cuidado muchachas no alboroten más a ese hombre". Hasta que cesó la alharaca y la gente se fue quedando dormida.

Pero Nadia no durmió. Al notar que uno de los guardias despertaba a los que les correspondía el turno de las dos de la madrugada, ella se levantó para esconderse mientras los que llegaban a dormir buscaban sus hamacas. Pasaron unos minutos antes de que pudiera salir de su escondite detrás del árbol que escogió. Llevaba su morral al hombro y caminaba con precaución para no hacer ruido, cuidándose de no pisar ramas secas. Al llegar cerca al sitio en donde se encontraba Toño lo evadió para no involucrarlo y se metió en la quebrada. El frío de las aguas le caló en los huesos. Mas no se desanimó. La esperanza de ser libre le llenaba la cabeza. Caminó por el cauce con lentitud y poco a poco se alejó del campamento. Esos primeros metros se los conocía de memoria y casi adivinaba, incluso con los ojos cerrados, en qué lugar estaban las rocas y cómo evadir los pozos más hondos; esos en los que se bañaban. Al considerar que estaba lo

suficientemente lejos apresuró su marcha sin importarle el ruido que con sus piernas hacía; "serán como tres horas de camino, pero a buen paso", le había dicho Toño; y de noche, sin luna y con el cielo nublado, el camino se haría más complicado. Sea como fuere la decisión estaba tomada.

Muchas veces cayó, lo que empapó por completo sus pertenencias. En algunos sitios tuvo que bordear el lecho para evitar algún pozo profundo y en otras oportunidades debió pararse a descansar pues el sofoco le impedía sortear los raudos. Casi no sabía nadar, apenas se defendía. Aprovechó los instantes de reposo para buscar entre sus haberes la linterna que le hacía falta, pero no podía utilizarla en el primer trayecto por temor a que la descubrieran. "Si puedes andar sin luz sería mejor, ojalá te ayude la luna", le comentó Toño. Pero la luna no salía y a ella se le olvidó indagar sobre en qué momento de las fases andaba. En el cauce del río abundaban peñascos inmensos con aristas que le herían la piel y playas largas de arena o pedregales que le producían ampollas en los pies. A veces no sabía si le faltaba mucho para llegar al lugar en donde ese inmenso árbol formó un puente sobre las aguas o si lo había cruzado sin darse cuenta. Entonces caminó y caminó hasta sentir que no podía más.

El cielo seguía cubierto de nubes negras y unos truenos inmensos se escuchaban distantes. Los relámpagos toldaban el horizonte y eran tan frecuentes que comenzaron a mostrarle el camino. Atrás quedaron las montañas como sombras oscuras que se alejaban y al frente se ampliaba una llanura con su paisaje de centellas. La espesura permanecía igual, con grandes árboles cuyos follajes se precipitaban contra las aguas y al intentar abordar la selva los matorrales y las espinas le laceraban las piernas y los brazos. Ahora le hacía falta haber comido bien y no haber dormido la tenía exhausta. Por eso decidió esperar a que amaneciera. Hacía un frío intenso y comenzaba a llover. Le daba miedo no haber tomado suficiente distancia y que si alguno se apresuraba a perseguirla pudieran darle alcance, pero eran tantos los deseos de huir que ni la muerte misma le importaba. Con la luz de su linterna buscó un sitio adecuado. Lo mejor sería un lugar camuflado entre el bosque, lejos de la quebrada, pero la maraña era espesa y no encontró manera de penetrarla, así que buscó en la orilla un lugar para guarecerse.

Se acomodó como pudo entre el follaje de un árbol cuyas raíces bebían agua del mismo cauce. Se quitó las botas y las lavó en la quebrada. También se lavó los pies y miró las plantas escaldadas. Retiró las pellejas de la piel y sintió el ardor que la quemaba. Se quitó las ropas y las escurrió. Alumbró alrededor cuando una lagartija corrió a esconderse entre los matorrales, eliminó las piedras de lo que sería su lecho, observó que

no hubieran otros bichos o animales raros, arrimó ramas y hojas para protegerse, se cubrió con las ropas, sin ponérselas, usó de almohada el morral, se enroscó sobre sí misma, rezó el padrenuestro y la avemaría que se sabía, y esperó hasta que el cansancio le facilitara el sueño. Pensó mucho en lo que haría al llegar a Tierralta. Ella sólo conocía a San José de los Milagros y apenas había escuchado que existían otras ciudades grandes como Choromandó o Medellín, pero ni siquiera se imaginaba cómo podían ser. Si lograba un trabajo, con los primeros ahorros buscaría a Néfer y le propondría que se fueran juntos a trabajar lejos, en donde pudieran olvidar lo ocurrido. Sintió hambre, pero no tenía fuerzas para desacomodarse; resultaba peor el cansancio, por eso esperaría hasta la madrugada. A lo lejos, en algún árbol de la tupida selva, un buho cantaba; pero ése no era un sonido extraño, sino que le hacía bien, la apaciguaba.

En esas estaba cuando se quedó dormida. En aquella oportunidad no soñó, ni la despertó el frío, ni la sobrecogió el ruido de la corriente que rauda golpeaba contra el riscal. Tampoco hubo animales que se le acercaran o si se le acercaron no los escuchó, ni ellos la fastidiaron. Pronto amaneció. Con los primeros rayos de luz se fue eclipsando una luna a medio crecer que acababa de salir y se apagaron varias estrellas que aún permanecían en el firmamento. Las nubes huían al sur y algunos pájaros que cantaban, empezaron a moverse en las ramas de los árboles. Luego la luz se hizo a plenitud y pasaron cerca de su guarida algunos campesinos que iban camino de sus sembrados de plátano, pero como Nadia estaba oculta entre las raíces de un árbol y cubierta con ramas y hojas, los hombres no la vieron. Al salir el sol, los grillos y las moscas comenzaron a rondar por su cuerpo y a posársele en la cara y en los brazos desnudos. Fue ahí cuando Nadia se despertó asustada. Se aterró de haberse quedado tan profundamente dormida y de haber perdido tanto tiempo. Se sentó y miró su cuerpo desnudo: tenía los brazos llenos de rayones, las piernas cubiertas de morados, los pies doloridos y las plantas escaldadas. Se sintió impúdica y se cubrió los senos con sus brazos. Hacía frío y su piel se erizaba. Se trató de calentar frotándose con las manos. Al levantarse, sintió los músculos de las piernas como atravesados por cuchillos. Se tapó el cuerpo con las ropas, húmedas aún, y miró hacia arriba y hacia abajo de la quebrada pero no vio nada que la inquietara.

Se vistió con rapidez y volvió a sentir frío; se calzó las botas y comenzó a caminar otra vez en medio de la corriente. Muy cerca encontró algunos caminos que le acortaban las distancias y tomó por ellos; vio huellas de pies descalzos en los terrenos pantanosos; casi todas las pisadas iban en dirección contraria, pero algunas huellas de botas iban en el mismo sentido; una gente subía a la montaña y otra se devolvía. No sabía cómo seguir un rastro, pero sintió que algunas de las pisadas eran frescas. Tuvo miedo. Volvió a tomar el río

y escudriñó a lo lejos para ver si alguien se acercaba. Se quitó la camisa y se quedó con la franela blanca que llevaba por debajo. Sus pechos firmes parecían acrecentados. Se amarró la camisa al revés en la cintura y luego se sentó a descansar otro rato en una piedra, a la sombra de una ceiba. Allí comió por primera vez de lo que llevaba: unas salchichas y unas galletas humedecidas. Tomó agua del río y de nuevo se metió por las desechas hasta llegar a un sitio en el que un inmenso tronco había caído sobre las aguas, dejando un puente para quienes por ahí transitaban. El árbol no conservaba sus follajes y cayó una vez sus raíces fueron socavadas por las aguas del río. En la orilla dos florisantos, encendidos de rojo, parecía que iban a correr la misma suerte. Casi era medio día.

Guardó las ropas en el morral y se quedó en bermudas. No pudo, sin embargo, quitarse las botas porque no aguantaba con los pies descalzos las piedras que se le enterraban en las plantas, llenas de heridas. Se internó por el camino que sabía la llevaría a la vereda. En su transitar se encontró con hombres y mujeres que hacían camino y que poca atención le prestaron. Un simple saludo y seguían de largo. También empezó a ver ranchos dispersos que aparecían de trecho en trecho y más allá, en la distancia, un villorrio con casas de caña brava y paja, y muchos niños que jugaban en los solares. Uno de ellos, sin una pierna, miraba el juego de los otros apoyándose en un palo. Había arbustos de totumos con sus frutas robustas colgando de las ramas. El sol brillaba en su plenitud y bañaba su tez morena, de labios finos y pómulos salientes.

En la mitad del caserío encontró una tienda con algunos víveres en los estantes y cajas de cerveza arrumadas en el suelo, y al frente de la puerta una mesa con dos sillas y unos avisos de coca cola. Un hombre atendía. Era anciano y de la boca le colgaba un tabaco que echaba un humo espeso de olor penetrante. Estaba sin camisa y tenía un poncho con el que espantaba las moscas que se acercaban o con el que se secaba el sudor que le bajaba por el cuello. Él la miró largamente sin decirle nada hasta que ella preguntó por un transporte para Tierralta. "Ya está que llega —dijo el viejo— si quiere se sienta y espera. ¿Le provoca tomar algo?". "No" —dijo ella consciente de que no llevaba ningún dinero.

—¿Usted no es de por estos lugares? —le preguntó el anciano.

—Yo sí, pero vengo del otro lado —le contestó Nadia.

—¡Ajá! O sea que pasó la montaña.

—Sí, vengo de bien lejos.

—Eso es peligroso, por ahí anda gente rara. ¿Vio alguno?

—No, yo no vi nada.

—¡Ajá! Estuvo de buenas.

—¿A que horas llega la chiva? —preguntó Nadia.

—A la una, más o menos —contestó el viejo.

—¿Y que horas son?

—Como la una.

El viejo le sirvió jugo de limón en un vaso de plástico y le advirtió que eso no le valía nada. Luego le dijo que iría a averiguar a que horas llegaba el carro y caminó por el sendero hasta que se le perdió de vista. Nadia miraba para los lados, pero no veía nada que la incomodara. Muchos niños correteaban y las madres a veces salían y los perseguían. No demoró mucho en aparecer el viejo, acercándose con su andar cansino y casi al mismo tiempo vio que un jeep asomaba en la distancia. Las frutas de los guayabos amarilleaban en los solares y una lora gritaba en la horqueta de un árbol seco. Hacía un calor intenso y el aire parecía vibrar mientras el vehículo se movía.

—Ahí viene —dijo el viejo mientras secaba el sudor de su frente—, está recogiendo los pasajeros.

Era un jeep Willis modelo cincuenta, con los ejes desvencijados, las latas carcomidas y sin puertas, pero el motor sonaba fuerte. Encima, en el capacete, se amontonaban unos bultos con plátanos y se movían unas

cajas de cerveza vacías. El carro se paró frente a la tienda y el viejo sacó dos de esas mismas cajas y una de coca cola, también vacías, y un ayudante las subió y las aseguró con unos lazos.

—¿Me puede llevar a Tierralta? —le preguntó Nadia al chofer. A su lado una señora robusta con un vestido de flores intentaba mantenerse erguida en el asiento, pero no lo lograba pues la silla estaba inclinada. La mujer no dijo nada, solamente la miraba.

—No hay puesto sino atrás —dijo el conductor. Era un moreno cincuentón, gordo, de pelo indio y con la camisa abierta hasta la cintura.

—No importa —le dijo ella.

—Nadia tiró el morral en la parte de atrás y un hombre la ayudó a subir. Desde que le vio las manos descubrió quien era.

—Hola princesa —le dijo Hárrison.

12

—Hay una pequeña línea que separa la vida y la muerte. Uno está vivo y de pronto no es, no existe, se vuelve carne podrida y hay que enterrarlo para que no hieda. Todavía recuerdo la noche antes del asalto al campamento de Curadó; ¿quién de los que estábamos alrededor de la fogata creía que se iba a morir? Por eso ahora, al mirar el fuego de la hoguera no alcanzo a sentirlo de la misma manera, lo veo como si tuviera otros ojos, no los míos que están por fuera de mí; yo le aseguro hermano que es algo diferente. Desde ese momento no se separa esta imagen de los malos recuerdos. Para mí están como pegados el fuego y la muerte. Lo mismo me ocurre si estoy en peligro; ahí las imágenes que se adhieren con fuerza son las de mi madre; me asaltan en los momentos de angustia, de dolor, de sufrimiento. Siento como si ella estuviera ahí esperando para salvarme. Ahora, al mirar el fuego y contemplar las llamas que suben con sus colores azules y naranjas, se me aparecen en la memoria los compañeros muertos. Esa noche fue de dicha, ¿se acuerda?;

yo casi me moría de la risa cuando Cambas imitaba al Teniente. Incluso me dio rabia que precisamente en ese instante me llamara para que le diera un informe. Pero él sospechaba algo. Claro, yo no recuerdo ninguno de los chistes que Cambas contó, porque yo no tengo memoria para los chistes. Y ahora no están ni la voz de ese muchacho ni la del Teniente. Los dos han desaparecido; ni siquiera sabemos si los cuerpos se quedaron ahí a merced de los gallinazos o si los enterraron o los enviaron a sus familias. Yo esperaría, por lo menos, que mis padres pudieran tener mis restos, aunque sea para que lo lloren a uno o para que lo entierren en un campo santo y después se sepa en dónde están los huesos o el polvo, y tenga la oportunidad de que le lleven flores o le recen cualquier oración que lo salve del infierno.

Édison escarbaba con una vara los rescoldos de la hoguera y no dejaba de mirar las chispas que se levantaban y se disolvían en la oscuridad. Veía cómo las cenizas crecían mientras los leños se consumían y sentía que algo de él se consumía también. Así como se perdían las chispas o se esfumaban las pavesas que se elevaban con el viento, del mismo modo se desvanecían las esperanzas de que fueran rescatados. Muchas veces soñaba, dormido o despierto, que un pelotón de soldados irrumpía de pronto y después de matar uno a uno a los guerrilleros que los tenían los liberaba y los regresaba a su hogar, a su gente, a su pueblo, a sus amigos; a la primera y única novia que tuvo. Pero eran apenas sueños. Llevaban ocho meses retenidos, deambulando de un lado para otro en medio de quebradas y montañas sin recibir ninguna noticia, ni una carta, ni una señal de que alguien estuviera interesado en ellos. Nunca supieron si hubo información sobre su desaparición y algunas veces, cuando les permitían escuchar radio y sintonizaban una cadena de noticias, esperaban saber si alguien enviaba razones o si un Teniente o algún General preguntaba por ellos o solicitaba que los dejaran en libertad. Pero no, de eso no sabían nada. Su madre, pensaba, debía creer que estaba muerto. La noche estaba diáfana, colmada de estrellas y Patricio, a su lado y recostada la cabeza sobre el morral, dejaba vagar la imaginación. El mulato, un hombre de pocas palabras, apenas si contestaba, porque le gustaba escuchar y a lo sumo hacer algún comentario pasajero; no era hombre de hablar, nació para oír las cosas que se decían y para guardarlas, y después para soñar con ellas. Por ello prefería mirar el cielo y dejar que su mente viajara entre las constelaciones que giraban en el firmamento y que él no distinguía, pero que lo inundaban plenamente.

—A mí entiérreme, mano, si me llegan a matar no me deje a merced de los chulos —le pedía Patricio.

—Téngalo por seguro, hermano —le contestaba Edison—. Y espero que usted haga lo mismo conmigo. Eso si pues, no me entierre vivo, que esa vaina si debe ser muy jodida; uno despertarse con un montón de tierra encima y con las ñatas tapadas.

—¿Usted sabe de estrellas mano?

—Eso si me toca aprender, para poder tener presente el camino si uno está por ahí perdido en el monte.

—Yo no me sé sino los Tres Reyes Magos, que es el cinturón de yo no sé quién, bueno y las Siete Cabritas. Pero no sé qué pasa porque a veces no las veo.

—¿Ellas no están pues ahí dando vueltas? Unas veces se ven y otras están tapadas.

—Así es hermano, unas veces se ven y otras no se ven. ¿Cómo se tapan?

—Pues no te estoy diciendo que ellas también dan la vuelta, así como el sol o la luna.

—Pues usted es el que es bachiller. Écheles ojo a ver si las ve y me enseña. Con eso se orientan los naufragos en el mar. Y nosotros, si es que nos vamos a volar algún día, pues en la noche necesitamos saber para donde diablos es el Oriente. Claro que el sol sale siempre por aquel lado, luego ése es el Oriente, y yo sé que para allá miran las Siete Cabritas.

—Eso en el mar se debe orientar uno más fácil, porque si es en la selva no se ve ni forro.

Edison dejaba de remover brasas en la hoguera y se echaba en el suelo a contemplar, también él, el firmamento. Hacía calor y los dos soldados se quitaron las camisas. Sólo se veían las estrellas que estaban al occidente, pues para el otro lado los árboles no les permitían contemplarlas. Sin embargo, había muchas, miles de ellas sembradas en el cielo. No se sentía brisa y las copas de los árboles apenas se movían.

A lo lejos los hombres de la guerrilla conversaban de sus temas, de los asaltos, de los secuestrados, de las polémicas que suscitaba el secuestro de los niños, de la relación con el narcotráfico, de los que se morían sin que pudieran cobrar el rescate que pedían, de los combates, de los heridos que cargaban, o de los compañeros que tenían que abandonar a su suerte, muertos o heridos, y también de las últimas noticias que a veces escuchaban, porque algunos cargaban unos radios pequeños que casi siempre usaban para escuchar música y con los que se enteraban de lo que acontecía. En los correos de voces llegaban las noticias buenas y las malas. Unos decían que estaban ganando la guerra y otros que la situación andaba fea, que se estaba perdiendo. Se oían muchas versiones, pero, para ser francos se preguntaban otros, ¿cuándo no ha estado fea? También se escuchaba que el Gobierno iba a conseguir más empréstitos para combatir al narcotráfico; sin embargo, los muchachos sabían que era para combatirlos a ellos. Se hablaba de muchos frentes de guerra y el Comandante les mostró un mapa en donde no había lugar que no estuviera en disputa; además, se pudiera decir que no pasaba un sólo día en que no apareciera información sobre los avatares de la guerra. Incluso, comentaban, los peligros rondaban cerca, se informaba de despliegues de tropa y de mucha presencia paramilitar en la zona. "Por eso al Hárison le tocó ir por el "Manteco", porque el hombre como que estaba encerrado entre varios fuegos".

—Eso hay muchas estrellas juntas —explicaba Patricio—, y les dan unos nombres todos raros.

—Es lo mismo que los signos que le ponen a uno con la fecha de nacimiento: que cáncer y virgo y yo no sé que más maricadas. ¿Usted qué signo es, hermano?

—Yo soy... ¿cómo es?, Yéminis.

—Géminis mano.

—Eso.

—Entonces usted es como mierda—. Édison se reía y se le burlaba. Ya no le caía gordo como antes. La solidaridad que demostró el día en que los tomaron prisioneros le hizo cambiar de opinión. Ahora lo quería como a un hermano.

—¿Y cual es el suyo?

—Yo soy Aries.

—Entonces usted es como marica —. Y Patricio era el que se burlaba.

—Seguro, yo oí decir que los Géminis son bravos e intolerantes.

—No le creo, usted es muy pajudo, usted no sabe de esas vainas.

A esa hora los demás hombres se acomodaban en los cambuches y uno de ellos dormía en la hamaca. Pero esa noche los guardias estaban tranquilos y no los acosaban para que se retiraran temprano. A veces se las daban de exigentes y a veces no. Eso dependía del que estaba de guardia y del Comandante que en ese momento se encontrara a cargo. Por eso Patricio y Édison seguían engolosinados mirando las estrellas. Y gritaban al ver cómo algunas de ellas caían dejando una estela luminosa. "¿Cuál sería esa?" se preguntaba Patricio. "Pues como no sea una de las que usted conoce, porque así no vamos ni a poder orientarnos cuando salgamos de esta mierda", le respondía Édison.

—Algún día se caerán también los Tres Reyes Magos y entonces nadie los podrá volver a ver.

—No qué va, esas no se caen.

—¿Y usted cómo sabe?

—Yo no sé por qué no se caen, pero si esas se cayeran no habría un orden en el universo. No existiría Dios.

—Y entonces, ¿cuáles son las que se caen?

—Pues serán las más chiquitas.

—Algún día se caerán todas, supongo.

—Ése sería el fin del mundo, mano. El Apocalipsis.

Era interlunio. Por eso la noche estaba oscura y las estrellas titilaban en ese infinito mar de sombras y misterios. Los leños de la hoguera se consumían y no había más abasto con qué avivar el fuego que se extinguía. Pero ellos no tenían ganas de dormir, sino de pensar y de hablar pendejadas. De vez en cuando chisporroteaba el fuego y miles de morcellas subían hacia el cielo y una nube de humo se elevaba ocultando el firmamento y luego se disolvía entre las sombras.

—¿Y su mamá? —preguntó Édison.

—La cucha murió. A mí no me quedan sino la mujer y las dos niñas. Yo a la mujer pues no la frecuento mucho, porque con esto de ser soldado uno ve poco la familia—. Patricio cavilaba y por momentos se le venían las imágenes de las niñas como una avalancha. Tan pequeñas y por ahí viviendo del diario y de la ayuda de la abuela, porque, ¿qué más se hacía? Por lo menos tenían a la mamá y a la abuela. Ellas trabajaban lavando y planchando ropa. Y él algún billete les mandaba, cuando podía.

—Yo con familia no me iría de soldado—. Édison pensaba en una novia que tuvo. La misma que lo echó el día en que lo reclutaron. "Vuélese de una vez —le dijo ella al verlo vestido de militar— y nos vamos juntos y nos casamos, porque si lo que decide es irse a guerrear, no vaya a creer que yo lo voy a estar esperando". La conoció cuando él con sus amigos departían en una esquina, en el parque de Choromandó, lugar que escogían los estudiantes del Liceo para coquetearle a las muchachas que salían del colegio. "Vámonos a conseguir novia", les decía un compañero más bien maqueta, pero el más avisado de la barra. Édison terminaba su bachillerato y la muchacha andaba en cuarto; era una negra muy troza, con unas tetas grandes que le bailaban al caminar, y unos ojos que disparaban rayos verdes y amarillos. Pero lo que más le gustaba era lo apasionada que se ponía cuando la tocaba. Desde el primer día en que se encontraron cara a cara y él le dijo: "mamacita como está de buena", ella le sonrió y se fueron caminando juntos y él la acompañó hasta su casa para saber en dónde vivía. En el camino ella no le esquivaba el roce de sus manos y se le acercaba tanto que él comenzó a sentir que había llegado el momento de hacer el amor con una mujer. Pero el papá de la muchacha era como una fiera y no le dejaba entrar los amigos; entonces ella lo despedía

antes de que llegaran y lo convencía para que mejor se vieran en la cafetería del negro Mena, o en una discoteca que en ese tiempo abrieron al otro lado de la plaza. Y desde ese día se siguieron viendo. Ahora soñaba con ella. Con sus ojos de miel que lo miraban deseosos y recordaba los besos de sus labios carnosos y el cuerpo apretado al de ella en medio del baile, sintiendo el fuego de su piel.

—Y uno sin trabajo qué hacía. Mejor estar ocupado, aunque fuera en la guerra—. Patricio apenas hizo unos años en la primaria. Y como en la casa no hubo papá, pues le tocó trabajar desde niño. Primero haciéndole mandados a las señoras vecinas por unas monedas que apenas si le alcanzaban para comprar caramelos, y después trabajando en una farmacia, porque dio la casualidad de que un tío, quien una vez vino a visitarlos para cumplir una promesa, había sido chofer del médico dueño del negocio, y el doctor le tenía cariño. "¿Qué hubo Arcesio? ¿Qué te habías hecho?", le dijo el galeno pasándole la mano por la espalda. "Pues por ahí médico, consiguiendo la lata". Y el médico le palmoteaba el hombro y miraba al tío con una sonrisa grande, como si fueran compinches. "Yo sólo quisiera que le pudiera ayudar al muchacho —le dijo el tío agarrándolo por el brazo y hablándole quedo—, es el hijo de la única hermana que tengo y como mi mamá anda tan renga, pues a ver si consigue quien le ayude". El médico no lo pensó mucho tiempo. "Bueno, pues que venga el lunes y lo ponemos a hacer mandados". Y no hablaron más porque al doctor lo acosaban unos pacientes. "Dios se lo pague médico", le dijo el tío y se despidieron con un abrazo y al otro día el tío se fue y nunca más lo volvieron a ver. Era como si con eso hubiera cumplido la única promesa que le hizo a su madre.

—Yo por eso no me volé con mi novia cuando me dijeron que tenía que pagar servicio —decía Édison—. Porque imagínese uno casado y con hijos en un pueblo en donde no hay qué hacer y sabiendo que mi mamá no tenía plata para mandarme a Medellín a estudiar medicina que era lo que me gustaba. Entonces le dije a mi novia que me iba primero a pagar servicio y ella ese mismo día me echó y se puso furiosa. Mi madre lloró mucho al principio, pero después se resignó porque al fin de cuentas pues están mis dos hermanas solteras que le ayudan y hay otra casada a la que le va bien porque el marido es el dueño de una panadería. Y a Solei, que así se llamaba mi novia, no la volví a ver. Al fin yo no estaba enamorado sino más bien como entusiasmado de lo buena que estaba y, pues, estuve pensando que las mujeres lo amarran a uno ahí mismo con los hijos. Claro que la noche antes de darle la noticia la pasamos muy bueno. Hasta nos acostamos juntos y todo. Y resultó la primera vez de los dos porque nos pusimos bastante nerviosos y eso

casi ni nos atrevíamos. Yo la recuerdo mucho, pero más con las ganas de besarla otra vez y de volver a acostarme con ella.

—Yo si me alisté por mi cuenta cuando la cucha murió, porque ella representaba lo único para mí en la vida y al morir pues no tenía a nadie más. A mi mujer la conocí en una licencia que me dieron. No porque yo la hubiera pedido, sino porque por allá en Musinga me atacó un paludismo del carajo y me tuvieron que sacar de urgencia y estuve hospitalizado en Choromandó y allí los médicos le dijeron al Cabo que yo tenía que recuperarme durante unos días, porque quedé anémico y como pasmado. Y de veras pasé casi un mes con tuntun y moridera. Entonces me dieron unas vacaciones y me fui para Mulatos a bañarme en las playas y a caminar por el pueblo, y allí conocí a Carmenza y me enamoré, y de una le empaqué una niña. La otra muchachita fue en otras vacaciones, que al fin no he tenido sino dos. Y ellas viven allá con la abuela.

13

Quince días transcurrieron desde que a Nadia le fracasó el intento de fuga y fue capturada por Hárison. Al recuperarse de los sinsabores de su detención debió comparecer ante un jurado revolucionario en medio de la selva, en donde se encontraban los comandantes del Bloque acompañados de don Abundio Marín, aquel dueño de cantina de San José de los Milagros, quien debió salir a las volandas una vez los paramilitares irrumpieron a sangre y fuego en la población, asesinando sin conmiseración a los que de una u otra manera le colaboraban a la guerrilla. Y también hizo parte de quienes tendrían que definir la suerte de la niña una mujer de nombre Francisca, delgada y de nariz aguileña, curtida en las artes de sobrevivir en el monte y a quien por primera vez después de tantas tragedias la asedió un sentimiento de solidaridad con las vicisitudes de su género.

A Nadia le dieron la oportunidad de dar su versión, libre y espontánea, sobre los hechos que la tenían al borde de la muerte, y ella con su voz de adolescente, entrecortadas las palabras por la emoción, apenas si logró tartamudear que andaba aburrída de tanto aguantar necesidades y que simplemente se quería volver para su casa. "Yo espero que mi mamá me haya perdonado y no me vuelva a pegar y me deje otra vez ir a la escuela", dijo mientras contenía unas lágrimas que empezaban a asomarse y mientras sobaba sus narices

húmedas con el dorso de la mano. Curiosamente, y sin que Nadia lo supiera hasta el último momento, fue a Toño a quien le asignaron su defensa. Ella lo veía ahí, al lado suyo, bien peinado y con la cara recién lavada, serio el rostro y pálidas las mejillas, disimulando con un tamborileo de los dedos el nerviosismo que le inundaba el cuerpo. Él, que pasó quince días de zozobra por el temor a ser implicado en el caso, se acicaló de madrugada los crespos rojos que le colgaban hasta los hombros, se puso el traje camuflado, limpio y sin arrugas, se colocó una boina negra echada un poco hacia la izquierda y se tomó una pasta tranquilizante para que no se le notara el desasosiego.

El juicio duró un día y los testigos fueron los que estuvieron de guardia esa noche; dos muchachitos que apenas si tendrían la misma edad de la acusada y que se limitaron a decir que ellos no vieron nada raro, Irma que la notó como aturdida el día anterior cuando sin explicación alguna se le quemó el arroz y Hárison que la fue a buscar por la quebrada cuando, a las cinco de la mañana, alguien dio el aviso de que ella no estaba en su hamaca y se había ido sin el fusil, llevando sólo el morral de campaña. "De inmediato —dijo Hárison—, ordené que la buscaran por los alrededores y al no encontrarla salí, quebrada abajo, por la única ruta que la muchacha conocía". Lo cierto fue que la presencia de la niña se notaba mucho en el campamento, porque como ya era toda una mujercita despertaba en los hombres deseos lujuriosos y ellos se estaban acostumbrando a mirarla de reojo, a seguirle los movimientos, a pistiarla cuando se bañaba o a gatearla si la niña se cambiaba de ropa. Algunos incluso se le acercaban por la noche simplemente para mirarla, y si no la asediaban o intentaban tocarla era porque Hárison la protegía y muchas veces le advirtió a los que la rondaban que esa niña sería su mujer. Nadia tenía un pelo indio de color oscuro que le llegaba hasta los hombros, los ojos achinados, casi negros, la frente amplia, la piel canela, una nariz pulida, los pómulos salientes y una sonrisa bonita con dientes parejos, perfectamente blancos. Estaba en plena adolescencia; tenía los senos espigados, las caderas levantadas y el cuerpo armonioso. Provocaba mirarla de lo buena moza que se había puesto.

Hárison la sorprendió subiéndose al jeep en una vereda que los lugareños llamaban el Totumo, en donde nacía una trocha que llevaba al municipio de Tierralta. Allí almorzaron juntos en la casa de una señora de confianza, descansaron un poco, compartieron un café con la dueña de casa y a eso de las tres de la tarde emprendieron el regreso. Él no le dijo nada más que lo indispensable y ella no habló una palabra. En el camino, cojeando por las ampollas, pensó en la muerte. Sabía que desertar significaba pasar al paredón de fusilamiento; así que Nadia desechó las malas imágenes y se devolvió pensando en Néfer y en Emilio, y en el

recuerdo de su pueblo que todavía le llegaba en oleadas. De nuevo miraba las loras que cruzaban con su algarabía y los pájaros que pescaban en las orillas de la quebrada y recordaba cada uno de los sitios de su niñez. Hasta descubrió el escondite en donde pernoctó. Pensó en mucha gente, incluso en Toño, a quien recordaba con cariño. De quien definitivamente no quería acordarse era de su madre y seguía haciéndola responsable de su suerte. En el camino, al mirar a Hárison, quien iba adelante de ella marcando el paso, volvió a su mente la vez en que su madre se la encargó con una fingida preocupación. "Valiente encargo", pensaba Nadia y lo miraba de reojo, con ganas de darle alguna explicación que lo calmara, para que de pronto le perdonara la vida. "Que cumpla su promesa de cuidarme" soñaba; al fin no sabía si excusarse y pedirle perdón para que no la mataran o simplemente esperar a que le llegara la muerte, que era lo que muchas veces prefería que pasara. Él era un hombre apuesto, alto y fornido, de rasgos finos y al hablar tenía un encanto especial para seducir a las mujeres. Por eso Leonor Banderas andaba derretida con él, y las otras, como Irma y Francisca, se soñaban con hacerle el amor. Pero ella lo veía común y corriente, como con otros ojos y otros sentimientos. En el camino pudo haberle dicho algo, al fin de cuentas también oyó los rumores acerca de que ella le gustaba; pero lo cierto fue que se aguantó y permaneció callada.

—No puedo más —le dijo Nadia muchas veces, atosigada por el dolor de sus plantas escaldadas, pero él no le contestaba nada y se limitaba a esperarla.

Por más que evitara recordar a su madre ella se le aparecía sin pedir permiso; desde hacía mucho tiempo sólo la imaginaba como un espectro, como una señora lívida envuelta en una túnica blanca que seguía suplicándole un perdón que no le salía con palabras. La verdad fue que, a pesar de las dificultades de la marcha, no sintió que el camino de regreso fuera tan duro ni tan largo. Un martín pescador se balanceaba en la rama de un sauce y su penacho le sacaba colores al atardecer. Al llegar, todavía con las últimas luces, se extrañó de que el trayecto lo hubieran hecho en menos de cuatro horas. Se arrepentía de no haber tenido el valor para seguir caminando cuando comenzó la lluvia, de cometer la equivocación de quedarse dormida, de no esperar varios días en alguno de esos ranchos de los paisanos del lugar antes de salir a buscar el transporte. Se arrepintió de cada detalle; por ejemplo de no tener la precaución de internarse en la montaña y esquivar esa vereda. Después de casi dos años de estar con ellos, aún no se atrevía a cruzar sola esa maldita selva. ¿Iba a permanecer el "Manteco" en un campamento tan cercano si en ese caserío todo el mundo no fuera partidario de la misma causa?

Al llegar, los demás guerrilleros los recibieron con cierta frialdad, algunos mostraban cara de aflicción y Toño, que parecía la estuviera esperando cuando las miradas de ambos se cruzaron, bajó la cabeza de crespos rojos. "Pobre pelada", se escuchó por ahí. Le dieron agua y así como estaba, sin que pudiera coger ninguna de sus pertenencias, la bajaron a un foso de dos metros con cincuenta centímetros. Era uno de esos mismos fosos profundos que ella ayudó a cavar y que servían para castigar a quienes infringían las leyes revolucionarias. Allí, en un rincón del húmedo cepo, sintió frío, sintió miedo, sintió hambre. En ese mismo lugar tuvo que hacer sus necesidades y convivir con el agobio que la embargaba. A nadie le permitían acercarse a un foso de prisioneros, sólo una persona estaba encargada de bajarle agua y algo de comida tres veces al día y fue a Francisca a quien le encomendaron la tarea. Ella llegó al amanecer y la vio acurrucada en un rincón. Temblaba de frío y observó que la miraba con los ojos suplicantes, llenos de lágrimas, y también se percató de que intentaba decirle algo, pero las palabras no le salían y le rechinaban los dientes. Tuvo una extraña sensación al verla en aquel estado, que la sobrecogió de inmediato. Con un lazo bajó el balde en donde se encontraban los alimentos, pero hubo de descargarlos en el suelo porque ella estaba aterida, sin fuerzas para moverse. Amarró entonces el lazo a una raíz y dejó el balde ahí para cuando Nadia pudiera tomarlo. Por fortuna el sol brilló ese día y poco a poco la niña se fue calentando. Al mediodía recibió incluso el calor a plenitud y después ella misma siguió los rayos de la luz, hasta que vio cómo se perdía lentamente por una de las paredes.

Cuando Nadia encontró de nuevo la cara de Francisca, quien regresaba a traer la otra ración, la del almuerzo, le pidió una cobija y se quejó de dolores en el bajo vientre. "No puedo" le contestó Francisca con una tristeza que nunca imaginó pudiera sentir por esa muchacha. "Tráigame pues algo para el dolor", le dijo con los ojos anegados, y ella —que en otras oportunidades fue dura— esta vez se mostró compasiva. "No me dejan darle nada más", contestó y se retiró de su vista porque no era capaz de aguantarle la mirada. Por la noche, en medio de la oscuridad, la encontró de nuevo temblando, acurrucada en un rincón y esta vez la niña ni siquiera levantó la cabeza cuando ella se la alumbró con la luz de una linterna; pero Francisca alcanzó a oír que algo le decía y entonces le preguntó: "¿Que le pasa?". Ella movió algo la cabeza y contestó: "Que me vino". ¿Le vino qué?", fue la nueva pregunta. "La regla", contestó Nadia, y entonces Francisca buscó con su lámpara y vio cómo una mancha oscura le cubría el pantalón en las caderas y los muslos. Al día siguiente, Nadia, entregada a la muerte, decidió que prefería morir ahí de frío que ser fusilada por sus compañeros; al fin ya casi no sentía dolor y ni siquiera podía moverse. Francisca tuvo que llamarla varias veces antes de

verla levantar la cabeza y de oírle cuchichear una respuesta. Con el balde bajó ese día unos trapos limpios, unas pastillas calmantes y unas toallas higiénicas.

Al abrir los ojos Nadia recibía plenos los rayos del sol; lo primero que vio fueron sombras y se sintió deslumbrada por la luz. Era como un chispero, un jardín de cocuyos. Entonces sintió que despertaba en un lugar extraño y creyó que era el cielo. Luego, al hacer un movimiento involuntario, tocó el balde y se encontró de nuevo con la realidad de ese foso húmedo y la tierra pantanosa; pensó que el balde estaba vacío pero al levantar la cabeza descubrió el agua, un poco de arroz con salchichas, unos trapos blancos que reconoció de inmediato y un par de toallas higiénicas. La dignidad le dio fuerzas para incorporarse. Se alcanzó a sentar pero no sentía sus piernas y las rodillas se doblaban solas al intentar pararse. Se dejó caer hacia atrás contra la pared y les dio a sus piernas masajes con las manos hasta que recuperaron la circulación y volvió a saber de ellas; vio cómo sus muslos estaban manchados de sangre, se palpó con los dedos y miró la sangre en sus pulpejos. Percibió por primera vez en su cuerpo el olor que sintió otras veces al pasar al lado de algunas de las mujeres. Lo primero que hizo después de ese reconocimiento fue desnudarse bajando sus pantalones hasta las rodillas, y allí, al sentir que en su cuerpo penetraba el calor del sol, percibió la sangre rutilante que recorría sus muslos. La encontró caliente. Tomó una de las toallas y la abrió con cuidado, se la colocó en el sexo que goteaba, se puso de nuevo el calzón y dejó que el pantalón se secara con los rayos del sol. Más tarde vio de nuevo los trapos blancos que guardaba en su morral y se los colocó también entre las piernas. Los halló tibios y los abrazó con sus muslos. En ese momento vio las pastillas y se las tomó con el agua y luego comió con avidez. Ya era una mujer.

Francisca creía que la odiaba; la muchacha no tenía por qué caerle bien, desconfiaba de ella, sabía que esa niña remilgada no estaba para la guerra; sin embargo, ahora sentía un malestar en medio del estómago; se encontraba compungida, agobiada de ver una mujer en ese estado de abandono sin que despertara en los comandantes, ni siquiera en Hárison, que pretendía convertirla en su mujer, ninguna compasión. Por la noche no durmió pensando en el frío que tendría y en el dolor y estuvo presa de esa solidaridad que en otras oportunidades desechaba como un mal pensamiento. Aún conservaba en sus narices el olor a berrinche que despedía aquel foso cuando uno se acercaba. De madrugada, al amanecer y sin que Hárison se hubiera levantado todavía, Francisca intercedió por ella. Le contó a su jefe lo ocurrido y la lamentable situación en que se encontraba, pero él apenas sí la escuchó mientras se preparaba para lavarse la cara. Le contestó displicente y le indicó que tenían que darle una lección y que sería bueno que esa experiencia le sirviera de

ejemplo a los demás. "Su actitud fue imperdonable", dijo, porque a ella él la trataba como a una hija o como a su futura mujer. "Yo no he hecho sino contemplarla", agregó. Pero Francisca no estaba dispuesta a una negativa; incluso le levantó la voz cuando él intentó explicarle lo bien que a ella la trataban. En ese momento Hárrison le vio tanta furia en los ojos que desistió de discutir y le dijo que estaba bien, que la sacara y que le ayudara en lo que necesitara, al fin serían apenas unos días los que le faltaban para el consejo de guerra.

Francisca les pidió ayuda a las otras mujeres y fueron y la sacaron del hueco. Sabían que estaba viva porque se quejaba y pronunciaba incoherencias. La subieron amarrada con unos lazos, desmadejada y bañada en sangre maloliente. La envolvieron en una hamaca y se la llevaron a la quebrada. La única que no estuvo con ellas, pretextando que tenía cosas más importantes que hacer, fue Leonor Banderas. Allí le dieron un caldo caliente con mucha sustancia; lo bebió a sorbos en forma refleja y no despertó de su sopor; luego la desnudaron, vieron como ella tenía puesta la toalla higiénica al revés y tuvieron que cortar con unas tijeras los vellos púbicos adheridos al pegante. Le limpiaron con unos trapos húmedos los coágulos menstruales, le pusieron una toalla nueva, le dieron masajes en las piernas y en las nalgas, la vistieron con una muda gruesa que le prestaron las compañeras y la envolvieron en mantas suaves de algodón; ella ni se dio cuenta. No la llevaron a su hamaca sino a un cambuche en donde las demás se ofrecieron a cuidarla; pero Francisca conservó su derecho. Nadia deliró durante el día hablándole al espíritu de su madre y despertó al día siguiente preguntando qué había pasado. Francisca la miró y le sonrió con benevolencia, y desde eso se hicieron amigas.

El juicio no fue contundente porque Nadia simplemente dijo que ella no quería meterse al monte, que a ella se la llevaron contra su voluntad y que si era para pagar servicio ella ya lo había pagado y pidió que la devolvieran con sus padres, aunque realmente no quería volver con ellos sino con su hermano Néfer. Su defensor de oficio, Toño, más que defenderla lo que hizo fue defenderse él y expresó en medio de aspavientos y carantoñas, que no podía disimular y producían sonrisas entre los comandantes, no saber nada de la huida hasta que sus compañeros de guardia se lo contaron, y no haberla visto en el momento en que ella tuvo que haber pasado cerca del lugar en donde se encontraba vigilando. Por eso Nadia, presurosa pero ahogada por el miedo, rompiendo protocolos que desconocía y para garantizar sus promesas, ratificó que ella se escondió muy bien para que los guardias no la vieran. Irma sí dijo que ella estuvo muy rara, pero luego fue precisa en expresar que una mujer se pone muy rara si le va a venir la regla. Los otros guardias no tenían idea de lo que ocurrió, pues ellos se encontraban muy lejos de la quebrada y Macario, mirando al

jurado con su ojo categórico, aprovechó para contar cómo la niña no tenía la misma valentía de su madre, quien murió en combate apoyándolos en la huida al ser atacados por los paramilitares en San José de los Milagros y pidió la pena de muerte porque el acto de ella fue de traición a los principios revolucionarios. Pero el jurado, con las protestas de Francisca por el maltrato que le dieron, con el recuerdo que el "Manteco" conservaba de esa buena mujer que fue Dolores y con la petición de Hárison de no ser demasiado duros con su futura mujer, le conmutó la pena de muerte por la de detención y trabajos forzados, los que cumplió Nadia con la tarea de cavar una trinchera de más de cincuenta metros.

14

Adin parecía tener el mundo entre sus manos. A los trece años se destacaba como un experto combatiente, necesario en las avanzadas, bueno para repeler un ataque, indispensable para reconocer huellas y encontrar desechas y senderos, pero también hábil para imitar los sonidos de los pájaros y los animales del monte. "¿Hace tiempo que no oyen un sinsonte, un carriquí, un arrendajo? Entonces oigan el concierto". Y se desplegaba en notas y en arpegios frente a la mirada lela de sus contertulios. Hasta gulungo lo apodaban, no sólo por remedar las voces de los animales como bien lo hace este pájaro negro con los cantos de sus congéneres, sino por su apego a una mochila gris que cargaba cruzada de su cuerpo y que no abandonaba ni para acostarse. "¿Qué tendrá allí guardado?", se preguntaban los camaradas. Y no faltaba quien tratara en las noches, mientras el muchacho dormía, de violar aquella intimidad tan protegida, cuestión prácticamente imposible porque se acostumbró a dormir con los ojos abiertos y aunque realmente no viera nada mientras así dormía, daba la impresión de estar despierto, lo cual favorecía que nadie lo importunara. "Si pudiera dormiría como los mochileros", le decía el "Manteco" para resaltar sus virtudes. Y a fe que tenía muchas, como ser capaz de descansar en la horqueta de un árbol si no había manera de levantar una hamaca, o hacer guardia toda una noche si las circunstancias lo hacían necesario, u orientarse en medio de la selva más espesa hasta dar con las salidas, y además, darle a un blanco móvil a cincuenta metros de distancia. Lo que si no aprendió fue a cocinar; quizá de tanto mimarlo, pues desde muy niño era simpático y aventurero, y de lo inflado que lo tenían no fue nunca obligado a estas faenas que eran consideradas, incluso por los más connotados dirigentes, como un trabajo de mujeres. Y Adin, ni corto ni perezoso, terminó a gusto, dejándose atender y conservando sus privilegios.

Por eso cuando Hárrison no se encontraba en el campamento —y hacía varios meses había salido con una misión que al principio fue desconocida, pero que luego todos celebraron al saber que causó la derrota y la muerte de más de ciento cincuenta soldados—, el joven Adín se le ofrecía al “Manteco” para lo que fuera. Y desde un tiempo atrás su nombre fue tenido en cuenta para tareas de mucha responsabilidad. Podía encargarse de comandar una patrulla, hacer inteligencia en algunas poblaciones que serían futuros blancos de los ataques, dirigir el secuestro de un rico hacendado, dinamitar un puente o ir a llevar mensajes confidenciales a la dirección del Frente. A falta de Hárrison bueno era un Adín; todo el mundo lo sabía. Claro que pocos disfrutaban con estos cambios, porque al fin de cuentas los más experimentados se veían desplazados por un niño que apenas si tenía pelusas en el pubis. Este tipo de decisiones siempre incomodaba al “Caratejo”, un hombre adusto, con manchas en la piel y en el alma, quien prefería —si no podía acompañar a su jefe— pasar a las órdenes de cualesquiera de los otros, así fueran rivales suyos, pero no dejarse mandar por un pelagatos. “Ese muchacho está biche todavía”, le repetía con frecuencia al “Manteco”. Pero Adín era como una mascota y la mayoría lo apreciaba. Hay que ver cómo se desvelaba Irma por atenderlo si llegaba rengo de tanto caminar y cómo lo cuidaba Francisca si se encontraba enfermo o había sido herido en alguna confrontación. Todos recuerdan que las mujeres no durmieron, atendiendo su letargo, la vez que fue mordido por una víbora. Resultaba ser el hijo que ellas quisieron tener. Hasta Hárrison buscaba muchas veces a Adín para encargarlo de algunas tareas que requerían personas de harta confianza; sabido era que para algunas actividades prefería personas más inteligentes y reflexivas, así los dones que tenían fueran innatos, a individuos que desplegaban siempre la fuerza como su mejor arma o que hacían alarde de su sadismo por fuera del combate.

Hárrison salía con frecuencia, por ser un tipo instruido que estudió en la Patricio Lumumba en las mejores épocas del gobierno de Brejnev, cuando la Unión Soviética se vanagloriaba de estar conformada por un conjunto de países socialistas, y en muchas ocasiones dirigía los ataques del Bloque en diversos sitios de la región o era enviado a reuniones especiales dentro y fuera del país, pues el “Manteco”, aunque era el jefe y podía disfrutar de esos y otros privilegios, no gozaba de buena salud como para estar cambiando de climas y no se consideraba muy ducho en cuestiones políticas; más bien era un experto en las estrategias militares. Y de eso se jactaba. “Mi lugar está aquí con mis muchachos y con mis muchachas, que más le puedo pedir a la vida”, solía responder si por alguna circunstancia era requerido por la dirección del Frente. Él prefería morir en medio de la guerra que atropellado por un carro en una de esas grandes ciudades o asfixiado por el

humo y la pólvora de una explosión, que con un ataque cardíaco en un hospital en donde tuviera que pasar de incógnito. Pero la ausencia de Hárrison, a quien reconocía como su consejero ideal, lo hacía replegarse y dedicarse a labores más sedentarias, lo cual incomodaba a los más guerreros que andaban ilusionados con lo rápido que la guerrilla se tomaba cada palmo del país. "Y mientras tanto nosotros dormidos", eran las voces que se escuchaban con nostalgia de los más inconformes.

Para desestimar los rumores de que no le gustaba pelear y que se estaba dedicando a la vida muelle el "Manteco" organizó una incursión desde la serranía hacia Musinga, lugar en donde hacía algún tiempo habían sido desalojados por militares y autodefensas y propuso que Adín comandara una acción de reconocimiento. "Nada muy peligroso —le decía el jefe a Leonor Banderas como para tranquilizar su conciencia—, sólo indagar cómo andan la situación en esos sitios que para nosotros han sido caros". Ellos tuvieron mucha fuerza en la región, pusieron votos a granel si de utilizar las urnas se trataba, llegaron a nombrar Alcaldes y Concejales, controlaron sindicatos, y hasta Municipios enteros estaban bajo su dirección y mando. "Esa posición hay que recuperarla", sentenció el "Manteco" al darle orientaciones a su pupilo y le hizo las últimas recomendaciones. "Vas con doce hombres buenos, cuidalos", le recalcó, y al muchacho le brillaron los ojos. El día señalado para partir comenzó en la madrugada con una parada militar que estuvo llena de arengas y discursos, y al final se cantaron primero el himno de Colombia y luego la Internacional.

Cincuenta hombres en aquella parada militar observaron el reconocimiento que se les hacía. Al frente de ellos, dirigiendo el acto, se encontraba Leonor Banderas. El "Manteco" se veía orgulloso de la valentía de su muchacho, pero a Leonor Banderas le importaba un carajo lo que ocurría. Esa vez no sería Adín un simple vigilante nocturno atento hasta de lo más insignificante, ni le tocaría emitir señales al evocar el sonido de algún pájaro, para alertar a sus compañeros de peligros insospechados o para indicarles que podían seguir una faena sin que tuvieran contratiempos. Tampoco cargaría agua desde la quebrada o buscaría leña seca en los bosques vecinos para ayudar en las labores de la cocina, ni construiría letrinas para los comandantes o para los visitantes ocasionales, ni cavaría trincheras para la defensa, ni haría cambuches para las reuniones, ni tendría que salir de cacería a matar micos o guaguas para alimentar las cuadrillas. Esas labores les tocarían a los otros. En esa ocasión estaba de comandante y los demás le obedecerían. Ordenaría cuando acampar y cuando seguir camino, cuando hacer avanzadas y labor de inteligencia, cuando atacar y cuando retroceder, cuando fusilar y cuando perdonar la vida. Por lo menos eso sentía esa mañana clara y transparente, una vez la brisa, que se colaba por entre los yarumos y los sietecueros, le daba plena en el

rostro y mientras asimilaba el orgullo de escalar posiciones de prestigio, esas que muchos otros de más años de experiencia no habían conquistado todavía.

Adín, un niño de trece años que sólo conoció la guerra; formado para soportar las inclemencias del tiempo, adiestrado para matar y dispuesto a que lo mataran, instruido en los principios básicos del movimiento armado. Desde que tenía siete años fue aleccionado por su hermano mayor en los gajes del oficio. Aprendió a leer en una cartilla con el lenguaje de la revolución. Sabía de la Comuna de París y su fracaso por la falta de una verdadera dirección obrera que hubiera previsto las mejores condiciones para el levantamiento (por lo menos eso le dijo su hermano), y de la insurrección de los Comuneros entregada en una negociación insulsa por los seguidores de José Antonio Galán. Citaba con propiedad a Vladimir Ilich Ulianov y a Rosa de Luxemburgo. Su deseo por conocer la teoría lo hacía solicitar que le permitieran ir a actos políticos y conferencias. Por eso salió en algunas oportunidades y pudo por ejemplo escuchar en un pleno del partido, en Montería, disertaciones sobre María Cano y sobre la historia del movimiento obrero en Colombia, e incluso se conocía los mitos y leyendas de Gilberto Viera y de don Manuel Marulanda. Hablaba con tanta propiedad de las tesis de coexistencia pacífica como del derecho internacional humanitario, pero prefería la acción y el combate a las prédicas teóricas. "Nada de retórica", solía decir para contradecir una observación que le pareciera reaccionaria, "son los hechos los que definen la realidad", concluía por darse ínfulas.

Y así salía Adín, orgulloso, con el fusil al hombro, al comando de su primer puñado de hombres entre los que se encontraban Toño, Carmelo y algunos más experimentados, curtidos en batallas y en diferentes escenarios de la guerra. El día era esplendoroso, un sol cálido despuntaba entre los árboles, mecidos por un viento fresco, en los que alborotaban mirlas y oropéndulas. Él al frente con la mirada plantada en el horizonte de los triunfos y detrás un grupo de hombres que con dificultad le seguían el paso. Y en el lugar de los actos protocolarios quedaban Irma, con los ojos lluviosos y el deseo de que tuvieran la mejor suerte; Francisca, acostumbrada más que al combate a recuperar a los hombres de las heridas resultantes de las batallas; Nadia, con el anhelo haber sido ella la escogida para buscar oportunidades nuevas; Leonor Banderas sumida en la melancolía de su dentera, y el "Manteco", un poco amoratado por el ahogo, buscando con el aire puro de la mañana desintoxicar sus pulmones del humo de los tabacos.

Leonor Banderas llegó con la presión alta. Se veía agitada y tenía la cara colorada por la sangre que se le había subido a la cabeza. Casi no podía hablar cuando el "Manteco", todavía en calzoncillos, la sacudía por los hombros, mientras le ordenaba a Magnolia, la acompañante que amaneció con él, que saliera, que no la necesitaba. "Fuera, es suficiente, vete", le dijo. Un silencio que antecedió a las palabras se hizo preciso una vez la barragana buscó sus calzones y se los puso con premura y luego cuando casi de salida se abrochó la camisa y se lanzó al exterior del cambuche con el camuflado a media pierna. "Hubo —dijo Leonor Banderas atosigada de palabras— un combate por el lado en donde está Adín y de ellos no se volvió a saber nada, pero la cuestión es que viene el ejército en dirección a este sitio y de pronto nos cogen como a esa vieja — señalando a la mujer que todavía trataba de cubrir sus nalgas—, con los calzones abajo". Entonces respiró con fuerza como para contener un suspiro y esperó a que el jefe le respondiera. "¿Y de las comunicaciones qué?", le preguntó el "Manteco" a la mujer que ahora acezaba como un perro, con la lengua afuera de lo agitada que estaba; y entonces ella le habló del hombre de la radio. "Pues Víctor únicamente se ha conectado con Hárrison y él dice que si hay dudas, pues lo mejor sería que alzáramos el campamento y arrancáramos para el de ellos, que por ahora, en el sitio en donde se encuentran, la situación está tranquila y que además se hallan bien organizados. Ahora, que si usted lo considera él puede salir con unos hombres a esperarnos y que no es sino que le avisemos". Cierto fue que la mujer llegó corriendo, pero también, que la asaltó un miedo de esos que a veces no respeta a los valientes. "Era una especie de desasosiego —le confesó después al "Manteco"— porque me preocupa mucho Adín, pues no creo que el muchacho esté en condiciones de afrontar solo un combate con apenas doce compañeros". Pero el "Manteco" creía que Adín tenía agallas para mucho rato y así se lo dijo varias veces, mientras le ordenaba que fuera por Víctor para que estuviera con él todo el tiempo y buscara los contactos que necesitaban.

El "Manteco" se miró en un espejo y se vio los cachetes inflados y un par de legañas en los ojos; se echó agua de una palangana y pensó en que casi todo aquello conseguido con tanto esfuerzo tendría que quedarse en el lugar; no se podría llevar muchas cosas así cargara dos mulas. Entonces dio orden a Leonor Banderas de reunir a sus comandantes. Al acudir, discutieron el asunto. Mientras tanto Víctor —un morenito de pelo parado— se comunicaba con Hárrison y con una avanzada que tenían como a cinco kilómetros del campamento. Las noticias que llegaban no resultaban muy alentadoras y los contactos que tenía Hárrison en

Murrí y en Curadó reportaban mucho movimiento del ejército hacia la serranía. "Hasta helicópteros hemos visto pasar", decían. Los guerrilleros se tomaron su tiempo, pero arreglaron con habilidad su partida. Las órdenes iban y venían: primero, el "Manteco" hizo colocar muchas minas desde bien abajo, por los senderos que entre el monte conducían al campamento. "Hay que darles su entretención", repetía, y unos niños que ayudaban en las tareas rutinarias recorrieron los caminos enterrando los artefactos. Uno de ellos no tenía un brazo, cercenado por la explosión de una mina que en alguna otra oportunidad trató de enterrar con sus manos inexpertas. Era casi sordo y mocho desde el codo para abajo, pero igual seguía siendo útil en el mismo oficio, y aprendió a ayudarse bien con el muñón que le quedaba, con las rodillas y hasta con los dientes. También fueron dispuestos muchos explosivos alrededor del campamento. Luego levantaron las carpas y los cambuches y organizaron las armas y las provisiones.

Los muchachos correteaban de lado a lado en una agitación que no se había visto en varios meses. Todos estaban ocupados en sus respectivas labores. Había gritos y órdenes sobre cada actividad. Víctor movía sus antenas en varias direcciones y mantenía los contactos que le exigía el "Manteco", para estar enterado de lo que acontecía. Por otro lado, las mujeres andaban calladas en la preparación de sus morrales. El equipo debía quedar acomodado: la manta, el mosquitero, el plástico, la cantimplora, la marmita, la ropa de reserva, las provisiones de combate, la pala para cavar trincheras y otras cosas personales que cada una guardaba, como alguna foto, una carta, un talismán, o unos simples trapos que sirvieran para algo. Nadia hacía lo suyo acompañada de Irma y de Francisca. Como de costumbre hablaba sola. "Sería una oportunidad", decía. Allí se quedarían muchos recuerdos, penas que eran historia, sueños que ni siquiera se contaban. Quedarían las trincheras con el sudor de sus cuerpos, para que luego fueran usadas por los soldados o por los paramilitares o por ellos mismos si lograban volver a recuperar los terrenos. También se quedaban los fosos de los castigos, alguno de ellos con el estigma de los sufrimientos de Nadia. Pero también se abandonaba la quebrada con sus pozos de agua fresca en donde se lavaban la cara en las madrugadas o en donde nadaban y jugaban en los atardeceres, y la ceniza de las fogatas armadas en las noches, llenas ellas con los fuegos multicolores y el chisporroteo de los leños; y quedaban en desuso los senderos que se formaban por los recorridos de la guardia bajo el frío de los inviernos, y las colillas de los cigarrillos que a veces se fumaban al escondido y que daban para el disfrute y el castigo, y las letrinas que armaban una vez los campamentos se volvían estables, para no tener que corretear entre lodazales o abrir descampados en medio de la selva o hacer las necesidades en la misma corriente de agua en donde se bañaban. Esfuerzos para la intimidad; para no tener que esconder vergüenzas que a veces se pierden pero

que no es bueno abandonar del todo. Y entre aquellas nostalgias, se diluía la esperanza de volver a ver a Adín, quien algún día, soñaban las mujeres, regresaría a traer noticias de sus hazañas y aventuras.

—¿Y si no lo volvemos a ver? —se quejaba Irma.

—Dios quiera que no sea así —le respondía Francisca.

—Ese muchacho es un condenado, ése se cuida solo, yo sufro más por el pobre Toño —decía Nadia.

—Siempre es que te gusta ese voltiao —se le burlaba Irma.

—El que sea amanerado no quiere decir que sea marica —lo defendía Nadia.

—¿Se imaginan que regresen acá y no nos encuentren? —cavilaba Irma y se echaba la bendición.

Hárrison le tenía respeto a su jefe y siempre le justificaba los errores. Al fin había sido como un padre y así lo trataba, como a su padre. Incluso, siendo más joven que él y teniendo más poder de convicción entre sus compañeros, le seguía los caprichos como a quien no vale la pena contradecir. Hárrison creció a su lado cuando en medio de la guerra reclutaba milicianos en las poblaciones y se los entregaba a su jefe en actos militares con cierta capacitación en las artes del combate. El “Manteco” montó los primeros grupos de insurrectos en el Carmelo, Canalete, Candelaria y Tamborales y desde allí alimentaba sus incursiones hacia las serranías que luego les servirían de fortín. Así comenzaron los asaltos, los retenes y los secuestros, y la guerrilla se hizo fuerte con un grupo de muchachos que antes no tenía otro entretenimiento que sentarse en las aceras de las calles a ver pasar muchachas o perder el tiempo entre los vicios que se cocinaban en los suburbios de esos pueblos que crecían alrededor de las grandes plantaciones de banano.

Desde el principio se hicieron compinches. Hárrison admiraba su decisión a la hora del combate y el arrojo y la experiencia que acumuló en ese ir y venir a lo largo de las montañas. Parecía increíble ver como se desplazaba con rapidez en medio de las persecuciones, incluso ahora que estaba viejo, gordo y con ahogos. A su vez, el “Manteco” veía en ese joven al intelectual que la revolución necesitaba para dar un poco de alimento espiritual a quienes sólo sabían cumplir órdenes, disparar y resolver las complicaciones con un

tiro de fusil. Todavía lo recuerda Hárison sentado al frente de una hoguera fumando su tabaco y marcando con un cuchillo en la culata de su arma, una raya por cada uno de los soldados muertos en la última refriega. De él aprendió lo que sabía de la guerra, los conocimientos prácticos de esas batallas que se ganan en el día a día; pero también recibió la responsabilidad de dirigir la mayoría de las acciones, pues el hombre, a estas alturas de la vida, con más de sesenta años trajinados, apenas si podía caminar unos kilómetros antes de que hicieran crisis sus pulmones.

Lo único que le recriminó con furia fue haber violado a Nadia aprovechando su ausencia. Ese día, cuando Leonor Banderas se lo contó con la intención de avivar sus celos, el hombre echaba fuego por los ojos y no dejaba de mirar a la niña, quien indiferente frente a lo que pasaba hacia con otros dos muchachos los oficios de cocina. De inmediato se dirigió al cambuche de su jefe y le espetó con los ojos brotados: "a esa mujer la quiero para mí y usted sabía que me la habían encomendado". El "Manteco" lo miró por entre el humo de una bocanada que acababa de soltar al aire, tomó un aliento profundo pues esas molestias le precipitaban las crisis de asfixia y sin soltarle la mirada le dijo: "Ya le ahorré la desvirgada, que eso no tiene nada de bueno, cójala de una vez y no me joda" y Hárison, que tenía los puños cerrados y pensaba descargarlos en la cara, se aguantó, quizá al verle el cinismo de las palabras o al notar que unas manchas púrpuras le pintaban los labios. También recordó que en eso de sus impulsos no tenía el "Manteco" ningún freno. Al fin de cuentas las acostumbró a todas a pasar por sus manos y en el oficio de garantizarlo la misma Leonor Banderas se volvió experta en preparárselas, incluso con buenas dosis de presiones psicológicas.

—Aquí Vampiro llamando a Tiburón, me copia—. Sonó en el radioteléfono de Víctor, lo que hizo que el "Manteco", atento como estaba, tomara el auricular.

—Aquí Tiburón siga.

—Yo voy por usted —le dijo Hárison—. Coja por las cabeceras de La Cristalina, que por ahí no entra la tropa y eso está limpio de paras, luego tírese por La Esmeralda que usted la conoce como la palma de su mano y nos vemos en los Tres Picos, que allá yo tengo gente y lo van a esperar. Ellos lo llevan hasta donde voy a estar yo.

—Bueno, entendido, pero no acosen que el ahogo no me deja —contestó el “Manteco” que en ese momento veía multiplicada su asfixia. “Quizás son los nervios”, pensó. A su lado revoloteaban muchos guerreros, listos a emprender la marcha. Allí estaban a la espera de noticias, pues si algo se averiguaba, una cadena de voces les avisaba a los otros lo que estaba ocurriendo. Luego, el “Manteco”, dirigiéndose a Leonor Banderas que seguía ahí como pasmada:

—Usted hija no pierda tiempo, ayúdeme a empacar lo propio, y que traigan las mulas a ver qué me puedo llevar—. Leonor Banderas apenas si miraba el desorden del cambuche sin saber por dónde empezar.

—Maldita sea —refunfuñaba el “Manteco” —. Con la lidia que da conseguir todo esto.

16

“Es una labor de inteligencia, de reconocimiento”, le dijo el “Manteco” cuando lo llamó a su cambuche para encomendarle lo que sería, según él, la tarea más importante de su vida. El día anterior Adín había salido de cacería con dos de sus mejores amigos: la “Pulga”, un mestizo de un metro con cuarenta y cinco centímetros, quien apenas sí podía con el fusil y Jimeno, un mulato de Musinga, un pueblo desabrido enterrado en las montañas, a quien Adín le enseñaba sin éxito el idioma de las aves.

Ese día el “Manteco” había comido carne de tatabro y al probar con deleite un jugoso pernil del animal, alabó frente a los comandantes que lo acompañaban las excelsas virtudes de Adín, y anunció, con un exceso de fanfarronería, que el muchacho estaría para grandes cosas. Los comandantes, curtidos en tantas batallas, apenas si lo miraron pero no dijeron nada.

Quizá ya venía pensando en el asunto desde días atrás, pero quizá no. Eso nunca se sabrá, porque no lo dijo ni antes ni después. Lo cierto fue que la emoción de volver a comer carne decente le abrió demasiado la imaginación y le hizo creer que con este joven combatiente los éxitos de la guerra no se harían esperar.

“Escoge a tus hombres”, le dijo el “Manteco”, y Adín fue y los escogió. Buscó a sus amigos, desechó a las mujeres y descartó a los más viejos. Él no le dijo a Toño, pero éste se dio cuenta porque los comandantes andaban refunfuñando. A Adín no le gustaban los maricas, aunque disfrutaba como loco cuando lo veía haciendo moños. Pero el muchacho le insistió tanto, que al fin decidió llevarlo. Al presentarle la lista a su jefe lo vio rascarse la cabeza y escuchó cómo mascullaba algunas frases de reproche, mientras masticaba un tabaco que cruzaba a lado y lado de la boca. Al fin, prendiendo el cigarro, le dijo que sería bueno que llevara gente más experta, pero no insistió y se encogió de hombros. Al verlo retirarse le ordenó que llevara a Rubén. No quería sufrir nuevos remordimientos. “Ése conoce bien las montañas”, dijo, tosiendo entre bocanadas de humo.

Eran buenos hombres, sin embargo, acostumbrados a largas jornadas con una sola ración, aguerridos en el combate y dispuestos a obedecer, que era lo más importante. Digo hombres, bueno, más bien jóvenes, niños aún, pero que sólo conocían de la guerra, y con vagos recuerdos también, pero que poco aparecían, pues casi nunca soñaban, ni dormidos ni despiertos.

En el camino evadieron los poblados de algunas veredas y pasaron lejos de un puesto militar que Rubén conocía de tanto participar en hostigamientos. Hasta que llegaron a la carretera al mar. Allí aprovecharon para hacer un retén y consiguieron el dinero para solventarse. Le robaron a los pasajeros lo que tenían de valor. Eso atrajo a la tropa, pero ellos engañaron a los soldados quienes creyeron que se habían replegado a las montañas, cruzaron el Ríosucio y se dirigieron a Musinga, en cuyas cercanías montaron el campamento.

Ya instalados en un buen lugar, Jimeno le confió a Adín los datos y pormenores de su familia. Tenía un hermano, Eleuterio, que habría dado la vida por seguirlo al monte cuando lo reclutaron cuatro años atrás. No había dudas, le decía a Adín, que su hermano sería el apoyo que necesitaba para comenzar las tareas. Además, sabía que sus padres lo atenderían como Dios manda, como lo hicieron en aquel entonces con Harrison y los comandantes que los visitaban.

Decididas las cosas, Adín hizo amistad con un campesino de la región y le compró unos animales. Una mula para el viaje a Musinga y una res para que los guerrilleros tuvieran comida en su ausencia. El negocio fue al fiado, pero el hombre aceptó de buena gana sin pedir mayores explicaciones.

No fue difícil dar con el rancho de los padres de Jimeno y aunque al principio hubo desconfianzas, éstas fueron desapareciendo en la medida en que las conversaciones aludían a la cercanía del hijo pródigo; a lo saludable y contento que se encontraba en la guerrilla. La madre le arregló la pieza de los muchachos ahora vacía porque Eleuterio también se había ido, en su caso a buscar fortuna entre los comerciantes del pueblo. Allí, en compañía de los viejos, permaneció Adín algunos días mientras se enteraba de lo que acontecía en la región. Hasta que decidió ir a buscar a Eleuterio.

Adín llegó un miércoles a Musinga. Era día de mercado y había mucha gente, luego era fácil pasar inadvertido. Se vino por un camino de mula, montado en la enjalma del animal, con ropa de campesino que le prestaron los padres de Arcadio Jimeno. En el viaje ensayó sonidos de loras y de sinsontes y silbó una tonada de un ruiseñor; a la distancia le contestaban los animales. A lado y lado aparecían las casas de bahareque cubiertas por un vaho de neblina que subía hacia las montañas. Recorrió con sus ojos las primeras viviendas mirando con displicencia a los niños que jugaban en los solares y el humo que salía de las cocinas. Mirando a lo lejos la cúpula de la Iglesia tomó un sendero de piedras entre el mugir de unas cuantas vacas y el olor de estiércol de los muladares. Le gustó el eco que se devolvía del golpeteo de las herraduras contra el empedrado del camino real. Y por ahí mismo llegó a la plaza del pueblo repleta de tenderetes y de hombres y mujeres que hablaban sin pausa de los afanes de los negocios. Era día de sudor, de frutas esparcidas, de algarabía, de ofrecimientos, de carne colgada mosqueándose al aire, de campanas llamando a misa y de mulas amarradas en las esquinas a la espera de sus amos que se detenían en las cantinas a llenar la panza de cerveza y dejar las mesas repletas de botellas vacías.

Eleuterio Jimeno se fue a los quince años aburrido de seguir a su padre quebrada arriba todos los días, para trabajar en una parcela que tenían sembrada de plátano y yuca, tratando de demostrarle a su familia que el defecto que tenía en el pie no le impedía caminar el día entero por trochas y lodazales, como creía su hermano mayor. Cuando Adín preguntó por él en el pueblo nadie lo conocía, pero él sí supo que un forastero lo buscaba.

Adín lo imaginó primero en los rostros de los paisanos tratando de que alguien se le pareciera a Arcadio Jimeno, pero no encontraba semejanzas. Preguntó entonces a algunas de las señoras que vendían fritos o cachivaches, pero las gordas sólo se preocupaban por los clientes. Luego habló con algunos niños

que jugaban en las esquinas, pero éstos solamente lo miraban con ojos extraños y preferían salir corriendo que enfrentársele a un desconocido. Hasta que se sentó a tomarse una cerveza y le hizo la indagación al mesero del bar más concurrido de la plaza del pueblo. Era la primera cerveza que se tomaba en su vida. Tampoco con él logró saber nada, pero el muchacho le prometió averiguar, por si acaso.

Regresó a la parcela de los Jimeno caminando, con la cabeza gacha y el cerebro dando vueltas. Halaba la mula del cabestro, pues la cerveza se le había subido y sentía ampollas en las nalgas que le dolían con el trote de la bestia. Hizo el mismo recorrido varias veces, hasta que un día lo alcanzó un jovencito y le preguntó si todavía buscaba al “Muleto”. Si la madre del muchacho le hubiera dicho que Eleuterio era chapín, de seguro lo habría encontrado sin mayores contratiempos.

Cuando lo vio, cojeando un poco de su pierna derecha, pero arrogante y decidido, Eleuterio jugaba a las tres bandas en el billar del pueblo. Adín se sentó a mirarlo y pidió otra cerveza que pensó tomar bien despacio, para no repetir la mala experiencia. No tuvo que ir a buscarlo. Al terminar de jugar, el “Muleto” vino derecho hacia su mesa y se le sentó al frente. “¿Me busca?”, le preguntó. “Sí —contestó Adín— vengo de parte de su hermano”. Los ojos de Eleuterio le chispearon como brasas. “Mi hermano no me importa —dijo— si es por mí que se pudra”. Sin embargo pidió una cerveza y acompañó a Adín. Hablaron de muchas cosas de la vida que conocían. Al final quedaron de volver a verse.

De ahí en adelante no dejaron de encontrarse todos los días. Unas veces almorzaban juntos, otras tomaban un refresco en la heladería y otras simplemente caminaban dándole vueltas al caserío. Hasta que una tarde con las primeras sombras de una noche que presagiaba lluvia, Eleuterio lo invitó a dormir en el cuarto de su pensión, para que no tuviera que ir lejos con el tiempo tan malo. Fue así como en realidad se conocieron, pues esa noche hablaron de todo lo que tenían que decirse. Lo hicieron casi hasta el amanecer.

Eleuterio era pendenciero y no gustaba de su hermano porque lo había humillado con el defecto de su pié delante de los comandantes de la guerrilla. Pero insistía en tener más sangre fría que Arcadio y hasta solo, sin la ayuda de nadie, decía ser capaz de enfrentársele a los tres policías inútiles que en ese pueblo existían. A ellos y al Cabo, que apenas si era un borracho perdido y que él mismo sería capaz de matar si fuera por algo que valiera la pena.

“Lo vale”, le dijo Adín, ganarías mucho dinero y podrías ser un hombre nuestro sin tener que ir al monte. “No todos los guerrilleros tienen que vestir uniforme de soldados. Ahora estamos reclutando gente en los pueblos”.

Fue así como entre ambos prepararon el asalto. Su trabajo sería simple pero demasiado importante, le insistía Adín. El día escogido para el ataque debería obligar al Gerente de la Caja Agraria a abrir la oficina a las seis de la mañana. Ellos se encargarían del resto. “Eso es fácil —dijo el Muleto—, no es sino que me dé un arma como ésa, lo demás estará de mi cuenta”

A los pocos días, mientras Adín y sus hombres preparaban el asalto, ya existía en el pueblo el rumor de que la guerrilla se iba a tomar el caserío.

17

—El tedio. Estar ahí horas y días a la espera de que algo suceda. Por más tarde que uno quiera levantarse no puede pasar de las cinco o muy raras veces de las seis de la mañana. A esa hora lo despiertan a uno como si fuera tan importante ver el amanecer de cada día. Primero siempre hay que acostarse temprano después de comer. En ocasiones nos dejan hacer una fogata o jugar a las cartas o simplemente conversar. A las diez de la noche ya no podemos permanecer en pie; sólo los guardias tienen el derecho a deambular de lado a lado, mientras los demás debemos ir a las carpas o al cambuche. Las primeras noches uno no duerme; permanece con los ojos abiertos escuchando los ruidos nocturnos. Todo es extraño, los desniveles del terreno y las raíces que no alcanzamos a sacar del piso y que se le entierran a uno en la carne; el frío que se mete por las rendijas o se levanta desde el suelo; los sonidos de los animales que a veces piensa uno que son mensajes cifrados de un ataque que se aproxima; los truenos que semejan bombas estallando en las cercanías y los ronquidos de los compañeros que se convierten en conciertos para la desesperación; pero con el tiempo hasta el piso parece abollonado y uno aprende a acomodarse y a calentarse con los cuerpos de los compañeros de tal manera que nada lo importuna, ni la lluvia, ni el frío, ni los animales que merodean. Aprende uno a dormir sentado o recostado contra un árbol en medio de la lluvia.

Nadia quisiera huir pero no tiene suficiente valor. Hubiera querido escaparse con Toño, el único de los hombres que le ha brindado algún cariño. Pero ahora Toño anda combatiendo en otro lugar y si regresan al campamento ellos no estarán y no volverán a encontrarse. Algo le ocurrió al de la radio pues desde hace días los muchachos no tienen contacto con él. "Toño es raro —piensa Nadia—, pero que importa; es buen amigo y eso es suficiente".

—Meses y meses a la espera de algún mensaje, de una carta; que alguien venga a darnos esperanza de libertad. Un periódico para leer, una noticia de radio; pero nada. Las únicas informaciones que ellos nos pasan son las de las victorias, de los movimientos políticos que se gestan, de los nuevos Frentes que se abren, y de sangre, de la sangre que corre. Ahora puede ser lunes o sábado y debe ser enero porque hace poco celebramos la navidad.

Hoy se observa demasiado movimiento de los guerrilleros. Esta mañana hicieron parada militar y estaban uniformados y listos como si fueran a salir a alguna incursión, pero no salieron y el Cabo Peña fue llamado a conversar con Macario, que fue el que se quedó al mando porque Hárison y el "Caratejo" tuvieron que salir como de afán. "Tal parece que vendrán muchos más guerrilleros al campamento y los acompañará el jefe de todos ellos", nos contó el Cabo cuando le permitieron regresar; por eso se requería abrir un descampado para que pudieran acomodarse los nuevos y habría necesidad de hacer más trincheras. "Así que a trabajar", nos dijo el Cabo. Entonces, unos días después, mientras algunos cavaban y otros limpiábamos un terreno para quitar el rastrojo los vimos llegar en fila india, y eran bastantes porque pasaban y pasaban y la fila no se terminaba, y los que llegaban descargaban los morrales y se tiraban al piso de lo cansados que estaban. Y la mayoría eran hombres, pero también había mujeres y niños entre los que llegaban. ¡Ah!, y con ellos arribó un viejo gordo que iba asfixiado en la enjalma de una mula.

Sí, con los guerrilleros llega El "Manteco", se baja de la mula, se sienta en el suelo y espera que se le quite el sofoco para pedir uno de los tabacos que están guardados en el morral. Y llegan las mujeres y con ellas Nadia. Han pasado dos años desde que la niña intentó huir y desde entonces le tocó soportar castigos y desconfianzas. Intrincados senderos tuvieron que recorrer durante las arduas jornadas de aquellos días. Varios campamentos se instalaron en estos años a lo largo de la serranía y hubo que dejarlos atrás porque perdieron terreno, y para cumplir las órdenes que Hárison daba y que exigían movilidad.

—La verdad es que hay momentos buenos y momentos malos. Los buenos, son cuando a uno lo dejan salir a coger leña seca o a cargar agua del río, porque se pasa el tiempo entretenido o si le dan la tarde libre para bañarse en los charcos y hacer ejercicio; y a veces si le permiten quedarse hasta tarde mirando las estrellas y hablando pendejadas, porque entre los que quedamos vivos no hay nadie que cuente buenos chistes, como Cambas que si era del otro mundo; pero de Cambas lo mejor es ni hablar, porque qué tristeza. Y los malos, pues que muchas veces lo amarran a uno dizque para que no vaya a volarse porque han oído rumores de que alguien trama una escapada. Y eso uno ahí pegado a un árbol sin poder ni moverse si es lo más jarto del mundo. También es muy verraco si un compañero está metido en un foso de esos para el castigo, a pan y agua, como cuando estuvo Éder. Día y noche como si fuera un animal, muerto del frío y del hambre. A Éder lo sacaron a los tres días, casi muerto. El hombre no hablaba y estuvo inconsciente muchas horas y nosotros le dábamos caldos calientes y lo abrigábamos con las mantas que teníamos. Hasta que se fue recuperando. Ahora uno lo ve por ahí callado, ensimismado, como aprisionado por un rencor.

Los asaltos a Curadó y los combates de Puerto Escondido dispersaron varias columnas de guerrilleros que terminaron por establecerse en las cabeceras del río Jiguamiandó. Allí llegaron poco a poco hasta que se reagruparon y fue a ese sitio adonde llevaron a los soldados y los policías secuestrados. Para Nadia bajar de la serranía y llegar a la llanura era una nueva experiencia. Al salir tuvieron muchos problemas porque los helicópteros del ejército los detectaron y hubo varias escaramuzas en el camino. Hárrison tuvo que venir a apoyarlos con una cuadrilla, pero antes de su llegada debieron participar en otro combate en las cercanías de Murri y al terminar los enfrentamientos, agotados y sin abasto, se instalaron en Los Tres Picos como lo habían acordado por radioteléfono. Allí, después de descansar unas semanas, llegó Hárrison y con él prepararon la salida. En el cruce hacia el nuevo campamento, para poder despistar al ejército, se tomaron la carretera al mar, atravesaron y luego incendiaron varios camiones que por allí transitaban, entretuvieron las tropas que se dedicaron a destapar y cuidar la vía para darle paso a los vehículos que venían desde la capital y después de pasar el Riosucio, a nado y en pequeñas chalupas que tomaron de los ribereños, se internaron en la selva. La travesía les tomó dos semanas.

—Ahora esto anda como en una revolución, porque estamos abriendo un lote inmenso para que puedan acomodarse los recién llegados. Tumbamos el rastrojo y retiramos la maleza y dejamos el terreno limpio de piedras y de raíces para que se armaran las carpas y los cambuches. Trabajamos juntos por la misma razón. Además, hay que abrir otro sitio para acomodar a los enfermos porque algunos vienen con el

paludismo o con unas ñomas en las piernas y en los brazos que les resultan de las picaduras de los pitos. Allí, en esa especie de hospital que estamos improvisando, hay una enfermera que llaman Francisca que da órdenes todo el día. Y con ella circulan otras muchachas, pero yo no las alcanzo a distinguir.

En este lugar los hombres que venían de la serranía montaron sus carpas, hamacas y cambuches y de nuevo, después del alboroto de acomodar a los recién llegados, regresó la tranquilidad. En general el trabajo se redujo porque el número de guerrilleros se duplicó y las labores, aunque muchas ya que se trataba de alimentar a tanta gente, andaban más repartidas. El caudal del río Jiguamiandó que nacía en esas montañas y allí era cristalino, con pozos profundos en donde se bañaban los milicianos y corrientes buenas para pescar sabaletas y mojarras, le daba al paisaje un encanto especial. Había frondosas ceibas centenarias buenas para dar sombrío, y nogales cuyos ramajes se descolgaban sobre las orillas, y hasta un árbol que le dicen arizá y se encontraba repleto de flores rojas parecía que hubiera sido puesto allí para alegrar el campamento. También cruzaban cientos de pájaros que cantaban en las madrugadas y hacían nido en las alturas, y entre ellos volaban garzas blancas y grises, e incluso gaviotas y chaverrios que se extraviaban por las riberas buscando pequeños peces para alimentarse. No era infrecuente que los hombres bajaran del monte con micos, guaguas y perezosos colgados de la espalda y que las mujeres aprovecharan para llevar algunas heliconias, por estas selvas llamadas platanillo, u orquídeas montunas, cuyas variedades son muchas, y que las sembraran por ahí entre las raíces para espantar la monotonía.

—A mí esos días me parecieron buenos, porque estábamos entretenidos todo el día y nos llevaban jugo de limón para calmar la sed e intimábamos con los guerrilleros, y vea como son las cosas, hasta nos parecía que la vida de ellos resultaba como lo mismo de aburrida.

Nadia desde el principio se interesó por los soldados. "Esos son los enemigos", le decían los comandantes y ella veía a esos muchachos como personas comunes y corrientes, incluso vestidos de la misma forma y con caras y cuerpos parecidos a los de sus compañeros. Al principio sólo los cuidaban los hombres, pero como tenían que enviar cuadrillas grandes que salían al monte para buscar abastecimiento, también a las mujeres empezaron a encomendarles la tarea de cuidarlos. Los prisioneros eran doce y estaban encerrados en un establo, separados del campamento por una cerca hecha con palos de nisperillo y varas de bambú. Algunas veces los dejaban caminar libremente por el campamento y otras los amarraban a los árboles o los castigaban para intimidarlos metiéndolos en fosos profundos. En la cuadra pasaban casi

todo el día durmiendo, jugando cartas, leyendo y releendo cualquier pedazo de revista y a veces, muy custodiados, los dejaban ir a bañarse en los charcos de la quebrada en donde jugaban como niños tirándose agua unos a otros. Nadia los observaba desde lejos, fuertes y corpulentos algunos, flacos y espigados otros. Desde el principio había uno que le gustaba y por eso lo miraba mucho, pero él se azoraba y nunca le sonreía. "Échale ojo como te mira", le decía Patricio a Édison, pero él creía que la muchacha le tenía bronca. "¿Cuál bronca?, no seas bobo", le recalaba el compañero.

—Yo creía que ella me tenía bronca porque eso me miraba y me miraba pero no se sonreía y uno al coquetearle a alguien pues lo primero que hace es que se le ríe y le pica el ojo, y si puede le hecha piropos. Pero, por lo menos al principio, a mí sí me parecía que ella me tenía como rabia. Sin embargo, todo cambió.

Un día cumplía Nadia la labor llevarle agua con limón a los soldados secuestrados, cuando llegaron cuatro guerrilleros con la noticia de la muerte de Adín. Los informantes contaron que unos hombres cargaron inútilmente el cadáver hasta los campamentos de la serranía. Pero Nadia, entretenida como estaba, no se dio cuenta del suceso. La patrulla enviada a Musinga quedó diezmada: sólo cuatro guerrilleros regresaron, turnándose de a dos para arrastrar el muerto, primero en una barbacoa y luego en una mula que les prestaron. Hedía cuando lo descargaron, pero los que lo llevaron se acostumbraron al olor y de ello no se quejaban. Los otros tres guerrilleros murieron en combate, pero a esos los enterraron en el mismo sitio en donde fueron abatidos. Abrieron un foso amplio en el que cupieran todos y allí los echaron. Y los otros cuatro, que no aparecieron con ellos en la serranía, es posible que huyeran o de pronto los hicieron prisioneros —ellos no estaban muy seguros—, pero lo cierto fue que no llegaron al sitio que acordaron, antes de tomar la decisión de dispersarse. Después se supo que uno de ellos se llamaba Toño, quien al parecer convenció a los otros de que escaparan y se entregaran en un puesto de policía, noticia que apareció con algún despliegue en la prensa nacional. "Su foto salió de espaldas como para que no lo reconocieran, pero yo lo distinguí por las orejas de parlante y por los rizos de marica; que cómo se me van a olvidar a mí esas orejas y esas crenchas", dijo el hombre quien después contó la historia.

—Un día que estaba ella repartiéndonos jugo a los que cavábamos una trinchera, llegaron otros cuatro tipos con morrales y a esos sí que se les veía la fatiga por encima. Nosotros los vimos pasar con una mula cargada, y hasta nos provocaba ir a ayudarles porque veíamos cómo las piernas les trastabillaban, e incluso se caían.

Nadia tuvo varias veces la oportunidad de cuidar a los soldados y como a los otros compañeros no les gustaba esa tarea y preferían salir de cacería o recoger leña, ella se ofrecía para ese trabajo. Mientras vigilaba veía a los soldados cavar una trinchera igual a la que hacía dos años ella cavó sola en la serranía al ser castigada por intentar desertar. Allí, mirándolos, rudos y sudorosos, recordaba cómo lo único que le interesó durante esos quince días de trabajos forzados fue comer y dormir de lo cansada que quedaba. Rememoraba que durante ese tiempo sólo soñaba con un plato de sopa caliente para calmar el hambre y con su hamaca para dormir como un lirón. También recordaba que por la mañana la tenía que levantar Francisca, a empellones, advirtiéndole que mejor sería dejar la pereza porque de otra manera el "Manteco" la volvería a meter al cepo hasta que se muriera, y Hárrison no estaría dispuesto a perdonarla de nuevo. Y de sólo recordar aquello Nadia se asustaba. Se imaginaba otra vez metida en un hueco de esos sin ver más que sombras y pantano. Por eso durante mucho tiempo las comidas le supieron a tierra. "Cómo estuvo de cerca la muerte", pensaba. Pero hasta la muerte prefería a seguir la vida que llevaba. Lo único que juraba disfrutar de aquel momento, a pesar de los remordimientos que la asaltaban, fue cuando Macario contó frente al jurado que su madre había muerto y no lo pensaba por ella, que al fin de cuentas era la madre y algunos recuerdos buenos le quedaban, sino porque con su muerte también desaparecieron las pesadillas. Ahí comprendió que estaba despidiéndose. La verdad es que hacia ella conservaba un sentimiento ambivalente. Sin embargo, desde aquel entonces los sueños que tenía se transformaron: soñaba que vivía en una casa con jardines llenos de flores y con unos niños pequeños que parecían ser hijos suyos. Era como si su mente se empeñara en borrar por completo los malos recuerdos y como si el espíritu de su madre, al fin, hubiera encontrado reposo. Después averiguó con el mismo Macario que Néfer y su padre seguían vivos. En adelante no sufriría sino por ellos. Bueno, más bien por Néfer, porque de su padre tampoco quería saber nada.

—¡Uy! muñeca, ¿la dejaron salir sola? —le dijo Patricio levantándose del piso en donde esperaba que los compañeros terminaran de sacar la tierra, para él seguir picando el terreno. Lo primero que Nadia le vio fue el pecho sólido surcado por riachuelos de sudor y sus músculos duros, como de atleta.

Eran las tres de la tarde y un buen refresco de limón caería preciso para calmar la sed que hacía. Patricio tomó el pocillo, se dejó servir y la miró de frente. Ella levantó los ojos para verle el rostro y detalló en él sus facciones mulatas. Era alto y fuerte, de labios carnosos y voz recia. Pero aunque se desencantó un poco de su figura, sentía que le caía bien y hasta le gustaban sus piropos. "¡Uy! qué nena tan linda", le decía.

Luego Nadia miró a los que estaban dentro de la trinchera y les ofreció el refresco. "Hora del jugo", dijo. De inmediato los soldados la miraron, lanzaron las palas a un lado y se dispusieron a salir de la trinchera prestos a recibir un merecido descanso y esta vez con buena compañía. Ella sirvió más agua de limón para el primero que llegara. Allí fue cuando Édison clavó sus ojos oscuros en los de ella, más negros todavía. Ella miraba al muchacho desde hacía un buen rato. Le parecía bonito. Le sirvió su vaso y él lo bebió de inmediato. En la entrega hubo un discreto roce de los dedos de ella con los de él, manchados de pantano. Muchas horas más tarde, ella, conservando la tierra que se le quedó prendida, atesoraría un recuerdo que no quería que la abandonara.

—Me voy a quedar a vivir en este sitio —le dijo Édison—. Aquí la situación está cambiando. Por fin la veo reír y sepa que le luce.

Nadia lo miró y le volvió a sonreír, pero sintió que los cachetes se le encendían. Le ofreció más jugo y él aceptó gustoso. También se acercaron Éder, el Cabo Peña y los demás hombres, quienes la rodearon casi empujándola para que los tuviera en cuenta; y ella les sirvió uno a uno hasta que calmaron la sed. Entonces los soldados comenzaron a coquetearle y Nadia los mandó al diablo. "Bueno, bueno, se acabó, se acabó".

—Mamacita, como está de buena.

—Salimos esta noche.

—A qué horas termina de trabajar, mi amor.

—¿Nos bañamos a las diez en la quebrada? Hoy hay luna.

Nadia sintió un sofoco que no había tenido jamás. Tomó como pudo la olla vacía y salió a las volandas del embrollo sintiendo un descoyunte en las piernas, como si se fuera a caer al piso. Al encontrarse sola volvió la mirada hacia atrás y buscó los ojos de Édison. Él aún conservaba el vaso en sus manos y se lo alzó en señal de despedida. Los demás seguían diciendo sandeces con desenfado, pero ella ni los escuchaba. Un bochorno le cubría la cara y una alegría especial le hacía brincar el corazón.

—Vuelva mi amor.

—Yo quedé con sed, pero de amor.

—Con usted hasta en la guandoca.

Luego se quedaron haciendo comentarios. "Qué desperdicio —decían— una hembra de esas por aquí con tantos peligros". "Apenas es una niña, hermano y se ve que lleva tiempo metida en el monte". Hasta que los guardias les llamaron la atención y los soldados tuvieron que volver al trabajo.

—Ya vamos, ya vamos —les protestaron a los guardias.

—Otra vez a cavar huecos —refunfuñaba Éder.

—No querías pues que te atendiera una pelada, vos si estás exigente.

—Yo con ella cavando aquí a mi lado estaría güete hermano.

El cielo estaba encapotado y un viento frío se encajonaba por las vertientes de la cordillera. "Habrá lluvia esta noche", pensó Nadia al recordar que debía poner un caucho o un plástico encima de su toldillo. La quebrada sonaba con furia contra las rocas del cauce y el agua limpia formaba remansos en las orillas. Una bandada de loras cruzó con su bullicio hacia las montañas y dejó en la mente de Nadia una estela de recuerdos. Las loras de San José de los Milagros, el diostedé de la quebrada Río Cuchillo, los sinsontes y los micos que a veces bajaban hasta el caserío. Había ruido de ramas secas que de pronto se desprendían de lo alto de los abarcos y sonido de hojas cuando el viento batía la arboleda. Muy cerca del campamento Nadia notó el alboroto que el viento hacía en los ramajes de los hobos, las jaguas y los caimitos. A lo lejos, al lado del cambuche en donde vivía el "Manteco", se encontraban casi todos. Hablaban al mismo tiempo y rodeaban a los recién llegados. Una mula que ella no conocía estaba amarrada en un árbol cercano y un olor a gardenias pasó de pronto y luego desapareció con la brisa. Nadia apresuró el paso para enterarse de lo que ocurría y se encontró a Irma que venía medio loca y con los ojos encharcados.

—Mataron a Adín —dijo, y siguió de largo. Iba camino de la quebrada.

Entonces Nadia recordó el rostro de Adín cuando sonreía al levantar su brazo en la despedida que le hicieran un mes atrás. Su aspecto parecía triunfante; los sueños le brotaban en cada gesto. Pero casi al mismo tiempo Nadia pensó en Toño e imaginó su muerte. Corrió hacia donde estaban reunidos y vio a los cuatro guerrilleros que sentados en el piso le contaban a los demás lo sucedido. Hablaba Carmelo, un muchacho muy joven curtido por el sol. Se le veía la fatiga en el rostro cada que se esforzaba; era una mezcla de fatiga y pesadumbre; rostros jóvenes acostumbrados a los fracasos. Nadia sintió de nuevo un olor de gardenias que llegaba en oleadas. Se abrió paso entre los demás para verles la cara y un frío inmenso le bajó por la espalda. No estaba Toño entre los que llegaron. Lo mataron —pensó—. El “Manteco” escuchaba atento la historia con el rostro severo y la frente llena de arrugas, y a Leonor Banderas le bajaban dos lágrimas por las mejillas. Nunca creyó Nadia que ella pudiera sentir pena por alguien y tampoco pensó que le tuviera algún aprecio al muchacho, ahora muerto. “¿Qué pasó?”, preguntó Nadia, pero los otros iban en la mitad del relato. Entonces les hizo la misma pregunta a los vecinos, pero ellos no se querían perder el final de la historia y tuvo que esperar a que terminaran. Al final, los que los rodeaban comenzaron a hacer comentarios.

—Siquiera los enterraron —dijo alguno, pero ella no supo quién fue el que habló.

—De todas maneras están muertos —contestó otro.

—¿Y los demás?—. Nadia creyó oportuna la pregunta.

—Mataron a otros tres y de los demás nada se sabe—. Fue la respuesta de Rubén y un hilo de sudor le bajó al muchacho por el rostro desde la raíz del pelo y se le perdió en una profunda arruga que tenía clavada en la mitad de la frente.

—¿Y a quiénes más mataron? —volvió a preguntar Nadia para ver si averiguaba algo de Toño.

—A Jimeno, a la Pulga y a Horacio —dijo uno de los sobrevivientes; era un tipo rudo y uno de los más experimentados, pero casi no hablaba.

Nadia sintió que le volvía el alma al cuerpo. Además sabía o quería imaginar que no encontrarían a Toño. Logró lo que ella no pudo, buscó una mejor oportunidad y la supo aprovechar. Ahora tendría la esperanza de encontrarlo algún día; lo buscaría en Tierralta, ese lugar desconocido para ella en donde quedaron que alguna vez se volverían a ver. Después, por la noche, escuchó las historias que repetían los demás y que los sobrevivientes contaron: unos, para que la supieran los que no las oyeron y otros por la necesidad de hablar, para pasar la pena o para hacer el duelo. Y esa historia se repitió muchas veces hasta bien entrada la noche.

Resulta —dijeron los comentaristas, que hablaban unos interrumpiendo a los otros o complementando lo que decían— que demoraron mucho tiempo en el cruce porque tuvieron que evadir varios poblados que se encontraron en el camino. *Y al esquivar un puesto militar que también vieron.* Sí, así es. Al llegar cerca del objetivo hicieron el campamento. Parece que en un sitio bueno. *Claro. Ni tanto, si hubiera sido bueno no los habrían matado.* Luego Adín decidió que la inteligencia la haría él y como estaba de jefe, pues los demás lo dejaron. *Además él era bueno para eso, ustedes saben.* Y el hombre se fue. *¡Ajá!* Los otros llevaban ocho días esperando a Adín quien se fue a un corregimiento cercano a Musinga. *No, a Choromandó.* Qué va, eso es al otro lado, a Musinga hermano. *Bueno, a Musinga pues.* Ellos, los que esperaban, la pasaron bien, sin problemas y no parecía que nada raro estuviera ocurriendo. *Pero sí estaba.* Sí hombre, pero hasta ese momento. Con todo se encontraban bien preparados: el lugar era recogido pero con buena visibilidad, cavaron una trinchera, tenían comida suficiente y hacían la vigilancia. *Como la que tenemos aquí. Eso de pronto nos arrinconan y nos dan también a nosotros.* Pero aquí somos muchos. *Dejá pues hablar, que así no va a terminar nunca.* Adín se vistió de paisano y se hizo amigo de unos campesinos que les vendieron una mula, y una res que sacrificaron los que se quedaron y de la cual comieron durante ese tiempo. *¿La mula o la res?* La mula. *¡Eh!, digo la res.* *Los ibas a poner a comer mula.* *¿Eso a qué sabrá?* *Eso todo sabe lo mismo.* La mula era otra distinta a la que está aquí amarrada, pues ésa que compraron se les quedó al huir; la que trajeron fue una que les prestaron después. El caso es que al regresar, Adín no sabía que lo perseguían. *Ahí se jodieron hermano. Eso es clave. Pero él sabía esas cosas. Hermano, todos tenemos fallas.* Al otro día levantaron el campamento y marcharon hacia el objetivo, pero en un recodo de una trocha los esperaron y los acorralaron. ¡Y zuaque!, les dieron. Se defendieron como pudieron, pero como el fuego venía de todos lados, decidieron abrir un boquete por la parte de atrás para retirarse por donde vinieron y realmente abrieron el boquete. *Ésa era la salida, ¿cuál más?* *De pronto la abrieron por el sitio equivocado. Si por ahí*

era que conocían. Bueno, pero quién sabe. Sin embargo, los soldados los siguieron hasta el anochecer y por la noche tuvieron que seguir en combate. Allí fue cuando mataron a Adín. Ustedes saben como era; se batía como un condenado, se les acercaba, los retaba, los acosaba; hasta que se le vinieron varios y lo fumigaron; quedó como un colador. *Cómo sería eso.* Por recuperar su cuerpo mataron a la Pulga y a Jimeno. Entonces Horacio fue por ellos y ése si pudo jalarlo hasta que estuvo a buen resguardo, pero al ir por los otros dos también lo mataron. *Ese es un error mano, el muerto, muerto está.* No... pero en este caso era importante. *Yo también lo hubiera traído. Yo no.* Pero a vos no te nombrarían comandante. *Qué va, eso quién sabe. Pero dejen seguir.* Al amanecer vieron que los tipos se habían retirado un poco y entonces aprovecharon para enterrar los muertos. *A mí sí que me entierren, no me vayan a dejar ahí a merced de los gallinazos.* Pero a Adín decidieron jalarlo en una barbacoa hecha con la camisa y el pantalón que llevaba alguno de ellos en el morral y con unos palos que cortaron en el monte. *Y semejante camino para encontrar que no estábamos.* Llegaron hasta el campamento con un muerto de tres días. *Cómo sería la cosa. Y el olor, mejor dicho.* Por lo menos quedó enterrado en el sitio que siempre quiso. *¿Y de la mochila qué?* Pues no, nada de mucho valor, parece que en una bolsita de plástico había una foto de la mamá y una carta que ella le mandó alguna vez, y como que también encontraron un escapulario de la Virgen del Carmen. No más. Eso fue lo que vio Carmelo.

18

Esa noche fue de sueños, de pensamientos, de recuerdos. Algunos tuvieron pesadillas como el "Manteco" y Leonor Banderas, otros pasaron la noche en vela. El "Manteco" soñó que le hacían un consejo de guerra por haber mandado al muchacho a una acción imposible, sin contar con la experiencia suficiente. "Habiendo gente tan ducha como el "Caratejo", o Macario, o la misma Leonor Banderas, cómo se le ocurre enviar a ese culicagado". El "Manteco" se defendió como pudo y alegó y alegó que daba miedo, pero curiosamente los que antes se disputaban su amistad ahora estaban en contra, le volvieron la espalda. Eso es una insubordinación, decía el gordo, pero Hárison lo señalaba con el dedo desde las barras y un coro de mujeres comandado por Leonor Banderas le gritaba: ¡que lo fusilen, que lo fusilen, al paredón! Entonces un jurado compuesto por los soldados que ellos ahora tenían secuestrados lo declaró culpable y Hárison, que al fin resultó ser el juez, lo condenó a muerte y se lo llevaron con las manos amarradas a la espalda hasta un sitio en donde un árbol enorme le daba sombra a una trinchera a la que no se le veía el fondo. Del interior

salieron uno a uno los soldados que estaban detenidos, con las palas en la mano. Arrastraron al "Manteco" hasta el borde del foso y le vendaron los ojos, mientras Hárrison consultaba algún asunto con el Cabo Peña. Discutieron, pero luego llegaron a un acuerdo y entonces los guerrilleros le entregaron los fusiles a los soldados y estos se pusieron al frente. Decidieron que el pelotón de fusilamiento estuviera conformado por personal del ejército porque los guerrilleros no querían cargar con la culpa de matar a su comandante. Algunos, como el "Caratejo", insistían en querer formar parte del escuadrón que iba a darle muerte, pero Hárrison no dejó que sus muchachos se mancharan con la sangre de su jefe y les dio las órdenes a los soldados: preparen, apunten, fuego, y ellos las siguieron al pie de la letra y le dispararon y el "Manteco" vio, como si estuviera por fuera de su propio cuerpo, cómo éste caía al foso, se atrancaba primero en las paredes, pero luego los propios compañeros lo empujaban con unos palos y él seguía cayendo y se perdía en las profundidades. Entonces todos, guerrilleros y soldados, se paraban en el borde del foso y veían que éste no tenía fondo sino que era un precipicio inmenso, sin fin. Despertó sudando y con la manta empapada. Fue un alivio ver que estaba soñando, sentir de nuevo su piel y sus manos que todavía se movían y verse acostado en la estera del cambuche; además, advertir que llovía porque sonaban duro las gotas de agua sobre los plásticos y observar cómo una gota se filtraba por un orificio que existía en el techo. "¡Uf!", exclamó casi como dando un grito, como sacando un peso que llevaba por dentro, y no volvió a dormir esa noche del ahogo y del insomnio. A su lado, desnuda, profundamente dormida y despatarrada, roncaba Magnolia. Él la miró, sintió hastío y pensó que ya no le apetecía.

Leonor Banderas soñó que huía después de un combate y que la perseguían. Se lanzó por una cañada y fue a caer a un río, luego se internó en un bosque mientras escuchaba las voces de los hombres y las mujeres que corrían a sus espaldas. "Mírenla", "allá va", "atrápenla" decían. Entonces ella disparaba y disparaba pero no sabía a qué, porque a nadie distinguía. Y las voces continuaban a sus espaldas y al frente y en los costados. "Se le está acabando la munición", se oía. Entonces se internaba en la selva y las zarzas y los matojos le daban en la cara, la arañaban y la envolvían. Pero nada podía pararla, corría, se caía, se volvía a levantar y rodaba por cuevas y despeñaderos. Exánime, yacía como muerta debajo de un árbol desde donde miraba hacia atrás para lograr descubrir a los perseguidores. Y de nuevo se escuchaban las voces. "Por aquí pasó", "aquí están las huellas y son frescas". Contó las balas que le quedaban y realmente tenía pocas. Las voces se escuchaban más atrás; entonces volvió a correr hasta que estuvo cerca de una cueva, entró en ella; pero ésta se fue estrechando y debió arrastrarse para poder seguir su camino. "Ya entró en la cueva", dijeron las voces. Ella escuchaba la respiración de alguien detrás. "Estoy cerca", repetía. En ese

momento Leonor Banderas reconoció la voz de Adin y entonces volteó su fusil y disparó las balas que le quedaban. Pero la voz le dijo: "¿acaso cree que las balas me hacen algún daño? ¿Usted no se acuerda que estoy muerto?" En ese momento Leonor Banderas entró en pánico y reptó como una serpiente hasta encontrar una luz: era la salida. Pero ésta se alejaba y mientras más corría más distante se hallaba. Al fin, después de mucho temblar y sudar, llegó al final, sacó la cabeza y observó que en los árboles que se encontraban al frente del precipicio estaban Nadia y Francisca apuntándole con sus fusiles. Detrás se oía muy cerca la respiración de Adin.

Édison se durmió pensando en la muchacha. Al principio, como ya se supo, creyó que él le caía gordo; sin embargo, en el encuentro del primer día se llevó una sorpresa. Ella se comportó distinta, la vio sonriente y comedida, con otra disposición. Era una guerrillera joven y con una cara muy linda, y tenía que haberle caído bien porque fue al único que le repitió un vaso con jugo de limón, incluso antes de ofrecerle a los demás. Él la vio ponerse coloradita como una manzana y sus labios se abrieron en una sonrisa tímida. Además, se despidió de él con una última mirada. Iba bastante lejos cuando se volteó y de nuevo una sonrisa le bañó la cara. Luego, Édison, puso a rodar la imaginación: pensaba encontrarla en la quebrada al final del atardecer. De pronto, por una razón desconocida que resultaba mejor no entrar a indagar, se vieron solos. Imaginaba que juntos se dedicaban a escuchar el rumor de las aguas y que miraban con embeleso acomodarse los pájaros en las ramas de la arboleda, y él en pura contemplación y ella preguntándole por qué la miraba y él diciéndole que porque le gustaba la nariz y la boca y los ojos. Entonces todo —imaginaba que le decía ella— y él le decía que sí que le gustaba todo. Ambos se buscaban los ojos y sonreían y entonces comprendían que había llegado el amor, y él le tomaba la mano pero ella se la retiraba de inmediato y en medio de los arreboles de la tarde él volvía a notar el rubor en sus mejillas. Es el reflejo de los colores del atardecer, le decía él para que ella no se avergonzara. Luego pensaba que le decía que desde que le vio a ella supo que sería la mujer de su vida y ella le preguntaba que si entonces él estaba dispuesto a quedarse con ella y él le decía que sí, que hasta sería capaz de volverse guerrillero. ¡Ah! eso sí, porque lo que soy yo de aquí no me muevo. Ésta es mi vida, sentía que le decía, y él, pues bueno qué se va a hacer, el amor, si llega, rompe cualquier barrera. La noche se hacía densa y él aprovechaba que el pensamiento lo puede todo, le daba un beso en la cara, pero esta vez ella no se retiraba sino que se acercaba a su cuerpo, por lo que él la abrazaba y la apretaba contra su pecho. Édison, al imaginar que quedaban muy juntos, cara a cara, volvía a besarla y aunque ella en un principio se dejaba, luego corría y se le perdía entre el riscal. Entonces él la buscaba por todas partes, indagaba con sus compañeros en dónde se habría metido y al fin la

encontraba, desnuda, bañándose en uno de los remansos, y él se desvestía y la perseguía con un juego de caricias inventadas, y hacían el amor bajo el fresco vaivén de los oleajes y el rumor de la corriente. Luego, con una sonrisa, después de pensar tantas cosas buenas, se quedaba dormido.

Nadia también se acostó esa noche pensando en el soldado, pero no le abandonaban las imágenes de Toño y Adín, y los pensamientos se le juntaban todos al tiempo. No lograba concentrarse. A Nadia le gustaba el rostro del soldado y el pelo así cortado a ras y la nariz recta, pero además sus labios y en general su figura; incluso, el desenfado con que la miraba. Siquiera se escapó Toño, la atropellaban los pensamientos del amigo y se alegraba por él; uno no debe estar en donde no se sienta a gusto, pensaba. Pobre Adín, todo se imaginaba uno menos que lo fueran a matar; si alguien debiera ser inmortal, ése sería Adín, con esa forma de batallar, no podía creer que hubiera muerto por algún descuido. Además, sentía celos, pues se daba cuenta que le molestaba verlo por ahí conversar con las otras mujeres. Seguro Toño, después de escapar, se iría a Tierralta para volver a ver a su familia y trabajar al jornal o recuperar la finca de sus padres, quién sabe. Le gustaron las palabras que él le dijo, que le lucía la sonrisa y que se iba a quedar a vivir aquí ahora que ella había llegado. Toño y sus crespos rojos; qué es marica, dicen, pero no importa, yo lo quiero como a un hermano. Dizque el pobre Adín estaba como un colador; mejor no haberlo visto porque de la impresión uno ni siquiera dormiría; eso seguramente le dieron bala hasta que se cansaron, pues, conociéndolo uno como lo conocía, él hubiera hecho lo mismo. Y el soldado la miró hasta que se le perdió de su vista, porque desde lejos ella dio vuelta atrás y él le levantó el vaso como en son de despedida. Toño se lo dijo un día: "en cualquier momento me voy", se ve que aprovechó la oportunidad y se voló; eso era lo que ella tenía que hacer, aprovechar una oportunidad. Y ese olor a gardenias que todavía se sentía; quedó todo pasado y uno seguro de que por aquí no había gardenias; pero muchos sintieron el olor. Qué raro. Tal vez él quiera volarse conmigo, y le podría decir que me acompañe a visitar a Toño; él de pronto sabe cómo ir a Tierralta. Adín era muy bravucón, pero los bravos también se mueren; parecía un demonio, y fue hasta que lo mataron. Y sus manos son delgadas; así son las mías; tal vez estén llenas de ampollas con ese trabajo de cavar trincheras; a mí me salieron muchas; a los que no les dan ampollas son a los campesinos, porque están acostumbrados a trabajar la tierra; como don Arnoldo. Quizá Toño nos dé trabajo en su finca o don Arnoldo que fue siempre tan querido, quién sabe. Como un colador, así dizque lo dejaron. Tal vez quiera volarse conmigo; hasta de pronto se lo propongo; no qué va, es posible que me denuncie y ahí si se acaba todo.

La muerte de Adín, a quien muchos creían iba a ser con el tiempo un guerrero legendario, émulo de don Manuel, produjo en los combatientes un decaimiento espiritual que los hizo incrédulos y desobedientes, como desarraigados de unos principios que pensaban inmutables y para cuyo desarrollo estaban predestinados. Los hombres cumplían mal sus tareas y venían desacreditando algunas decisiones de la dirección, y las mujeres cuchicheaban si acaso sería que el gordo estaba demasiado viejo y enfermo y si ya se le hubiesen acabado las entendederas. El "Caratejo" notaba con preocupación un exceso de camaradería con los soldados secuestrados y resultaba poco usual, desde hacía algún tiempo, que no los amarraran a los árboles o a los palos de la cerca o que tampoco los hubieran vuelto a confinar en los fosos como castigo por desobedecer algunas reglas. Además, el "Manteco" encontraba que muchas de las mujeres preferían estar de guardia cuidando al enemigo, que prestas a atender las otras labores cotidianas y sus necesidades personales. Incluso, las pesadillas que tuvo los últimos días le crearon incertidumbre sobre su propia seguridad. Por eso redobló su guardia personal y nadie en el campamento pudo volver a acercársele a veinte metros sin antes solicitar un permiso especial.

Tal pareciera que las labores que implicaban un mayor desgaste físico se concentraban en los más jóvenes y de menor rango. El "Manteco", Macario y Leonor Banderas era poco, por no decir nada, lo que hacían y se la pasaban la mayor parte del tiempo jugando cartas y oyendo música. A veces parecía que hubiera una competencia entre las rancheras que tanto le encantaban al "Manteco" y los vallenatos que enloquecían a Leonor Banderas y los combatientes, ante esa falta de distracciones, pues oían con entusiasmo lo que fuera.

Por esos días también se rumoraba que vendría una comisión conjunta de los Derechos Humanos y de la Cruz Roja a interceder por los detenidos. El júbilo de los soldados se podía imaginar. Gritaron e hicieron peticiones que superaban lo posible. Exigieron ropas nuevas y una comida decente. Además, el Cabo Peña solicitó hablar con el "Manteco" para participar en los preparativos de la reunión. Unos días después el hombre lo recibió en una caseta especial que construyeron para atender la visita. "No está confirmada la fecha, cuando se sepa le avisaré", le dijo el gordo resoplando por entre el humo de su tabaco. "Vamos a

pedir que los cambien por algunos compañeros que tenemos presos", fue lo último que le dijo y lo despidió palmoteándole el hombro.

Nadia aprovechaba los momentos de indisciplina para cruzar con Édison algunas palabras o para enviarle razones o pequeños regalos. Un día le mandó saludes con el Cabo Peña y al siguiente le envió lo que parecía un confite, bien envuelto en su papelito brillante y de colores. Édison se puso muy contento no sólo por el detalle sino porque un dulce en esos lugares resultaba un verdadero tesoro. Al abrirlo se encontró con la sorpresa de recibir un mensaje enrollado en una piedrita, en donde la niña le decía que le gustaba mucho y que le caía bien. Se confirmaba así la presunción que tenía de gustarle a la muchacha, lo que además le permitía alimentar sus sueños de enamorado.

Los rumores de tales amoríos le llegaron como chismes a Hárrison e hicieron que éste le ordenara a Leonor Banderas aplicarle un nuevo castigo a Nadia y conminarla a no volver a hablar con los soldados, so pena de ser juzgada nuevamente por traición, orden que cumplió de inmediato la mujer, quien la amenazó de una vez con el fusilamiento y luego la envió a cavar una zanja a lo largo del campamento. Con ella esperaban desviar las corrientes de agua que venían de la ladera de la montaña y formaban, al llover, unos charcos que anegaban la zona en donde los insurrectos hacían la mayor parte de sus prácticas.

Cuando los comisionados llegaron en un helicóptero, el campamento brillaba en los detalles, la limpieza y las costumbres de los guerrilleros. Los visitantes, unos señores con petos que tenían una inmensa cruz roja en el pecho y en la espalda y otros con sombreros de paisanos y camisas deportivas que compraron para la ocasión, dialogaron muchas horas con los jefes militares. Todos estaban atentos ese día. Los guerrilleros cumplían sus labores rutinarias: limpiaban los fusiles, cargaban agua, recogían leña, hacían las guardias, cocinaban el almuerzo, le llevaban tinto y jugo de limón a los comisionados y conversaban entre ellos en voz baja; y los soldados, sentados en su corral, jugaban alegremente con unos naipes que les prestaron. Luego, llevaron a los visitantes en un recorrido por el campamento y los dejaron hablar con los guerrilleros y después con los soldados. Con los unos conversaron de la vida en el monte, de la zozobra de la guerra, de la lucha por un país mejor y tantas cosas que se dicen en esos momentos, y con los otros hablaron del trato que les daban y por supuesto de las familias y las direcciones en donde ellas se encontraban; se les permitió escribir mensajes, dejaron que les tomaran fotos para que utilizaran como pruebas de supervivencia y uno de los comisionados grabó al final de la visita una cinta de vídeo. Allí supieron los soldados retenidos, con

certeza, que la guerrilla pedía canje de ellos por guerrilleros presos en las ciudades. Hubo mucho ánimo entre los asistentes y algunas palabras de consuelo dejaron satisfechos y con esperanzas a los soldados. Durante la despedida, aprovechando la congestión, Nadia le puso a Patricio con disimulo, un frasco de vaselina en el bolsillo de su camisa y le susurró en el oído que se lo entregara a su amigo.

"¿Usted es capaz de irse conmigo?, pero ojo, sin traiciones", decía la nota de la muchacha. El soldado tuvo que descifrarla, pues los caracteres eran burdos, como los de quién apenas está aprendiendo a escribir. La leyó y arrugó el papel entre sus dedos, luego lo rompió en pequeños fragmentos, atento a que nadie lo observara, pero se encontró con los ojos de Patricio que desde lejos le seguía los movimientos. Mantuvo los pedazos de papel en su mano y se dirigió al fogón en donde el Cabo Peña atizaba el fuego para hacer la comida: ese día había arroz con carne de mico, patacones y café. Al llegar, Édison tomó un leño seco y lo acomodó encima de los carbones encendidos arrojando los pedazos de papel al fuego. Descansó al ver que se consumieron.

—Siempre es bueno que ayude hermano —le dijo el Cabo. Un humo espeso subía hacia el cielo

—Como usted ordene mi Cabo —contestó Édison y siguió acomodando leños en la hoguera, en donde estaba montada una olla con el café. El olor llenaba de aroma el corral de los soldados. A un lado, el perol con el aceite y un tazón con el arroz, y más allá, en una artesa, los trozos de carne y una ración de plátanos verdes.

—Siga avivando el fuego soldado que yo voy a partir la carne y los plátanos.

"Ver arder el fuego es bueno para pensar. Me ayuda a reflexionar sobre lo que debo hacer, sobre todo si no se atraviesan malos pensamientos. Pero es que cada vez que estoy frente a las llamas me acuerdo de Ascencio. No dejo de pensar en su imagen, tosiendo y arrojando leños y avivando con sus soplos largos la hoguera que mantenía encendida para que Cambas nos hiciera reír, el día antes de que los mataran. Cómo nos hizo disfrutar esa noche, y vea como son las cosas, al siguiente día, ¡zuaque!, los desaparecen. Eso no pudieron ni arrepentirse de sus pecados. Son malos recuerdos porque aparecen en el momento en que tengo que decidir sobre la nota que la guerrillera me envió. "Pero sin traiciones" —dijo la muchacha—. Claro, ella también corre mucho riesgo, porque si la pillan de seguro la fusilan. A mí me tocó ver cómo la

ponían a cavar una zanja y Patricio me contó que le escuchó decir a un guardia que la castigaban por estar ahí de amoríos con un soldado. Y seguro que ese soldado soy yo; nada raro que a mí me estén vigilando. Si no nos salen bien las cosas también me matan o me meten en un foso de esos profundos, como a Éder. El hombre salió de ahí como para recogerlo con cuchara. Tres días uno aguantando hambre y frío; eso es lo peor del mundo. Yo no la traicionaría, ¿pero ella? Es bonita y con buena pinta, si, y se ve que le gusto, pero, ¿y si todo es una trampa? ¿Pero trampa por qué? ¿Ella qué ganaría con eso? Uno no se expone a que lo castiguen sino por algo. ¿Será que sí está enamorada de mí? Amor a primera vista. Nunca creí que fuera verdad y menos que a mí me pasara. O de pronto es que me necesita para volarse, pues uno en esos casos requiere compañía y si no la encuentra entre sus compañeros, pues la busca con cualquiera. Al fin, si se quiere volar, somos nosotros mejor compañía".

Édison estaba absorto en sus pensamientos cuando llegó Patricio y se les acercó por la espalda. El Cabo Peña lo volteó a mirar y le dijo con sorpresa:

—Uy, como están de ayudadores.

—Hoy es fiesta y con esas ganas de comer carne aunque sea de mico, mi Cabo.

—Los trae es el hambre, que harta está haciendo.

Pero los hombres apenas se miraban y no podían hablar y aunque Patricio lo observaba y le hacía muecas para que soltara la lengua, Édison le respondía con señas, mostrándole al Cabo. Nada le podía decir delante de él y menos ahora que los otros prisioneros se les acercaban.

—Si vienen, es a ayudar, no a estar ahí con los brazos cruzados —les dijo el Cabo—. A ver, uno que coja agua y mezcle el arroz. Una porción de arroz por dos de agua para que quede bien seco. Y usted, "Avechucho", ensarte la carne en los pinchos y no la vaya a quemar porque lo fusilamos. Y Éder, pilas con el jugo de limón. Y bastante, que usted sabe que a uno le gusta repetir.

—Yo repito carne —dijo Éder.

—Y alguien que cuente algún chiste.

—Qué cuento de chistes, eso nos trae malos recuerdos, mejor que alguien cante una canción.

Entonces el negro Mena entonó un vallenato y el ambiente se animó. Todos ayudaban en las labores de cocina a los sones del ritmo que el "Negro" le ponía. Usaba dos palos para hacer el acompañamiento. En los extremos del corral dos guardias armados tarareaban con ellos la misma canción.

—"Era sábado en la tarde el día en que llegué a mi tierra. Ya me contaron la historia que le ocurrió a la gordita..". —Entonaba el "Negro".

—"Ahora qué pensará la morena cuando escuche mi canto...", —le hacían coro los demás.

—"Quiero pasar la vida cantando con otra muchachita..."

—"Ella me alborota... cuando está cerquita..."

Los últimos rayos del sol desaparecían entre los ramajes de los caimitos y las jaguas. Un viento fresco los mecía y se encajonaba en el campamento. Las tórtolas alborotaban buscando el nido y Júpiter brillaba en la lejanía al lado de una luna a medio crecer.

—Cuida el arroz "Avechucho"; si está hirviendo el agua, ponlo encima de las brasas. ¿Le echaste la sal?

—No hay sal mi Cabo.

—Pídale un poquito, ¿no estamos pues de fiestas?

"Avechucho" salió hasta el extremo de la cuadra y le dio la razón a uno de los guardias. Éste se rascó la cabeza, hizo un ademán como de fastidio, pero luego se fue, habló con el otro y se dirigió a la cocina principal del campamento. Allí se encontraban casi todos, en círculo alrededor del fuego. A esa hora comían.

Irma, Francisca y Nadia conversaban en un extremo; en el otro, Leonor Banderas seducía a un combatiente; más allá, en el cambuche del "Manteco", estaban los comandantes con los comisionados.

—"Me lleva él o me lo llevo yo, pa que se acabe la vaina... Hay Morale a mi no me lleva, porque no me da la gana...", —se oía en la distancia la voz de Mena.

El guardia volvió a los pocos minutos con un puñado de sal y "Avechucho" se lo recibió en la gorra de policía. Al llegar a donde estaba la olla espolvoreó una parte sobre el agua que hervía.

—¿Cuánto le echo? —le preguntó al Cabo, después de rociar alguna cantidad.

—Una cucharada —contestó el Cabo. Entonces "Avechucho" calculó que faltaba más, volvió a su gorra y espolvoreó un poco más con sus dedos. Éder se quedó mirándolo.

—Te podías haber llevado un plato, ave maligna —se le enojaba Éder—. Vamos a comer con sudor de plumas de gallinazo.

—El agua hervida mata los microbios —contestó "Avechucho" tarareando la canción que los hombres entonaban.

—"Qué cultura, qué cultura va a tener, un negro yumeco como Lorenzo Morales. Qué cultura, qué cultura va a tener si nació en los cardonales..."

—Ojo con la carne Patricio. No sea que se te queme.

—Eso le toca a "Avechucho".

—Pero no lo ves encartado con el arroz.

—" Y cuando me oyó tocar, le cayó la gota fría... y cuando me oyó tocar, le cayó la gota fría..."

Una vez el Cabo Peña llamó a comer, terminaron los vallenatos y el negro Mena cambió sus instrumentos musicales por una cuchara de palo hecha para la ocasión. Luego se sirvieron en los platos que tenían y Patricio invitó a Édison a un rincón. Hubo silencio de los hombres y los únicos que cuchicheaban eran los dos soldados. La noche estaba plena y un titilar de estrellas colmaba el firmamento. Al fondo, mostrando el norte, estaba Orión el Guerrero y muy cerca de él Tauro, más abajo Casiopea y cerca a la luna brillaban Júpiter y Saturno.

—Qué te mandó decir —preguntó Patricio, mientras luchaba por arrancarle un pedazo a la carne que tenía entre sus manos.

—Quiere que me vuele con ella.

—Ojo hermano que no vayan a saber esos tipos, porque nos fritan.

—Lo que me preocupa es que la usen a ella para hacer inteligencia.

—¿Que le hagan inteligencia a quien? ¿A nosotros o a ella? —preguntó Patricio, haciendo muecas de que no le parecía que la cosa fuera por ese lado.

—¿Eso quién sabe? Claro que no es muy probable. Ella tiene mucho más que perder que nosotros. Si a ella la pescan la fusilan, más si la han castigado otras veces—. Édison cavilaba y le echaba muela a su porción de carne.

—Se ve que este mico es puro ñervo, mano.

—Eso nos dan el ñervo a nosotros. Ellos se comen la carne pulpa.

—Siquiera que el arroz quedó bien bueno. Y el patacón pisao.

—Yo de usted lo pienso mejor, no sea que la hembra esté tan apresurada que meta las patas.

—Pero si uno se va a volar tiene que ser con la ayuda de adentro, porque con tanta vigilancia si es muy verraco.

Y fueron a repetir arroz y todos quedaron llenos, porque otras veces apenas les daban un poquito y aguante hambre o tome harto jugo de limón para que la barriga quede llena. La brisa había cedido y un calor pegajoso se estacionó en el lugar cuando Édison se acomodó en una hamaca en la que se turnaban para descansar. Ahí no era sino pensar porque el sueño estaba lejos. Pensar y mirar las estrellas que cruzaban lentamente entre las ramas de los árboles. "Si me escapo volveré a ver a la cucha y a mis hermanos. Ocho meses sin verlos es bastante tiempo. Y la pobre vieja debe estar rezando todos los días. Eche camándula y eche camándula, porque eso si le jala a la rezadera; por lo menos va a tener la carta que le mandé y con eso pues va a saber que estoy vivo. Yo creo que la muchacha es de buenas intenciones. La próxima vez que la vea le pregunto el nombre. ¿Cómo se llamará?, Rosario, como todas las mujeres, o María o Concepción o Carmen Emilia. Bueno cualquier nombre, ojalá se llame Azucena, a mí me gustan las azucenas o Camelia porque también me gustan las camelias. Son bonitos nombres".

—"Qué cultura va tener, si nació en los cardonales..."—. Se oía tararear entre los compañeros, a muchos de los cuales las canciones se les quedaron pegadas.

Entonces los guardias le dijeron al Cabo Peña que la comandancia le daba permiso a los hombres de salir un rato a conversar con los guerrilleros y con los señores de los Derechos Humanos y que podían andar por el campamento y caminar por ahí, si querían; y todos salieron, porque cómo se iba a desperdiciar esa ocasión. Hasta se tomaron juntos un café caliente y los soldados pudieron ver a las muchachas y flirtearon con ellas y la mayoría conversaron con las mujeres y no con los señores esos, porque con ellos habían hablado lo suficiente, en cambio llevaban casi ocho meses sin hacerlo con una mujer y tener esa oportunidad resultaba bueno porque los hacía evocar buenos tiempos, les recordaba que eran hombres y les daba motivos a sus pensamientos para pasar los futuros momentos de soledad. Ellos las veían bonitas y notaban que sus cuerpos, acostumbrados al trajín, estaban bien formados, atléticos, que conservaban sus curvas de mujer, con senos levantados que danzaban con la respiración, nalgas redondas, labios sensuales y miradas coquetas. "Vayan a cuidarnos" decían algunos y otros, más astutos, les decían que fueran más tarde cuando todos estuvieran dormidos. Cuando Nadia se le acercó a Édison temblaba del miedo. Muy cerca Leonor Banderas no dejaba de mirarla. Él le acercó su cuerpo y pudo sentir su olor y rozar su pelo con los labios;

pero ella estaba esquiva, desdeñosa. “¿Qué le pasa?”, le preguntó él. “Nos miran” y entonces Édison le tomó uno de los dedos de la mano. “Lo espero esta noche, estoy de guardia en la quebrada”, le dijo ella y Édison supo que también le temblaba la voz.

20

Nadia tarareaba y tarareaba una canción que se sabía. Creía que de esa manera le ayudaría a Édison a encontrarla con mayor facilidad. Esperó primero con calma y después con impaciencia. Sentía un taco en la boca del estómago; un nudo que la hacía suspirar a cada rato. Pensaba en lo que iría a decirle; por ejemplo que lo quería, que le parecía bonito y que estaba dispuesta a irse con él, y cosas así por el estilo. Pero el hombre no aparecía. A lo lejos se escuchaba el rumor de la música y las voces de quienes departían con alborozo la improvisada fiesta en honor a los comisionados de la Cruz Roja.

El agua del río, al correr por entre los riscos, levantaba un vapor fresco que aplacaba su enfado. Muy cerca croaban las ranas y chapoteaban peces en los charcos.

Édison, que había visto a Nadia tomar su fusil y dirigirse al río, buscaba la forma de escabullirse del lugar, pero Leonor Banderas, curiosa por conocer el hombre que le venía quitando el sueño a la jovencita, lo tenía plantado y no le quitaba los ojos de encima. “Para dónde vas muchacho si la fiesta apenas empieza, ven y te tomas un trago de chicha y brindamos por el canje. Ése fue el principal tema del acuerdo: ustedes se van a casa y ellos negocian con el Gobierno la traída de los compañeros presos, ¿no te parece justo?”.

Había risas a granel y las guerrilleras preferían departir con los prisioneros, a quienes empezaban a conocer, que hacerlo con los copartidarios a quienes ya conocían y a quienes a veces amaban y a veces odiaban.

“De seguro prefiere conversar con las otras que estar aquí conmigo —pensaba Nadia fundida de los celos—. Si no viene eso significa que no le gusto y que no querrá volarse conmigo. Pero —cavilaba recordando lo que acababa de ocurrir—, se me acercó mucho y alcancé a sentir su voz en mi oído y sé que

rozó mi cabello con su cara y además me cogió un dedo con su mano. Aún conservo la sensación de su piel y el sonido de sus palabras. Qué bonitos ojos tienes —dijo—, como dicen en las rancheras”.

—Tiene que venir— terminó exclamando duro sin importar que alguien la oyera. Después tuvo miedo de su osadía.

Un murciélago cruzó aleteando cerca de su cara y dejó una brisa fría que le hizo sacudir un poco la cabeza. Sintió fastidio de que se le hubiese acercado tanto. Le pareció entonces escuchar ruidos extraños en los árboles vecinos; miró alrededor pero no vio nada.

Alegando que le dolía el estómago Édison pidió permiso para retirarse. “Debe ser la carne de mico — dijo— siempre me cae mal”. Ninguno de los que estaban cerca le reprochó nada, ni siquiera Leonor Banderas y él se retiró en silencio hasta el campamento de los prisioneros. Se despidió del guardia que vigilaba la entrada y se metió en el cambuche.

El día había estado claro, con un cielo azul y un sol esplendoroso y la noche se encontraba toldada de estrellas. Pero no había luna. Salió con mucho cuidado por la parte de atrás y caminó con precaución para que los guardias no lo vieran.

Nadia sentía que algo pasaba. Sus ojos, acostumbrados a las noches oscuras, escudriñaron los árboles que la separaban del campamento. Al verlo venir una sonrisa le colmó el rostro y el corazón se le agitó. Le temblaban las piernas. Cuando Édison estuvo cerca Nadia tosió, pero no lo hizo para avisarle el lugar en donde se encontraba sino para soltar un nudo que se le había hecho en la garganta. Él llegó sonriente, cogió con cuidado el fusil y lo puso en el suelo, le tomó las manos y se sentó a su lado.

—Hola preciosa —le dijo y trató de mirarle los ojos que se le escabullían en medio de las sombras.

—Hola —le respondió ella y bajó la cabeza—. Creí que ya no vendría.

—Casi no me puedo volar, no ve que me la tenían montada—. Y luego, mirándola fijo:

—Está muy linda.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Me lo imagino.

—Pues tiene mucha imaginación.

Había largos silencios, pero las pequeñas caricias bastaban. Eran de piel, de susurros, de roces, de cercanías. De manos que se buscaban.

—Las debo tener carrasposas, por el oficio —dijo Nadia como disculpándose y sus ojos lo miraron.

—Yo también, de cavar trincheras.

Él la acarició en la cara con el dorso de la mano y le separó un poco los cabellos que le cubrían los ojos. Ambos se contemplaron sin verse, juntaron sus cuerpos, se sintieron. Hubo entonces sólo un olor y un único aliento y unas manos que se recorrían.

Primero, Édison le besó la cara, luego le buscó la boca, pero ella retiró su cabeza. Le pareció sentir algo que se movía en la distancia. Los besos que le daba en el cuello y en las orejas le erizaban la piel y un calor suave comenzaba a abrazarle las mejillas.

—Tengo miedo —le dijo Nadia, separándose un poco.

—¿Miedo de qué?

—De que alguien venga.

—¿Quién va a venir?, si están todos contentos tomando chicha. ¿No escucha como se encuentran de animados?

—Hárrison.

—¿Quién?

—Hárrison, el Comandante. Siempre viene y da vuelta para ver si uno está cumpliendo el deber. Y si no viene manda al "Caratejo".

—Ése me cae mal.

—¿Y a quién no?

Nadia aspiró mucho aire y luego suspiró fuerte. Édison le tomó la cabeza entre las dos manos y le dio un beso en la boca. Por un instante ella se dejó llevar y abrió sus labios y permitió que él la recorriera con los suyos, pero luego, algo que presintió con un golpe en el corazón la hizo retirar asustada.

—Vete —le dijo—, alguien viene. Rápido.

Édison se tiró detrás de los árboles y desde allí observó cuando llegaba un hombre hasta donde estaba Nadia. Él no percibió nada; si por él hubiera sido lo habría cogido por sorpresa.

—Me pareció que estabas hablando con alguien —dijo el "Caratejo". A ella los labios de él todavía la quemaban.

—Está viendo visiones —dijo Nadia, conteniendo la respiración, mientras el corazón se le quería salir del pecho. Entonces el "Caratejo" buscó con la mirada en los alrededores. Pero las noches eran demasiado oscuras bajo los árboles de la cañada.

Hárrison no le hablaba a Nadia desde cuando a ella le hicieron el consejo de guerra. La desconoció desde entonces. A duras penas le dirigía algún saludo o preguntaba por su estado, con pretendido disimulo, a sus escoltas más fieles. Ni siquiera la miró en el momento en que fue por el "Manteco" a la serranía ni después al reunir sus tropas luego de la muerte de Adín, pero ahora decidió hablarle para definir la situación entre ambos. Ya era bueno hacerlo, antes de que terminara por ahí enredada con alguno de los soldados. No desdeñó el gusto que le causó propinarle un nuevo castigo. "Harta falta le hace curtirse en la disciplina de los combatientes; además, no es bueno dejar que los nuestros se relacionen mucho con el enemigo", le dijo al "Manteco" una vez se enteró de que Leonor Banderas la había obligado a cavar una zanja como castigo. "A esa mujer lo que le hace falta es un hombre", le contestó el "Manteco" con ironía, y él le respondió que ese hombre sería él y se aseguró muy bien de que el viejo le asintiera con la cabeza. "Hazla venir mañana a primera hora", le dijo a Leonor Banderas.

Nadia, al recibir el recado, sintió que se le desprendía el corazón. Imaginó que sería descubierta y creyó que le pasaría lo peor. "Adiós para siempre", pensó al mirar a lo lejos el corral de los soldados en donde apenas si se veía algún movimiento a esa hora de la mañana. "Tú sabrás que lo intenté", pensó en voz alta al recordar al soldado y deseó que él la pudiera entender. Se dirigió al encuentro con Hárrison, con mucha lentitud, buscando recuperarse del temblor que en ese momento sentía en las piernas. "Si me pregunta algo lo niego todo —pensó—; si me descubrieron pudo haber sido que él entregó los mensajes o que contó algo; en últimas, que me traicionó, pero no, no creo". No tenía fuerzas para dejar de creer en él, aunque no lo conociera; algo en su interior le decía que ése sería el hombre de su vida. Atravesó el campamento, brincó la zanja que ella misma cavó unos días antes, pasó por un lado de la cocina principal, en donde los encargados de hacer el desayuno comenzaban a montar las ollas y subió por un camino de piedras que conducía a la zona de la comandancia; al cruzarse con los guardias, éstos la requisaron y la dejaron seguir.

Al llegar al cambuche de Hárrison lo encontró sin camisa, afeitándose frente a un espejo; a su lado, montada en una consola, se agitaba el agua jabonosa de una palangana. Nunca antes tuvo la oportunidad de acercarse a ese lugar. Él estaba de espaldas, con el pelo largo amarrado en la nuca y en el espejo podía verle el rostro cubierto de jabón. El refugio tenía un catre de madera con un colchón, un baúl que en ese momento estaba abierto de par en par, un cuadro de un señor viejo, de barba blanca, y en una repisa, al

lado de la cama, la foto de una mujer. Nadia se paró frente a la entrada y simplemente esperó a que el hombre le dijera algo. Él sintió su presencia de inmediato, porque una sombra femenina cruzó por su campo visual, pero la desconoció y siguió entretenido con su afeitada, mientras ella miraba con curiosidad lo que tenía a su alrededor. No sabía qué respuesta se le ocurriría. Al posar sus ojos en la repisa vio el retrato del viejo. "¿Será su padre?" pensó, pero sin saber por qué algo en su interior le decía que no, que no podía ser su padre; luego vio la foto de la mujer. Ésta mostraba a una muchacha blanca, muy joven y bonita y le pareció que sonreía. Al fondo, contra un armatoste, estaba recostada su arma de combate, y la pistola y un cargador de repuesto los tenía sobre la cama. Al otro lado se encontraba un estante con libros y en una mesa llena de papeles también se veían una computadora portátil y un radio transistor.

—Entra —le dijo Hárrison mientras se afeitaba, y volteó la cara para detallarla largamente. Su mirada tenía algo que ella no había notado antes. Nadia dio unos pasos al frente, pero siguió callada. Sentía un descoyunte en las piernas y si hubiera hablado, habría descubierto que el miedo le negaba las palabras.

—Acaso no saludas a tu comandante —le dijo Hárrison.

—Buenos días —dijo ella secamente y la voz le temblaba. Contuvo la respiración por un instante y luego suspiró fuerte para votar el miedo. Alguna vez don Arnoldo le dijo que los suspiros sacaban las penas que uno llevaba por dentro.

A Nadia no le pareció que Hárrison estuviera enojado, más bien parecía contento y se miraba y se miraba la cara para ver si había quedado bien rasurado. Aún conservaba jabón en el cuello y en el bigote. Era alto, fuerte, de espaldas bronceadas y la barba le crecía mucho y se le metía por el cuello hasta el pecho, el cual estaba lleno de vellos negros. El hombre se volvió lentamente y le dijo sin preámbulos:

—A partir de hoy usted se viene a vivir conmigo.

Nadia sintió que un sudor frío le recorría la espalda. Le pasaron mil imágenes por la mente; se soñó otra vez estrujada y golpeada. Sometida por la fuerza, arrinconada. Volvió a sentir el frío de aquel socavón en donde estuvo casi tres días. Recordó al "Manteco" borracho, grasiento, maloliente, besuqueándola por

todos lados. Pero después de un instante sintió un alivio espontáneo, algo que le dio un valor que hacía unos minutos no pensaba que podría tener.

—Yo no voy a vivir con nadie y menos con usted —dijo con valentía, pero aún le temblaban las piernas.

—Usted no es la que decide —le respondió él.

Pero Nadia, quizá por esperar otro tipo de conversación, se sentía cada vez más fuerte. De pronto se dio cuenta de que no le temblaba la voz y empezó a pensar muchas cosas que podría decirle. Hasta vio que le quedaba tiempo para escoger las respuestas.

—Usted tiene mujer, no es ésa pues, la que está ahí —y le señaló la foto que se encontraba en la repisa. Decir aquello se le ocurrió de repente, aunque después pensó que hasta podía ser su madre cuando joven o su hija o tal vez su novia o la foto de alguna artista de cine, de esas que ella oyó decir que aparecían sólo en las películas. Pero lo dicho, dicho está y no hay manera de cambiarlo.

—Sí —dijo Hárrison—, es mi mujer y su retrato se va a quedar ahí, pero ella no es una mujer del monte, es de ciudad.

Nadia recuperó cada vez mayor seguridad, máxime al adivinar que él reconocía tener su propia mujer. Al fin de cuentas el miedo de antes nacía de creer que podía ser descubierta. Siempre los miedos son distintos. Ese otro miedo no la hacía temblar. Ahora se sentía a salvo, protegida. Entonces pensó que manejaría la situación y dijo con un tono de burla:

—Yo tampoco era una mujer del monte y usted sonsacó a mi mamá para que me regalara, como si yo fuera una camisa o un trapo viejo.

Hárrison tomó la toalla que tenía colgada sobre un banco y se la terció en el hombro. Mostró una sonrisa en los labios, se enjuagó las manos, se quitó el jabón de la cara y del bigote, luego se secó con la toalla y buscó en el baúl una camisa limpia. Al terminar de abotonarse se echó loción en la cara. Afuera se

escuchaban los gritos de alguien que pedía más leña. Apenas en ese momento Nadia se dio cuenta de que en el radio sonaba una melodía.

—A usted me la encargó su mamá, así que yo decido qué hacer con su vida. Tómelo a bien, porque yo lo que soy no la voy a dejar caer en manos de cualquiera —le dijo Hárrison.

"¿Cualquiera? —pensó Nadia en su soldado— No es cualquiera, es la persona que me gusta, es la persona de quien estoy enamorada y la que me va a ayudar a salir de aquí. Una vez usted —mirando a Hárrison— se alcance a dar cuenta del asunto, los dos estaremos lejos". Pero luego vio Nadia que él la miraba como adivinándole los pensamientos, entonces tomó en el aire el valor que le faltaba y lo inquirió con dureza:

—Si eso fuera verdad no habría dejado que el "Manteco" me usara.

—Eso fue porque yo no estaba aquí. Si hubiera estado las cosas serían a otro cantar. Además, usted me gusta y apenas en este momento he decidido el asunto.

—Ya le dije que no voy a vivir con nadie —contestó Nadia.

—Traiga sus pertenencias —le ordenó él—. Acomódelas en ese lugar. En la cama cabremos los dos y si necesita algo, pues me lo pide.

Nadia vio que la situación no resultaba fácil. Necesitaba tiempo, así que decidió cambiar su actitud. Se quedó pensativa y él la volvió a mirar como exigiéndole una respuesta. Los ojos de Nadia se encharcaron de la rabia y dos lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Vamos, déjese de remilgos, ¿qué espera?

—Bueno —dijo ella entre dientes—, déjeme pensarlo; además, tengo la regla y eso es duro para las mujeres.

No se le ocurrió pensar algo semejante, pero lo dijo. Le salió de pronto, inesperadamente, como una tabla de salvación. Él la miró de arriba abajo como esperando descubrir la verdad y luego, fastidiado por las últimas palabras, aceptó la propuesta.

—Hasta mañana tiene plazo. Arregle sus cosas porque a partir de mañana va a ser mi compañera. Y que lo sepa todo el mundo.

22

Nadia sale corriendo. En sus ojos hay lágrimas. Lo maldice entre dientes. Jura que nadie más la va a usar mientras esté viva. No puede contener la desazón que la embarga. Corre como por instinto y ni siquiera sabe si sus piernas la van a llevar a algún sitio. Los hombres que a esa hora desayunan la ven cruzar rauda. También vuelan raudos dos toches de vistoso plumaje color naranja; parecen acompañarla. Alguien cree que son tres los que vuelan. Irma y Francisca nunca la vieron correr de esa manera y observan cómo se dirige a su refugio. Allí se tira en su hamaca y con los ojos cubiertos de lágrimas mira sus escasas pertenencias: un morral, una manta, un toldillo, un plástico con el que puede guarecerse de la lluvia y algunas cosas personales como una muda de ropa, un espejo, un cepillo y una toalla; son su protección, lo único que tiene en la vida. Los toches picotean sus plumas en el ramaje de un sauce que recuesta sus hojas contra un carbonero. Nadia no tiene familia y no es cierto que su familia esté allí con esos hombres y mujeres, dedicados a la guerra. Sus pertenencias llevan su olor, guardan sus recuerdos. Todas ellas cabrían en el morral, por eso al tratar de huir sólo tomaría lo que de veras le pertenecía. Algunos piensan que la han castigado de nuevo y que muy pronto la verán con una pica buscando cavar otra zanja o hacer una trinchera más o un foso profundo en donde habrá de ser encerrada de nuevo; otros, que han oído comentarios y que son más enterados, murmuran que Hárrison quiere llevársela a vivir con él, y Patricio, quien desde hace días viene pendiente de lo que pasa y que también la vio pasar en loca carrera le comenta a Édison que algo le ha ocurrido a la muchacha y que es bueno lograr algún contacto con ella.

Édison busca con desespero que alguien le preste un lápiz o un bolígrafo o cualquier cosa que escriba. Pero eso es reliquia en el monte. ¿Cuál lápiz? ¿Cuál bolígrafo?; no se consigue ni una hoja de papel. "Aunque

sea con un pedazo de carbón y la esquina de un papel periódico, de esos viejos que a veces lleva alguno de los que viene de la ciudad y que muchos leen y luego conservan para ayudar a encender el fuego". Recorre el perímetro de su corral con parsimonia, preguntando; sólo unos minutos le bastan. Ha conseguido el borde de una hoja de papel periódico; lo obtuvo en la fogata en donde el Cabo Peña ha decidido permanecer, cuestión que al jefe de los soldados convirtió en experto. Él nunca pensó ser cocinero. "Así me entretengo muchachos —les dice— es mejor que estar por ahí pensando y pensando, eso lo enloquece a uno". Édison necesita escribir un mensaje y cualquier pedazo de papel basta. Sólo le puede contar sus cuitas a Patricio. Ha sido Patricio quien le lleva y le trae razones. A él le dice que lo tiene decidido: se irá con ella. Y a partir de ese momento a cualquier hora, de día o de noche, y no importa que lo maten; al fin de cuentas ahí se van a morir por creer en promesas. "Esto va para largo", le dice.

—El que no arriesga un huevo no tiene gallina —continúa diciéndole a su amigo.

—Yo lo acompaño —le contesta Patricio. Lo había pensado, lo pensó toda la noche, lo soñó, se durmió ensayando rutas y caminos, preparándose para comer bayas y raíces, para dormir a la intemperie, para esconderse como un gurre si lo persiguen.

—Es ahora o nunca, que nos maten jueputa, pero nos vamos.

Édison necesita escribirle a Nadia, decirle que sí. Entonces Patricio busca entre sus compañeros y descubre un bolígrafo que dejó un señor de los Derechos Humanos. A Éder se lo prestaron para escribirle una carta a su mamá y se quedó con él. "Éste le sirve, compa —le dijo al entregárselo a Édison— pero me lo devuelve". "Claro, será cosa de un minuto". La respuesta que le hará llegar a Nadia será concisa, además no cabrían respuestas largas: "sí —dice la nota—, me voy con usted". Entonces mete el mensaje en el pote de vaselina y se lo entrega a Patricio quien se lo guarda en el bolsillo. "Yo lo llevo hermano para que usted no arriesgue". De algún modo se lo hará llegar. Ahora tienen que buscar la manera de salir del corral, buscar algún ardid. "Yo la veo allá, cerca de su hamaca; ella mira mucho. Yo creo que estamos sintonizados", le dice Édison a Patricio y ambos estudian el modo de acercarse. En eso, inconsciente, les colabora el Cabo Peña. "¿Que necesita mi Cabo?", le preguntan casi al unísono. "Vayan por agua dice y también por leña, que la que hay no nos aguanta". "Si los guardias nos dejan salir a los dos, cada uno a su asunto, yo me encargo de buscar leña para poder acercarme a las hamacas y ver a la muchacha y usted se va a coger el agua. Si es a

uno solo, pues yo voy primero por el agua y luego por la leña. Ella sabrá qué hacer si nos ve", le dice Patricio a Édison.

Los dos soldados se hacen visibles y están ambos en el borde del corral. Allí observan dos toches que pasan con destino a la quebrada. Son los mismos que volaron con Nadia. Ambos les siguen el vuelo pero callan. Ojalá yo tuviera alas, piensa uno. Así nos volaremos, como dos pájaros enamorados, piensa el otro. Llaman a los guardias. Les piden permiso. El uno quiere ir al río a recoger agua limpia, el otro dice que debe buscar leña. "El Cabo nos acaba de mandar —les dicen— si quieren le preguntan". Los hombres que los cuidan son muy jóvenes, apenas adolescentes, pero están curtidos, la mirada dura, las facciones son de guerra. "No hay desayuno y el hambre es mucha, ustedes saben lo que son unos tragos de café a esta hora", les dicen y ellos vacilan un poco. "Esos permisos se consultan con los que dirigen la guardia". Los muchachos son formales, les hacen el favor de averiguar, sí, es posible, pero todo depende; ellos tienen quién los mande. Pasa una bandada de loros; es el día de los pájaros, quizá sea buen augurio; vuelan al sur. Ellos irán al Oriente. A los pocos minutos llegan con la noticia. El que los manda accede, anda de buen genio, acaba de tomar café caliente y el día está esplendoroso, pero advierte que los deben acompañar tres hombres y así ocurre. Salen de su reclusión acompañados por tres guerrilleros, pero como ellos son los que van a escoger en donde tomarán el agua o la leña, buscarán acercarse lo más posible a la zona de las hamacas. Patricio y Édison saben que ella los mira de lejos. Están seguros de que no desperdiciará la oportunidad que le están brindando. Que se brindan mutuamente.

Édison se va hacia la quebrada, lleva una olla vacía en sus manos. Mira a lo lejos, ve el sol despuntar en el Oriente y unas garzas blancas que se acomodan en la ribera de la quebrada. ¿Qué día será hoy?, se pregunta; pero no sabe cuál día será de la semana; menos las fechas. Los calendarios se pierden, desaparecen. Aquí el tiempo pasa igual, sin diferencias. Es lo mismo un martes que un domingo. Y aquí no hay misas que les recuerden los domingos. A veces viene algún cura amigo de los guerrilleros, pero eso es ocasional; casi nunca ocurre. Ellos ofician la misa e invitan a los guerrilleros, pero no van todos, algunos son marxistas o ateos y no creen en la religión; pero otros sí y los jefes los dejan; y ese día hay misas y comuniones y confesionarios dispuestos. "Nosotros peleamos es con el gobierno, no con la religión" dice el Comandante Hárrison.

Patricio toma el camino del monte, detrás de él está el sitio en donde duermen las mujeres; todas, menos Leonor Banderas. Allí sólo está Nadia, las demás han ido a desayunar. Si se acerca a su hamaca le tirará el frasco de vaselina. Patricio sabe que ella lo ha visto y observa como sale a encontrarlo. Nadia toma una toalla que se echa al hombro y se dirige al río. Va como a lavarse. Él la mira de reojo. Si se apresura la podrá interceptar. Toma unas ramas secas que se encuentra en el camino y sigue derecho; detrás de él van dos guerrilleros, los que apresuran el paso. La ve venir y le guiña un ojo, saca el pote y se lo muestra, ella lo ve y se lo recibe al pasar. Fue un contacto suave, apenas si se tocaron con las puntas de los dedos y con los hombros. No se cruzan entre los dos ni una sola palabra y siguen derecho cada uno a su lugar. Él hacia el monte seguido por los dos guardias, ella hacia la quebrada.

Nadia, al llegar a la ribera, descarga su toalla a un costado. Abre el frasco, saca el papel. Lo voltea para uno y otro lado. Lo lee con cierta dificultad. Sonríe y luego arroja el papel a la corriente del agua. Abajo, Édison la observa, ha llenado la olla y sube con su carga aguas arriba. Espera que el guerrillero que lo acompaña no haya visto que el papel escrito hace unos minutos viaja ahí cerca, con la corriente. Piensa en tomarlo del agua pero desecha la idea porque sería hacerle creer a quien lo vigila que Nadia le ha enviado un mensaje. "Sí, me voy con usted", viaja sobre las aguas, se mete en los raudos, cruza por los peñascos, aparece y desaparece; pudo haberlo escrito ella. Édison le conversa al guardia para distraerlo. "Me entró tierra en el agua dice, voy a tener que buscar un sitio más profundo". El guardia que lo vigila lleva el fusil al hombro y lo sigue despreocupado. Deja que Édison busque un charco más hondo. El papel se va, ha pasado por el lado de ellos. Allá viene Nadia, van a encontrarse. Ella se lava la cara; al verlo cerca se seca con la toalla, lo mira y le muestra el reloj que lleva puesto, se levanta y mientras él cruza por su lado le dice: "tiene que ser hoy o nunca, ocho por cinco es la clave". Él la mira a los ojos y se los ve radiantes, pero sabe que han llorado. Los ve rojos y dulces. Hay también angustia. Se ven en ellos tantas cosas. Cómo le gustan sus ojos. Oscuros, casi negros, pero reflejan el cielo, se ven en ellos los árboles. "Adiós", le dice Édison por disimular cuando el guardia pasa al lado de ella. Luego se vuelve para mirarla antes de tomar el camino hacia el campamento y la ve echarse agua en la cara y en el cuello. ¿Qué le dijo?, piensa. Al verla parece que se le hubiera olvidado todo. Tenía que ser hoy. Y cómo iban a hacerlo sin preparar nada. Y en qué consistía eso de su reloj y ocho por cinco. ¿Cuál clave? Francamente no entendía nada. A las mujeres no las entiende nadie, pensó. No era una frase de él, se la escuchó a su padre o algo así, pero ahora sospechaba que era verdad.

Édison llegó primero al campamento, le agradeció al guardia y cargó la olla con agua hasta el sitio en donde estaba la hoguera. Con cada paso el agua se desparramaba a los lados y le mojaba el pantalón; traía la vasija demasiado llena.

—Si no la derrama antes, póngala ahí —dijo el Cabo al señalarle un lugar cercano—. Necesito la leña primero, porque apenas si hay brasas en la hoguera.

Édison la colocó con cuidado en el sitio que el Cabo le señaló y se sentó a su lado. Miró a lo lejos y vio que Nadia se dirigía a desayunar; la mayoría de los guerrilleros estaba de regreso. Ocho, pensó, pueden ser las ocho de la noche o de la mañana; pero no, porque ella dijo que tenía que ser hoy, luego serían las ocho de la noche y por cinco si no lo entendía. ¿Sería que se debían volar cinco? Pero si sólo se iban él y Patricio; ¿cómo iban a invitar más gente? Eso sería exponerse a que los descubrieran. Si se volaban muchos era más fácil que se dieran cuenta. Además, ella ni siquiera sabía que Patricio se iba a volar con ellos. Sería bueno preguntarle al Cabo. El Cabo era buena gente y tenía más experiencia, pero mejor no, pues sería poner en riesgo todo el asunto; mejor lo consultaría con Patricio. Con nadie más.

Casi como por instinto miró a lo lejos y vio que Patricio venía con su paquete de leña al hombro. Al descargarla en el sitio acostumbrado el Cabo le dijo:

—Con ese poquito no alcanza para nada.

—Por lo menos para el desayuno —respondió Patricio—. Para el almuerzo, si es que hay almuerzo, habrá que volver a salir y así también se entretiene uno—. Pensaba en tener otra oportunidad, por si acaso.

Nadia recibe la guardia a las seis de la tarde. Apenas si intercambia un saludo con Rubén, a quien le desea buenas noches. Su rostro se ve pálido y trata de disimular un temblor que le recorre las piernas y le quiebra las palabras. El muchacho la mira pero no le contesta nada. A lo sumo, habrán cruzado algún saludo

durante el año que llevan de conocidos. Un ¿qué hubo? y no más. El muchacho es duro, como resentido. De él sólo sabe que una vez llegó con una columna que llevaba perdida casi tres meses en las montañas del alto Sinú. Es muy joven, pero una arruga profunda le surca la frente, pareciera que hubiera nacido con ella. Se alza el fusil al hombro y se aleja cañada arriba hacia el campamento, distante unos quinientos metros. Nadia ve que está enfundado en unos pantalones más grandes que él, entonces recuerda las primeras ropas que tuvo y se estremece; su voz tiembla y le castañetean los dientes mientras un viento frío se le clava en la boca del estómago. Esta vez sólo la acompaña su fusil y en los bolsillos ha acomodado algunas de sus pertenencias. Casi nada: un espejo, un cepillo, unos trapos limpios, unos calzones y un par de medias. Su morral ha quedado en el campamento con la manta, el plástico y el toldillo e incluso con las raciones que acostumbran guardar. Hubiera debido llevarlas pero no podía; de inmediato se percatarían de sus intenciones. Eso, más lo que le oyó decir Francisca, más las sospechas de Rubén al verla temblorosa, todo se conjuraba contra ella. "Es ahora o nunca", se ha repetido constante en un estribillo que la ha acompañado durante el día. Ha sido tan constante que en el almuerzo pronunció esas mismas palabras, entre los dientes, creyendo que nadie la oía. Se asustó cuando Francisca le preguntó: "¿es ahora o nunca qué?". "Nada", le contestó Nadia, pero se llenó de miedo y vio cómo ella la miraba con frecuencia como tratando de adivinar. No volvió a hablar para que no se notaran más sus pensamientos; temía que se le salieran por los ojos y la boca y los poros de la piel.

Caminaría día y noche si fuera necesario. Ahora se prometía no desfallecer, no aceptar el cansancio, no dormir, no comer; sólo correr hasta encontrar la libertad. Atrás quedarían el "Manteco", Hárrison y Leonor Banderas. Su odio hacia ellos no tiene cura. A los demás los recordará con cariño: a los muertos que le dieron pena y la hicieron llorar, y a los vivos que siguen ahí, creyendo que luchan por algo mejor. No volverá a ver a Irma ni a Francisca; de pronto la odiarán de nuevo, porque no fue capaz de ser como ellas o aprenderán a despreciarla; pero ella ya no las odia, porque fueron solidarias cuando estaba ahí casi muerta, abandonada a la indiferencia de la guerra; sin dignidad. En el fondo sabe que tampoco le harán falta. Sólo quiere ver a Néfer y abrazarlo y volver a escucharle sus preguntas de niño bueno y casarse con el soldado y tener hijos que jamás golpeará ni se los entregará a la guerrilla. No habrá más combates, ni sangre, ni muertos, ni comidas crudas o chamuscadas, ni castigos en huecos húmedos que huelan a berrinche; no más humo en los pulmones, ni frío en las madrugadas, ni trapos viejos para evitar que se le note la regla y los demás tengan que saber de las cosas que son de la intimidad de las mujeres. "Se acabó. Es ahora o nunca".

Día cinco a las ocho. Esperaría hasta las ocho y si no ¿qué hacía?, ¿se tendría que ir sola? Él le envió la nota, la salió a buscar, la miró con ojos tiernos y ella se los vio brillar; ahí supo que los ojos muestran la felicidad. "Sin traiciones" le dijo. ¿Sería que la traicionaría? No, él se expuso a que lo castigaran, él sabía los riesgos, ella no lo creía capaz de traicionarla. ¿Y si no es así? Si la traicionaba de todas maneras se iría, sola, como la primera vez; sabe que si la pescan de nuevo la van a matar, pero correrá el riesgo. En esta oportunidad no habrá descanso, ni la acosará el deseo de acostarse a dormir, ni cometerá el error de seguir hasta los caseríos más cercanos que seguro también son de la guerrilla; esta vez atravesará la montaña por el medio de la selva porque sabe que ellos siempre buscan los caminos que se conocen de memoria. En esta oportunidad se esconderá días enteros, hasta que los perseguidores pasen y se devuelvan y se cansen de buscarla. Se esconderá como se le escondía a la mamá durante horas para que no la castigara más. ¿Y si Francisca contaba lo que ella le dijo sin querer y la tenían vigilada? ¿Por qué razón Rubén ni siquiera le respondió? "Él si es repelente pero antes no lo fue tanto; eso lo que pasa es que se dieron cuenta". Los pensamientos se le vienen como una avalancha y la atropellan, la derrumban, le acaban el valor, le hacen doblar las piernas. Por eso se deja caer al piso, siente de nuevo la tierra, se acomoda entre las piedras; todavía no ha oscurecido del todo y sin embargo mira la cañada para escudriñar las figuras que puedan aparecer en la distancia. Sólo ve árboles y ramas que se mecen con el viento y pájaros que se acomodan y estrellas que empiezan a hacer su aparición y sonidos distantes de hombres que gritan, y silencio, y sombras que van toldando las figuras del mundo como un manto que cayera desde el cielo.

"¿Cómo podía una mujer huir con su enemigo? ¿Cómo podía amar a un extraño? Ella sentía que lo amaba, pero no lo conocía, ni sabía qué sentimientos tenía, ni siquiera sabía si era casado o si tenía hijos; pero atesoraba un presentimiento y no veía la hora de ver su rostro sonriente, su figura fuerte, su pecho anhelante, la mano de él asida a la suya, con fortaleza, con decisión, y soñaba que juntos podrían darse ánimos para no desfallecer. "Si yo estoy cansada él me dará fuerza y si él esté agotado lo jalaré para que no se detenga. No pararemos ni un instante ni un minuto; sólo descansaremos al llegar al otro lado de la montaña". ¿Cómo se llama el muchacho? Le preguntó al mulato ése que parecía tan amigo de él, tan formal, que siempre le miraba con una sonrisa y que le entregó el mensaje. Fue otro día cualquiera, cuando ella se dio cuenta que le gustaba. "Se llama Édison", le contestó. Édison, sí, creía recordar que era Édison. "Édison, Édison, tan bonito, con su rostro fresco y esa sonrisa en los labios y unos ojos que le brillan cuando la ven a una, y el pelo así motilado, y las cejas gruesas como a mí me gusta".

Debían ser las siete porque las sombras cayeron por completo y no se distinguían las ramas de los árboles ni se veían las piedras de la quebrada; sólo se escuchaban los sonidos de los grillos y de las ranas y la corriente de la quebrada. Al fondo, fulguraban las fogatas con una luz tenue. Titilaban. Apenas si se podían ver las siluetas de la montaña y entre esa pequeña claridad el humo subía hacia el firmamento. Brillaban todas las estrellas posibles, desparramadas sobre la curva del horizonte. No fue capaz de levantarse; si alguno de los comandantes la veía así la castigarían de nuevo y se perdería la oportunidad. La ronda de los guardias sería a las nueve, a esa hora se cambiaban las posiciones, a esa hora sería inevitable que supieran su huida. A veces alguno de los comandantes daba vueltas por el lugar, por alguna necesidad o para ver cómo marchaba la guardia; por lo menos eso hacía Hárrison o mandaba al "Caratejo" que era como si fuera él, porque parecía su sombra. Entonces Nadia temblando, temerosa, se levantó y se alzó el fusil al hombro; inconscientemente sacudió la tierra de sus nalgas; se sentía paralizada, como impotente. Lo mejor era tranquilizarse, pensó. Viéndolo bien, todavía faltaba mucho tiempo para que fueran las ocho.

No habían pasado diez minutos cuando un pequeño ruido la sobresaltó. Escudriñó las distancias y le pareció ver algo que se movía. Si era el otro guardia tendría que matarlo; pero no podía hacerlo sin ruido; sólo tenía el fusil; ni un cuchillo siquiera, ni una navaja, ni nada más. Palpó por reflejo su cinturón, la linterna que colgaba a un costado, las granadas del fusil, el rollo de las medias y el calzón en su bolsillo, el espejo y el cepillo acomodados en la camisa. Tanteó el piso hasta encontrar una piedra que vio cerca y se armó con ella. Aguzó la vista, pero quedó de nuevo paralizada; efectivamente se veían dos figuras bajar por la cañada. ¿Dos, pero por qué dos? Pensó lo peor; la habían descubierto. Entonces se acurrucó cerca de un matorral y aguardó hasta tenerlos cerca para esperar que alguien dijera la clave que acostumbraban en el cambio de las guardias. "Ocho por cinco" dijo Édison y a ella le tembló todo el cuerpo. No sabía que decir, no le salían las palabras, creía que iba a desmayarse. Por un instante no supo del mundo. Entonces sintió que unos brazos fuertes la rodeaban, alguien le quitaba el fusil y luego unas manos la arrastraban y ella sabía sólo que sus piernas se movían y que chapoteaban en el agua y que se metían en los pantanos y que las ramas de los matorrales le daban en el rostro y que la hacían correr y que ella se resbalaba, pero que no la dejaban ahí tirada sino que la levantaban y la rodeaban y la halaban como si fuera una muñeca de trapo.

Pasó un tiempo que jamás recordaría cuánto fue. Poco a poco el corazón se acostumbró al ritmo de los pasos; poco a poco el aire entró más fuerte en sus pulmones que se refrescaban con el frío de la noche; poco a poco la mente se llenó con las imágenes que la rodeaban. Recibió la frescura del agua subiéndole por

las piernas y con su mano libre se mojó la cara. Supo que renacía; bebió un sorbo pues tenía la lengua pegajosa. Al cruzar los pozos, el agua de los remansos le llegó a la cintura y sintió que se purificaba. Todo lo malo se estaba quedando atrás. Adelante de ella, dos figuras decididas apresuraban el paso. Reconoció entonces al mulato, más adelante de ellos, con su fusil; lo llevaba en la mano derecha y veía cómo sus piernas fuertes se hundían en el agua, cómo esquivaba las rocas, cómo saltaba los baches, los que adivinaba cual si fuera un murciélago. Y cerca de ella, con su mano derecha libre y la izquierda asiéndola con fortaleza, estaba Édison. La agarraba tan fuerte que la lastimaba; pero no tenía dolor, sentía protección y si la hubiera aflojado creería que la iba a abandonar. Apenas si le veía el cuerpo más grande que el de ella, la espalda sólida, la habilidad para sostenerla si trastabillaba, el perfil del rostro con cierta reciedumbre y la cabeza rapada. Al fondo, bajo el firmamento de los sueños que comenzaban a atesorar, empezaba a surgir un mar de estrellas y aparecía el ruido de la corriente contra las rocas y se elevaban las sombras de los árboles y se desvanecían los sonidos de un buho que los vio pasar y permaneció impasible, con su canto triste.

24

—Si los ven fusilenlos sin preguntar más nada—. Fue la primera orden de Hárrison. Eran las nueve de la noche cuando Carmelo se dirigió a la cañada. "Hola pájaro azul", dijo y no hubo respuesta alguna. Buscó alrededor con su linterna y luego bajó hasta las aguas de la quebrada. Nadie se encontraba en el lugar, ni siquiera algunos guerrilleros que aturdidos por el sofoco acostumbraban a echarse agua en el rostro a cualquier hora de la noche. Sin perder tiempo se apresuró hacia el campamento y preguntó por la muchacha. "Está de guardia", dijo Irma quien, en su hamaca, no podía dormir por del calor. "Allá abajo no se encuentra", contestó Carmelo. "Ahí en esa hamaca de al lado deben estar sus cosas, búsquelas", dijo Irma y el hombre alumbró las pertenencias de Nadia. Entonces Carmelo se rascó la cabeza y pronunció algo que Irma no supo que fue, mientras salía a toda prisa a contarle al jefe de guardia.

La muchacha se había ido. Entonces hubo gran confusión y se dieron órdenes de que todo el mundo se reuniera en la parte central del campamento. Así lo hicieron. Poco a poco se acercaron unos y otros preguntando qué pasaba. Incluso algunos iban con el morral encima y el fusil al hombro, como atendiendo el llamado de un posible ataque. El rumor cundió como por encanto. "¿Cuándo? ¿A qué horas? ¿Sola? ¿Con

quien?". Allí se le preguntó a los hombres sobre lo que vieron u oyeron. Pero la mayoría no sabía lo ocurrido. "Yo la vi cuando iba a coger guardia", dijo alguno. "Incluso bajó mucho antes de las seis", anotó otro. "Cuando yo me fui a acostar, no estaba", dijo Francisca, y miró a Irma con un interrogante, pero Irma apenas levantó los hombros y frunció la cara. "Yo sabía que esa muchacha no era para la guerra", dijo otro. "Esa se había volado antes", recordó uno que estaba todavía amarrándose el cinturón. "A mi me recibió a la hora establecida; la cuestión fue común y corriente", comentó Rubén y agregó: "yo como a esa mujer ni le paro bolas, yo ni sé que es lo que le ven a ella que les gusta tanto". Hubo un silencio. "Que es la mujer del Comandante Hárrison", dijo alguno, y otros que estaban más lejos se rieron. "Pues yo ni siquiera sabía", respondió Rubén. "Que está bien buena si está", comentó Carmelo para corroborar el chiste.

—Cállate —le interrumpió Francisca—, ¿no ves que el tipo la escogió para él?—. Francisca pudo haber contado lo que le oyó decir en el almuerzo. "Es ahora o nunca", eso fue lo que dijo, pero prefirió callar.

—No falta nadie más, Comandante —le dijo Carmelo al "Caratejo", y éste los miró uno a uno como para reconocer a cada quién, mientras se ponían en fila.

—¿Y entre los soldados? —fue la pregunta de Hárrison. Porque hasta ese momento nadie pensó en los soldados. Algo en su interior le decía que ella se podía haber volado con alguno de los soldados.

Entonces el "Caratejo" y Macario se dirigieron al lugar en donde dormían los soldados y los alumbraron con las linternas. Enumeraron a los que allí seguían acostados. En efecto faltaban tres. Los sacaron a empellones. Luego levantaron a otro que se quedó dormido en la hamaca y los empujaron a todos contra la cerca. Les pusieron luces en el rostro y les revisaron las pertenencias tirándolas al piso y desperdigándolas por el suelo.

—Busquen cualquier indicio —gritó Macario. Y el ojo izquierdo parecía que se le fuera a salir de su cuenca.

—¿Qué hay de ellos? —le preguntaron al Cabo Peña, quien respondía por sus soldados.

—Pues ni nos dimos cuenta que faltaban. Creíamos que habían ido a la letrina —se apresuró a contestar Éder.

—¿Sí? ¿Juntos? —le preguntó el “Caratejo” clavándole la mirada.

—¿Y por qué no? ¿Y es que las ganas también le avisan a uno que los demás no las tienen?

—No te estábamos preguntando a vos —le recriminó el “Caratejo” quien desde hacía tiempo le tenía bronca por respondón. Y Éder lo miraba fijo, pero no le sostenía la mirada sino que le recorría las manchas de la cara y de las manos como para que al hombre no se le olvidara que eran esas manchas las que le causaban inquietud.

—Amárrenlos —dio la orden y un grupo de ellos cogió unas cabuyas y les fueron atadas las muñecas con fuerza en la espalda. Luego los amarraron a los estacones de la cerca, separados unos de otros.

—¿Quiénes de estos hijueputas son los que faltan?

El Cabo miró a sus hombres y ellos fruncieron el ceño sin decir nada.

—Nosotros no tenemos nada que ver —dijo Éder. Bajo la luz de la linterna se podía observar que un párpado le temblaba.

—Que te calles hijueputa—. Y recibió un manotazo en la boca. Un ardor comenzó a subirle desde los labios y luego sintió que algo cálido, como si fuera sangre, le bajaba por el mentón. Pero eso no le preocupaba, tenía miedo de que le pegara el carate, por eso trataba de limpiarse la boca con el hombro, para que no le entrara la infección.

—Me reventó este malparido —dijo entre dientes—. Chilapo de mierda.

—Alúbremelos —dijo el Cabo—. Para ver cuáles son los que faltan.

Entonces uno de los guerrilleros alumbió cada uno de los rostros y el Cabo pronunció en voz baja los nombres de los soldados.

— No está Édison —dijo.

— Ni Patricio, mi Cabo —dijo "Avechucho".

— Entonces faltan dos: Patricio y Édison —. Hizo el balance final el Cabo Peña.

— Ése era el güevón que le hacía caritas a la muchacha. Pero le va a saber a cacho —. El "Caratejo" dejó a dos guardias con los prisioneros y se fue a darle personalmente el parte a Hárrison.

— Nos debimos haber volado todos de esta mierda —dijo Éder duro para que lo oyera el hombre cuando se alejaba; pero él andaba hundido en otros pensamientos.

Al llegar el "Caratejo" al cambuche ya estaban reunidos Hárrison, el "Manteco" y Leonor Banderas.

—Yo le dije que en esa cagona no se podía confiar —dijo Leonor Banderas.

—Se demoró mucho para volverla su mujer —fue lo que le murmuró el "Manteco", mirando a Leonor Banderas que se retorció de los celos.

—¿Cuánto tiempo llevan de haberse ido? —le preguntó Hárrison al "Caratejo", quien esperaba callado que su jefe le preguntara.

—Tiene que ser una hora o máximo dos, porque de día nadie notó nada.

—Partida de inútiles —dijo el "Manteco".

—Los tipos se volaron al oscurecer. Rompieron la parte de atrás del cambuche y salieron por la cañada hacia la quebrada.

—Alguno de esos malparidos tiene que saber la hora en que se fueron. Hágalos hablar —dijo Leonor Banderas.

—No pierdan más tiempo, arme usted un grupo bueno, eso sí con los que estaban de guardia. Los vergajos tienen que responder por su incompetencia —dijo Hárrison— y vayan también ustedes dos — señalando a Leonor Banderas y al "Caratejo".

— Yo con gusto voy y de una vez le meto una bala en la cabeza a esa traidora—. Leonor Banderas miraba a Hárrison y parecía cobrarle las deudas que entre ellos tenían.

— No —replicó Hárrison—, a ella me la traes viva. Si alguien le va a meter una bala en la cabeza, ése soy yo.

Se sentía herido en su amor propio, en sus sentimientos. Su rostro mezclaba el odio y los celos. "Maldita, me engañó", se repetía. "Dizque la regla, pues claro, necesitaba tiempo para tramar la huida". Su rostro estaba desencajado, descompuesto, hasta el punto de que el "Manteco" sintió un poco de pena por él y le palmoteó el hombro. "No demorarán mucho en traértela y no hay que matarla, hay que domarla", dijo y se retiró a su cambuche, abrazado de Magnolia, la muchacha que desde hacía algún tiempo lo acompañaba.

— Bueno, arranquen, no pierdan más tiempo. Esos no conocen nada; deben estar enredados por ahí en cualquier matorral —dijo Hárrison con una ira que no podía ocultar.

La luna comenzó a salir cuando el grupo dejó el campamento. Estaba fresca y redonda y les alumbraba el camino. A su lado, miles de estrellas alfombraban el cielo y tres planetas en línea hacían su recorrido silencioso en la inmensidad. Al frente del grupo marcaba el paso Leonor Banderas, quien no quería perderse el privilegio de encontrarlos primero. Sus pensamientos giraban alrededor de la muchacha; la tenía entre ceja y ceja. Sí, se la traería a Hárrison, pero primero le llenaría el cuerpo de golpes; no le quedaría un lugar sano; si no le permitían matarla por lo menos la golpearía hasta que el cansancio no le dejara levantar los brazos.

Puerto Escondido era en ese momento un pueblo fantasma. Después de los enfrentamientos en los que perdieron la vida más de ciento cincuenta militares, los guerrilleros comandados por Hárison, con los soldados que fueron secuestrados, se internaron en las montañas que dan origen al río Jiguamiandó; un río fresco de aguas limpias que desemboca después de un tortuoso recorrido en el caudaloso río Atrato. Allí, en la mitad de un bosque de robles, tolúas y cedros, que poblaban las montañas circundantes, y en medio de un trinar exorbitante de pájaros, se encontraba un caserío con chozas de paja y con hombres rudos que cultivaban maíz, yuca y cacao, o que se asociaban con los aserradores quienes subían por el río Atrato buscando entre las selvas buenas maderas, para deslizarlas por las aguas hasta los embarcaderos de Riosucio o de Turbo. Pero el puerto se quedó solo una vez en sus alrededores hubo aquella inusitada carnicería. Ellos ni siquiera se enteraron del asalto a Curadó por los muchachos de Hárison, ni supieron de los prisioneros que iban río arriba hacia las cabeceras; cuando menos lo pensaron oyeron las detonaciones del combate que libraban doscientos hombres del ejército contra unos seiscientos guerrilleros que contenían la huida de los que tomaron el camino de la montaña. Lo cierto fue que los envolvieron, los derrotaron, los humillaron y luego mataron uno a uno los sobrevivientes que encontraron.

Unos días más tarde comenzaron a oírse los revoloteos de los helicópteros, los estallidos de las bombas y la llegada de las tropas que descargaron sus efectivos en los propios alrededores del poblado. Desde allí dirigieron la salida de los heridos que regresaban por ayuda después de haberse escondido entre la selva y la recolección de los cadáveres que andaban desperdigados sobre un vasto territorio. Al encontrarlos, los gallinazos habían disfrutado su festín. Empacaron lo que quedaba de ellos en bolsas plásticas y los pusieron en el descampado para que los helicópteros los transportaran. El hedor que se quedó estancado en el lugar fue una de las razones para huir, adujeron los desplazados que llegaron a Murindó, a Curadó o a Vigía del Fuerte. Pero también lo fue que el pueblo se volvió invivible, la gente no soportaba los interrogatorios o las amenazas y a los adolescentes se los llevaban detenidos y los acusaban de guerrilleros y al resto los trataban como a colaboradores de los insurgentes.

Cuando la luna salió por entre las montañas y los fugitivos veían que les alumbraba el horizonte del río, Patricio todavía imponía su paso dentro del grupo. Llevaban varias horas al mismo ritmo y en las piernas de

aquel mulato, recio y un poco sombrío, se empezaba a ver la fatiga de mucho tiempo de inactividad. Hacía por lo menos veinte días que no los ponían a cavar fosos o abrir trincheras y llevaban varios meses de estar localizados en un mismo campamento sobre las cabeceras del Jiguamiandó. Desde que llegó el “Manteco”, y con ellos Nadia y las otras mujeres, los hombres entraron en una especie de relajación. Quizás se sentían seguros en ese sitio después de los combates que tuvieron que enfrentar en la serranía o tal vez la presencia de las mujeres les abría el corazón y los hacía tener pensamientos más mundanos. Lo cierto fue que los perseguidos mantenían el paso, luchaban con la corriente que se hacía recia y aunque no desfallecían, no era raro que tropezaran y cayeran entre las aguas. Empero, nadie pensó en el descanso. No había lugar para la tregua. Juntos se sentían fuertes, se ayudaban, se animaban y juntos estaban dispuestos a morir o a lograr la libertad.

El ritmo, sin embargo, se hacía cada vez más lento. La fatiga mellaba sus cuerpos. Estaban que desfallecían cuando sintieron los primeros disparos. Se oían relativamente cercanos y parecían como en ráfagas. Por un instante los tres quedaron paralizados. Tomaron un aire y esperaron en silencio para confirmar las sospechas. ¿Serían disparos o serían truenos? Los escucharon de nuevo, inconfundibles. No les quedaban dudas, eran disparos; el cielo seguía limpio y cada vez más estrellas se acumulaban en el firmamento. Entonces apuraron la marcha. Cogieron nuevos bríos. Cada ráfaga se convertía en un aliciente contra las dificultades.

—Tenemos que tomar hacia el Oriente —dijo Patricio, dirigiéndose a la pareja que continuaba asida de la mano. Ellos se volvieron sobre sí mismos mirando hacia atrás y Patricio, casi instintivamente, volteó su mirada al cielo estrellado—. Allá están los Tres Reyes Magos, el Oriente queda para ese sitio —exclamó emocionado señalando a su derecha. Y no se equivocaba, porque por alguna perdida razón él sentía que eran los Tres Reyes Magos los que le indicaban el Oriente.

—No —dijo Nadia hablando por primera vez—, por aquí no nos podemos meter, por esa selva no hay entrada. Hay que buscar una quebrada grande que cae desde ese lado y por ahí si nos podemos ir; esas aguas nos echan para la montaña. Yo pregunté una vez cuando subíamos de Puerto Escondido.

—¿Y si seguimos derecho qué? —le preguntó Edison a Nadia al reconocer que ella podría tener más experiencia en estos sitios para él desconocidos. Nadia sintió un estremecimiento en las piernas y recordó

cómo ellos tenían muchos amigos en los pueblos y caseríos. En su mente revivió la huida anterior y al viejo aquel que la recibió muy cordial, pero que luego se la entregó a Hárrison. De la traición de ese entonces no le quedaban dudas.

—Por ahí llegaríamos a una vereda en donde ellos tienen amigos y después queda Puerto Escondido —contestó Nadia— y ahí ellos tienen mucha gente que les colabora. Eso no es sino llegar y ahí mismo lo sapean a uno.

—Vamos, no esperemos más —apuntó Édison tomando la delantera y arrastrando consigo a Nadia que se dejaba conducir sin resistencias, y luego dirigiéndose a Patricio le aconsejó:

—Tú mejor quedas atrás, para que si nos alcanzan les respondas con ese fusil.

Apuraron el paso, la fatiga quedó atrás, cogieron fuerzas, se volvieron a sentir vigorosos. "No es nada, no hemos caminado nada, apenas empezamos. Recordemos las jornadas de día entero, doce horas caminando por las montañas" Era Édison el que los animaba. Atrás seguían escuchándose ráfagas esporádicas.

—No parece un combate —apuntó Patricio. Y las palabras le salían por entre el resuello de sus pulmones.

—Eso es que están cañando para ver si les respondemos y así detectarnos; lo mejor es que apuremos y no les demos tregua —le respondió Édison.

Cuatro horas más tarde llegaron a la desembocadura de una quebrada. Habían pasado varios caños, pero Nadia insistía que tenía que ser una quebrada muy grande y decía que había un playón inmenso entre las aguas. Fue entonces cuando vieron la arena extenderse entre los cauces. "Es ésta", aseguró. No le quedaba duda.

—No se metan por la playa —dijo Patricio—, demos la vuelta por el agua para no dejar huellas.

La quebrada se llamaba La Cristalina y por ella se treparon luchando contra la corriente. La luna ahora les daba de frente y eso le dio vigor a Patricio quien no cesaba de repetir que ahora si iban derecho hacia la montaña. Una brisa fresca bajaba desde lo alto. Por fin se dejaron de oír los disparos o desde su posición ya no se escuchaban. "Se cansaron de hacer ruido y de botar munición contra las montañas", pensó Patricio y luego lo dijo duro para que los compañeros lo oyeran.

Lo cierto era que seguían una intuición. Ninguno de ellos conocía la ruta. De noche se guiarían, sin saberlo con exactitud, por la constelación de Orión y de día por el sitio por donde saliera el sol. Y así caminaron hasta que sólo se escuchaban los sonidos de las ranas y el estridular de las chicharras o los golpes de la corriente contra las rocas del cauce.

Cuando Édison le soltó la mano para beber agua con el cuenco de sus palmas, Nadia sintió un fuerte dolor y un calambre que le bajaba hasta la punta de los dedos. Abrió y cerró su mano para desentumecer las coyunturas y luego la metió dentro del agua hasta que el dolor desapareció. Mientras él la tenía no sintió nada, sólo sabía que no la soltaba y eso la protegía; incluso, pensaba con frecuencia, no le importaría morir con él en aquella aventura. Hubo un minuto de silencio mientras los tres calmaban la sed y luego un brillar de ojos que se buscaban.

—Vamos —dijo Nadia, no podemos descansar todavía—. Volvió a su mente el cepo en el que la enterraron y los días de llanto y de dolor, y la vergüenza de mujer que se siente si los hombres saben que a la niña le vino la regla y que está ahí tirada sin ninguna protección.

Édison la miró a los ojos y le sonrió, luego le buscó la mano y se la tomó, pero esta vez lo hizo con suavidad, como acariciándola; entonces el cuerpo de Nadia se acercó mucho al de él y por un instante parecía que fueran a abrazarse.

—Vamos, vamos, no perdamos tiempo —dijo Patricio y tomó de nuevo la delantera. Algo quedó pendiente entre los dos, para más tarde, cuando cesara la persecución y se sintieran seguros, protegidos por la maraña de la selva.

Leonor Banderas se creía con la misión de arrastrar por el pelo a la traidora. Se soñaba jalándola por las mechas, mientras la otra, con las manos amarradas a la espalda, trastabillaba entre las piedras de la quebrada. Cada vez que veía una sombra que se le parecía a los fugitivos o cada vez que sentía un ruido extraño como de personas que huían, la imaginaba acorralada por sus hombres, arrodillada pidiendo perdón y luego a merced de sus golpes, hinchada por los moretones, con la lengua afuera y con heridas en la cara que la desfiguraban completamente. "Ahí te entrego tu perra", le diría a Hárrison para que él mismo le propinara un tiro en la nuca. Los celos de esta hembra con Hárrison nacieron mucho antes de que Nadia llegara al campamento. Eran el resultado de los desaires de otros tiempos, de los flirteos con otras muchachas y de que nunca hubiera querido hacerla su mujer. Y no le pedía que fuera su compañera de todos los días y de todas las horas; tan sólo deseaba ser su amante en la guerra, en los tiempos de combate.

De la esposa de él, de esa dama de ciudad que ella no conocía sino en fotos, no le daban ni pizca de celos, y aunque pareciera raro, apenas si la despreciaba. Podía dejar el retrato al frente mirándolos hacer el amor y esa mirada le infundía deseos de burlarse de su rostro cándido. Sin embargo, con las mujeres del monte si la mataban los celos, porque sentía ofensa de que le pisaran su territorio. Eran celos incubados en el diario transcurrir de la milicia. A Nadia le tenía una especie de fastidio, el que nació desde que Hárrison la trajo al campamento cuando apenas tenía doce años. Siempre se le venía a la memoria esa niña de cara bonita y dulce a quien el hombre le expresaba un cariño especial que la relegaba a ella a un segundo plano; era un sentimiento que Hárrison le aseguraba, por lo menos en un comienzo, ser el de un padre de crianza; pero que ella, maliciosa, nunca le creyó. Sus miradas clandestinas lo delataban. No le gustaba cómo la detallaba; de pronto nadie se habría dado cuenta de la forma en que la miraba; pero ella, en medio de la intuición prodigada por sus celos enfermizos, detectó en él la fiebre incontrolada del deseo.

Leonor Banderas lo amó cuando apenas tendría él treinta años y ya era un experto combatiente, con fama de guerrero y una vez ella, que apenas si habría cumplido los veinte, se convertía para los camaradas en una mujer apetecible. Al fin de cuentas era una mujer joven, con la piel tersa, unas caderas contorneadas, y unos senos pródigos que sabía exhibir cuando dejaba su camisa sin abotonar. Ella lo sabía porque sentía como la seguían con la mirada y porque muchas veces vio que se llevaban la mano a la bragueta para

contener las ansias desbordadas. Si después se dedicó a fornicar con todo el campamento, era primero para hacerle dar celos a quien fuera su amante y después por pura venganza. De igual modo, la noche que entregó a Nadia a la concupiscencia del "Manteco", llenándole a la niña la cabeza con embustes, lo hacía para prodigarle a Hárrison un golpe en su orgullo. Y a fe que lo logró. "Aquí todas las niñas tienen que dormir un día con el jefe —le dijo— porque ahí es cuando él les enseña los grandes secretos de la guerra. Con eso entran a ser las preferidas y entonces, desde ese momento, no les faltará nada. Tendrán buena comida, vestidos y jabón perfumado y hasta toallas higiénicas". Pero como Nadia se hizo la remilgada, la amenazó con ponerla a cavar trincheras o con meterla a un foso de esos profundos, hasta que se muriera. "Además, él no le va a hacer nada malo; eso sólo la pone a gozar" Y entonces la cogió por el brazo arañándole la piel y haciéndola sangrar, y se la llevó a empellones hasta que la arrojó dentro del cambuche del mandamás. "Le voy a contar a Hárrison", gritaba la niña para que la oyeran, pero Leonor Banderas le aseguraba que él sabía y que además estaba muy lejos como para que la cuidara. "No se preocupe, aquí uno sabe que se va pero no sabe nunca si podrá volver", terminó por decirle mientras el "Manteco" la recibía con zalamerías.

Leonor Banderas no dejó de amar a Hárrison; si amarlo era sentir un deseo inmenso de amarrarse a su cuerpo y entregársele una y otra vez hasta desfallecer, y cuando, cansada de esperar a que él se interesara por ella, se empezó a acostar con los otros, lo hacía para imaginar que estaba con él, besando su pecho de corsario, acariciándole los largos cabellos, mirándose en sus ojos grises y sintiendo que la penetraba con su imponente virilidad. Primero fornicó con el "Manteco", porque desde ese entonces existía la tradición, luego empezó a hacerlo con los muchachos más jóvenes buscando que le guardaran el secreto y además para darles alguna oportunidad, pues los veía desesperados después de los asaltos; y por último se ofrecía como premio de guerra a aquellos que resultaban ser los más aguerridos en la lucha. Mientras era una fiel enamorada, acompañaba a Hárrison en los combates, le cubría la retaguardia, lo asediaba de presentes, le ofrecía las mejores viandas, le atendía los resfriados y hasta lo acompañaba a beber si el hombre estaba de penas. Y de ese modo le pagaba el desgraciado; enamorándose de esa niña malcriada que no sabía hacer nada más que pucheros, porque ni siquiera aprendió a cocinar.

Ahora, caminaba a la vanguardia porque quería ser ella la primera en encontrarlos. Se soñaba arrinconándolos como se hace con un gurre en su madriguera; allí le mataría primero a sus dos soldados de mierda, que sobre ellos no hubo órdenes de salvaguardarles la vida, y luego agarraría a golpes a esa niña cismática, para que sintiera lo que es el odio de una mujer dispuesta a la venganza. Claro, en este caso no la

iba a matar, ni más faltaba, órdenes eran órdenes y tenía que cumplirlas, sobre todo teniendo tan cerca al "Caratejo" que de seguro le contaría a Hárison cada detalle, con pelos y señales; pero sí la golpearía hasta el cansancio, hasta que los brazos y las piernas no le respondieran más, cuestión que se llevara un escarmiento y supiera en esta vida, antes de morir, quién era Leonor Banderas. Y ya ahí, medio muerta y desfigurada, se la entregaría a Hárison para que le diera un tiro en la nuca. Ella sabía que él le hubiera perdonado cualquier cosa menos haber huido con el enemigo, causándole tal humillación en sus propias narices. Por supuesto que lo conocía. En esta oportunidad no ocurriría lo que ocurrió al huir la primera vez y ser rescatada por él. No habría juicio ni pantomimas de ésas inventadas por la oligarquía. Ellos tenían sus propias reglas y en este caso no sería sino aplicarlas.

En aquella oportunidad Hárison se le acercó por la espalda y la apretó duro contra su pecho, acariciándole los senos. Leonor Banderas sintió su aliento y sus manos ávidas y su miembro que le crecía entre las nalgas de ella. "Apenas es una niña —le dijo con zalamería— y su madre me encargó que la cuidara". "Qué va —le contestó Leonor Banderas— usted es que está enamorado de esa culicagada". "Cómo se te ocurre si apenas está en agüita". Entonces la empujó hasta su cambuche y de una vez la tiró a la cama. "La protejo en memoria de Dolores, que fue una buena compañera, y que al fin, pues murió en combate por cuidarnos, hasta que logramos salir de ese enredo en que estábamos en San José de los Milagros". Y le desabotonó la camisa y le soltó la correa del pantalón. "Usted con esas caricias la va convenciendo a una" —le decía ella mientras le ofrecía la boca y lo recorría con su lengua. Entonces se desnudaron y él metió la cara entre sus robustos senos y se prodigó en caricias y le sometió la voluntad con los movimientos suaves de sus dedos e hicieron el amor largamente, con destreza, como en los mejores tiempos, haciendo promesas y más promesas que después no cumplió.

Hasta sentía el olor de esa muchacha en cada bocanada de aire que subía por la quebrada, y sus ojos fulguraban como dos linternas acostumbradas a escudriñar entre las sombras. Había figuras de fieras que miraban desde las orillas, prestas a escapar si había peligro; revolotear de pájaros que se acomodaban en las ramas, asustadas por el paso de la cuadrilla; ruido de ranas que chapoteaban en las orillas escapando a las pisadas; cruce de murciélagos que los rozaban y silencios largos entre el estridular de las chicharras. "No boten más balas en la montaña que esos lo que van es adelante, casi siento el aliento de esa traidora", gritaba Leonor Banderas y animaba a los otros para que apuraran el paso. "Busquen huellas en los playones", decía el "Caratejo", pero ella ni siquiera lo oía, hasta que el "Caratejo" la alcanzó y la obligó a

pensar con serenidad cómo era que se hacía una persecución. "Hay que mirar las huellas, no sea que se nos metan por algún camino". Porque él sabía que existían caminos hacia la montaña, caminos que él y Hárrison conocían. "Esa bruta no sabe nada", le dijo la mujer. "Pero pudo haber averiguado con otros, no desestimes al enemigo", le repitió él esa frase que muchas otras veces oyeron juntos en las reuniones. Entonces varios de los muchachos más jóvenes revisaron los playones y encontraron las huellas de botas atropelladas. "Ahora sí, vamos por buen camino", fue la expresión del "Caratejo" y Leonor Banderas hizo alarde de saber lo evidente y dijo que lo único que hacían con parar era perder un tiempo precioso.

27

Nadia nunca antes sintió de esa manera la piel de un hombre. Cuando él aprovechaba para acariciarle los dedos de la mano, ella encontraba que le sonreía y un rubor, invisible en aquella noche, le recorría la cara. Era extraña la sensación que la embargaba, casi se podría decir que el miedo había desaparecido y no quería que la aventura de huir con Édison se terminara. Pensaba entonces al caminar en medio de ese cauce de pedruscos, empapados sus cuerpos desde adentro y desde afuera, en cómo hacer para permanecer juntos, en algún lugar de esas regiones que ahora cruzaban; tal vez trabajando la tierra para vivir, sembrando plátano y cacao como cualquier campesino, haciendo su propio rancho con esterilla de palma en el techo y con paredes de buena madera o aunque fuera de bahareque y cuidando unos animales, de pronto unas vacas y algunas gallinas, "qué sé yo". La luna había cruzado a lo largo del firmamento y comenzaba a ocultarse tras los árboles que iban quedando a sus espaldas; incluso se hacía muy negra la noche porque unos nubarrones oscuros empezaban a cubrir la mayor parte del cielo. Todavía brillaban algunas estrellas, pero los Tres Reyes Magos desaparecieron mucho antes de que la luna lo hiciera. En ese momento entendió Patricio que las estrellas también le daban la vuelta a la bóveda celeste. Se detuvieron en una roca plana puesta como por encanto en medio de la corriente y volvieron a beber agua con el cuenco de las manos. Apenas si se dibujaban las siluetas de los tres contra la espuma que se insinuaba en los raudos. Allí permanecieron unos minutos para tomar un nuevo aire. Édison abrazaba a Nadia desde sus espaldas y sentía que los ojos de ella lo buscaban por entre los cabellos alborotados; su cuerpo se adosaba al de la mujer, las manos le rodeaban la cintura, sus mejillas buscaban las de ella para sentir el calor de su piel, los labios pronunciaban palabras suaves cerca al oído. Mientras tanto, Patricio refrescaba su cara con las aguas

limpias y frescas, y borraba las huellas de sudor, apoyado en el fusil que estaba medio enterrado en la corriente.

—Será mejor descansar un poco —dijo Patricio viendo que el pecho de la mujer subía y bajaba de la agitación. Pero no sabía que dependía más de la emoción de unos sentimientos que apenas nacían, que de la jornada que hasta ese momento llevaban. Fue entonces cuando Édison comenzó a contar la historia del día en que los atacaron y los hicieron prisioneros. También Nadia aprovechó para narrar sobre sus combates, mientras Patricio cabeceaba del cansancio.

—No descansemos más — dijo Nadia con firmeza —. Yo una vez caí en la tentación de dormir un poco y por eso me pescaron. Fue al intentar huir una vez en la serranía. Me pasó lo mismo, me cogió el cansancio y preferí quedarme dormida. Y si uno está cansado no hay nadie que lo despierte. Hárrison, quien me perseguía, me alcanzó y me tendió una trampa. Ese error no lo volveré a cometer.

—Ella tiene razón, es mejor que sigamos —dijo Édison apretándola con fuerza—. Al amanecer buscaremos un claro entre el monte y allí nos esconderemos a descansar un poco. Además, siendo tres, podremos hacer guardias y dormir cada uno una hora.

—Bueno, como ustedes quieran —contestó Patricio—, yo soy capaz de caminar otro día. Ya tengo la sangre caliente.

Édison le pasó a Nadia el dorso de su mano por la cara y le retiró un poco los cabellos húmedos que le cubrían el rostro y ella se volteó y se acercó a él lo más que pudo, y los dos se entregaron en un abrazo. Algo le bajaba a ella por el cuerpo; una sensación indescriptible que nunca antes sintió, y él encontró sus senos duros y la humedad de sus labios contra los suyos. Era un sueño, pero no esas pesadillas en las que veía el espectro de su madre y que ahora sabía que fueron como una despedida. Dolores no quiso irse de este mundo sin que supiera que se había muerto, que no existía; por eso, desde que Macario habló de su muerte las pesadillas desaparecieron. Ahora el sueño se presentaba distinto; era un sueño que recorría su mente mientras se metían en los charcos, trepaban por las rocas y subían a la montaña, un sueño de caricias entre el bosque, un deseo de apretarse a su cuerpo para calentarse con su piel, una caricia de besos entre las aguas de la quebrada, de arrumacos bajo la lluvia, de sonrisas en un amanecer que se fue prendiendo

primero con una tenue claridad que no se sabía de donde venía y luego con el surgir de los árboles y la aparición de una espesa vegetación de bejucos y matorrales, y con el trino de los pájaros que encajonaban ecos por entre la cañada y con el ruido de una cascada que se sentía en la distancia y que mostraba lo empinada que se ponía la cuesta; esa que tendrían que remontar antes de que amaneciera del todo.

Al llegar a la cascada que descendía verticalmente unos veinte o treinta metros, decidieron buscar un lugar apropiado para descansar. Creyeron borrar por completo las huellas que dejaron en la orilla y se internaron en el monte; una vez en la cima podían ver los chorros de agua que se precipitaban al vacío y un fresco vaho de neblina, que subía hacia el cielo, los arropaba como protegiéndolos. Después de caminar un poco se encontraron dos troncos inmensos, quizás centenarios por el enorme tamaño de sus abarcaduras. Allí se acomodó la pareja, mientras Patricio se quedó cerca del acantilado haciendo la primera guardia. "Yo no tengo sueño", dijo al despedirlos y se recostó contra una roca, con buena vista hacia la cañada por donde subieron unos minutos antes. Un sol discreto, mortecino, aparecía y desaparecía entre los copos de los árboles y daba brillo a las hojas que se mecían con la brisa. Todavía hacía frío y la piel se estremecía con las oleadas del viento. Se quitaron las botas y las pusieron inclinadas para eliminar el agua que las anegaba, luego escurrieron las ropas y allí se vieron por primera vez, tímidamente, desnudos. Él le sonreía y ella se cubría los senos con las manos y le decía que volteara los ojos hacia el otro lado. Y así lo hicieron, con unos deseos contenidos, ambos indecisos pero anhelantes. Luego se cubrieron con las ropas y se acomodaron el uno contra el otro. La piel de ambos se confundió en ese abrazo. Édison la besó en los labios; ella le dijo que descansara y le acarició el pelo hasta que él se fue quedando dormido. Entonces ella lo miró, le recorrió cada palmo de su cabeza rala, del rostro casi lampiño con la escasa barba a medio crecer, de las orejas y el cuello desnudos. Vio su hombro fuerte y su brazo izquierdo que la rodeaba sobre el pecho. Entonces colocó su brazo derecho encima del de él y se apretó lo más que pudo cerrando los ojos para no tener más sensaciones que las de esa piel que comenzaba a estremecer la suya.

Pero ella apenas si dormitaba. Sentía que no podía dormir y cualquier movimiento, el de los insectos que merodeaban y el de las gotas de agua que se descargaban de las hojas o el más simple vaivén de las ramas con los brincos de los pájaros la hacían abrir los ojos. Entonces despertaba de nuevo y volvía a ver a su hombre dormido sobre su pecho, escuchando tal vez el latido de su corazón o los suspiros que no podía contener y se le salían de adentro. Y hacía esfuerzos para detectar otros ruidos que la tuvieran alerta sobre la llegada del enemigo, pero sólo alcanzaba a sentir el sonido de la cascada y los murmullos del viento que

buscaba camino por entre los ramajes. Hubiera querido levantarse un poco para ver si Patricio aún se encontraba vigilante, pero no quería despertar a Édison. Qué tal que el otro, que hacía la guardia, se hubiera quedado dormido, y los que los perseguían los encontrarán ahí, derrumbados por el cansancio. La cogió el pánico pero se aferraba a la idea de que no le importaría morir con él, así, abrazados como estaban. Édison respiraba pausada y rítmicamente, ajeno a cualquier temor; confiado en su compañero. Y así pasaba el tiempo, encalambradas las puntas de los dedos de las manos y de los pies, tiritando las carnes de ambos, pero aferrados el uno al otro en esa esperanza de vivir para algún día ser felices. Empezaba a percibir lo que era el calor del cuerpo de un hombre que primero la entibiaba y luego la quemaba. Cuando Nadia creyó que había pasado mucho tiempo, retiró con cuidado la mano que la abrazaba y se sentó al lado de su compañero. Al hacerlo tomó su camisa de camuflaje, que los cubría a ambos, y lo vio ahí desnudo y se miró ella también y contempló su desnudez al lado de la de él. Sintió entonces deseos de que la poseyera. Le tocó la cara haciendo una caricia con la palma de su mano y él abrió los ojos asustado. "No es nada —le dijo con suavidad— es que yo no puedo dormir". Entonces él la atrajo hacia sí, le dijo que la amaba y la cubrió con su cuerpo, le recorrió los senos y se demoró en sus pezones erizados, y sus manos le retrataron la piel lenta y suavemente, y su boca se le acercó ávida y sedienta, y buscó la de ella con ansia y los pájaros trinaron en el cielo y la cascada se desparramó sobre las vertientes y la neblina que subía al cielo los cubrió como si fuera una sábana transparente y había lianas danzando desde lo alto de los árboles y hojas que caían de las ramas más altas y se posaban en sus cuerpos desnudos, y también hubo una música que ambos oyeron pero que después no supieron explicar de dónde había salido.

28

Al llegar a la desembocadura de la quebrada La Cristalina, el "Caratejo" ordenó una parada obligatoria para buscar huellas en los playones que dejan las crecientes. Leonor Banderas continuaba aferrada a su instinto y les decía que siguieran derecho, que no perdieran tiempo, que ellos no iban a ser tan brutos de meterse por una quebrada que los llevaba a la montaña; que con seguridad iban a buscar gente que los protegiera en alguna vereda del Jiguamiandó o en el mismo Puerto Escondido. Pero tuvo que esperar, a regañadientes, porque el "Caratejo" era el que estaba al mando y el hombre no estaría dispuesto a que esa vieja le usurpara su poder. Además, él sabía que podía pensar con más serenidad, pues no se encontraba en

ese momento invadido por ningún sentimiento, sólo quería cumplir bien una misión encomendada por su jefe. Por eso desoyó a la mujer y envió a Rubén y a Carmelo a buscar pisadas en las playas y le ordenó a los demás que descansaran un poco. Desde lejos, sentados en la orilla, los guerrilleros veían las linternas cruzar de lado a lado, escudriñando las arenas. Al poco tiempo, los dos emisarios dijeron que no habían visto nada. Sólo pisadas de animales. “Tal vez de guaguas”, dijo Rubén.

—Esos malditos se metieron por la mitad del río —dijo el “Caratejo” mientras se paraba del suelo pedregoso y sacudía la arena que se le quedó pegada del pantalón.

—Esa vieja estúpida no conoce sino el camino a Puerto Escondido —dijo maldiciendo Leonor Banderas.

—Mejor nos dividimos —concluyó el “Caratejo”.

—Pues yo sigo derecho. Usted verá si se mete por la montaña —le contestó la mujer alzando la voz.

Entonces el “Caratejo”, que presentía las intenciones de Leonor Banderas, le ordenó a Carmelo que escogiera tres hombres y se fueran por la quebrada La Cristalina buscando huellas y que si encontraban alguna les avisaran por radioteléfono, y entonces le entregaron a Carmelo uno de los aparatos de radio. Ellos seguirían hacia Puerto Escondido. Tomadas las decisiones emprendieron la marcha cada grupo por su lado.

Los hombres del “Caratejo” llegaron horas más tarde a la quebrada La Doncella. Amanecía y un trinar de pájaros brotaba de todos lados. Era un afluente cristalino, de aguas frescas. Allí buscaron de nuevo huellas en los pantanos cercanos, pero tampoco encontraron nada.

—Eso es que siguen por la mitad del río. Cualquier bisoño sabe eso —decía Leonor Banderas al tomar la delantera, convencida de que estaban a punto de alcanzarlos.

—No estoy tan seguro —recalcaba el “Caratejo”—. Espero que los otros no encuentren nada, porque si encuentran algo nos toca devolvernos.

Más adelante, a plena luz del día, escucharon el ruido de una motosierra. El sol se encontraba pleno sobre el Oriente y una bandada de garzas blancas hacía figuras en el horizonte. Entonces se pararon y en voz baja el "Caratejo" distribuyó a sus hombres para rodear el lugar en donde trabajaban los aserradores.

Eran dos. El uno, entrado en edad, rudo y corpulento, disponía unas trozas de guayacán para sacar las tablas que después acomodarían en una panga estacionada en la quebrada. Tomaba las medidas con parsimonia, ajustaba unas piedras en la base del tronco para que éste no se moviera, y el otro, más joven, delgado y con un pañuelo rojo amarrado en la frente, cumplía las órdenes y partía los pedazos por donde el otro le ordenaba.

Cuando menos lo esperaban se vieron rodeados.

—Quietos, no se muevan —dijo el "Caratejo". Los demás apuntaban sus fusiles desde diferentes ángulos.

—¿Quién más anda con ustedes? —fue la primera pregunta. Su cara dura, sus vetas blancas, la mirada rígida y la cachucha al revés.

—Nadie —contestaron los dos, casi al unisono.

—¿De dónde son? —preguntó el "Caratejo", empujándolos contra la madera que tenían acumulada.

El mayor de ellos se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y llevó la vocería.

—Somos de Riosucio —dijo, pero por ahora estamos viviendo aquí; sacando para la comida.

—¿Cuánto hace que vinieron? —preguntó Leonor Banderas echándole una ojeada a la carpa que se veía unos pasos más allá, cerca de la quebrada, mientras enviaba a uno de los hombres a que les requisara las pertenencias.

—Pues hace como ocho días —volvió a decir el hombre corpulento.

—Bueno, calmados —dijo el “Caratejo”—, lo que queremos es que nos digan si vieron pasar tres personas. Dos hombres vestidos de camuflado y con ellos una mujer, más bien menuda.

—Llevan un fusil —complementó Leonor Banderas. Pero al “Caratejo” no le gustó que diera pistas y le hizo una mueca de enfado.

—Están por lo propio —dijo el hombre de más edad, mirando primero a su compañero con una cierta complicidad.

—¿Cuánto hace que pasaron? —se apresuró a preguntar Leonor Banderas. Se le notaba la excitación.

—Pues no sé —dijo el que hablaba—, aquí a uno el tiempo no le rinde; sería como una media hora o de pronto una. Tal vez menos, quien sabe.

Leonor Banderas sonrió y se montó de nuevo el fusil sobre el hombro. Pensó en tomar el camino de una vez pero esperó las órdenes del “Caratejo”.

—Vamos —dijo sin esperar a que el otro le contestara—, no perdamos más tiempo.

El “Caratejo” dejó a los aserradores al cuidado de los demás y se fue a conversar aparte con Leonor Banderas.

—No estoy seguro —le dijo—, no me dan como confianza. Muchas miraditas y muchas sonrisitas entre ellos.

—Qué va hermano, si no arrancamos no les damos alcance antes de llegar a Puerto Escondido y ahí sí se complica todo.

—Si, eso es cierto —dijo el “Caratejo” con dudas en el rostro—. Pues entonces vamos.

—¿Tienen algo de comer? —les preguntó Rubén antes de que se marcharan y el muchacho más joven fue a la carpa y les dio unos panes y luego les sirvió del café que calentaban en una hoguera.

—Gracias —dijeron algunos en coro y se fueron por una desecha camino del río.

A Puerto Escondido faltaban cuatro horas. Atrás se veía un hilo de humo que subía por entre los copos de los árboles, desvaneciéndose luego entre las nubes plateadas que cubrían los cielos. Iban en silencio pero apuraban el paso, imbuidos cada cual en sus pensamientos. Leonor Banderas tenía a Nadia entre ceja y ceja y se la imaginaba cazándola por la espalda y luego llevándola quebrada arriba, como un trofeo. El "Caratejo" rezongaba entre dientes sobre los dos sujetos que dejaron atrás y que no le parecieron de fiar; "no parecían de por estos lados, eran como forasteros", pensaba y sentía ganas de alcanzar a Leonor Banderas para decirle que más bien lo pensarán con calma porque de pronto resultaba una trampa que les estaban poniendo, pero la vieja andaba volando por entre el cauce del río.

—¿Qué encontraste, muchacho? —le preguntó el "Caratejo" a Rubén alcanzándolo por la espalda.

—Pues no, sólo ropa vieja y comida, o cosas personales. Pero no tenían armas—. Su frente seguía marcada por una arruga profunda que casi lo atravesaba y que si uno no miraba con detenimiento podría creer que fuera la cicatriz de una herida de guerra.

El viento silbaba por entre los árboles y empujaba una nube que se ponían cada vez más negras. Olía a lluvia y el cansancio comenzaba a hacer mella en los cuerpos de los hombres que ahora requerían el ánimo que los jefes les prodigarán. Leonor Banderas se tragaba las aguas con su caminar raudo y conservaba la mirada al frente, buscando los indicios que la llevaran a su presa, y el "Caratejo", caviloso, mirando las primeras chozas que comenzaban a verse a lado y lado del río, juntaba ideas y armaba con ellas las piezas de sus temores. Pero las nuevas preguntas le llegaban despacio.

—¿Qué cosas personales?

—Pues papel higiénico y crema de dientes y un reloj y un radio y bobadas así por el estilo.

Una lluvia menuda cayó sobre los milicianos. Cernía suave pero inclemente y comenzó a emparar de nuevo las camisas que habían empezado a secarse con el calor del día. Iban en fila india tragándose las distancias y el “Caratejo” aún apuraba su andar para alcanzar a Leonor Banderas, pero a la mujer ese día nadie le seguía el paso. A su lado se le pegó Rubén y poco a poco ganaban la delantera.

—¿Qué clase de radio? —le preguntó el “Caratejo” a Rubén en el preciso instante en que comenzaron a escuchar los primeros disparos. Entonces alcanzaron a observar, todavía sin precisar qué pasaba, cómo los hombres que iban al frente se tiraban a un lado y al otro para protegerse de las balas que parecían salir de todas partes. Pero no correspondían a las balas de un fusil, no eran la respuesta de Nadia y sus soldados: eran decenas de hombres que les disparaban desde los árboles que había en los alrededores, a ambos lados del río. Algunos pudieron responder al bulto, tirados en medio de las aguas; otros ni siquiera tuvieron tiempo de hacer fuego y cayeron ahí mismo entre los raudos y a los que levantaban la mano para entregarse porque estaban heridos los remataban sin decirles nada.

La primera que murió fue Leonor Banderas y su cuerpo, que flotaba en un remanso, teñía de rojo las aguas en donde se encontraba. Eran catorce con Rubén, quien alcanzó a decir que le pareció un radio igual al que ellos tenían. Y sí, era parecido y ahora sonaba el de ellos en el cinturón del “Caratejo”, quien quedó sentado en medio de la corriente, recostada la espalda contra una piedra, con la cachucha al revés y el rostro desencajado, mientras el resto de su piel adquiría el mismo color que tenían las manchas blancas de su cuerpo.

—Aquí, Ojo Azul, llamando a Huracán, me copian. Hemos encontrado las huellas de los tres como a cinco kilómetros, justo en donde hay una cascada. ¿Los esperamos? Respondan.

Cuando Nadia y Edison fueron a reemplazar a Patricio, éste, recostado contra un árbol, con los ojos abiertos como dos antorchas encendidas, miraba sin mirar hacia el fondo de la cañada, mientras las espumas

blanqueaban el lecho de la quebrada. La pareja se le paró al frente manoteando y haciendo gestos y él no los vio; seguía dormido con los ojos como espantados. Entonces lo sacudieron por los hombros y apenas si entornó los ojos que vagaron indecisos por las cuencas oscuras. Como no respondía después de tanto aspaviento, Édison se acercó a la corriente de la quebrada, empapó su camisa y trajo el agua necesaria para arrojársela en la cara.

—¿Dónde, dónde? —exclamó el soldado inundando de palabras una pesadilla que en su mente bullía y al apretar el fusil que aún colgaba de sus manos, empezó a ver las figuras que alborotaban al frente y que él en un comienzo creyó que eran las de sus perseguidores.

Pero los otros lo calmaron, le agarraron el arma que tenía apretada contra el pecho y lo tranquilizaron. "Calma, te quedaste dormido", le dijeron. "Es hora de irnos, no podemos seguir más en este sitio". Y entonces, sonámbulo como estaba lo acompañaron a la quebrada para que con el agua helada recordara en qué situación se encontraba. Allí despertó y después de lavarse la cara y sacudir la cabeza varias veces, emprendieron la marcha. Al llegar a la cima de aquella montaña observaron que las aguas venían del sur, como de regreso, mientras al Oriente, después de unas pequeñas colinas que alegraban el paisaje, se diluía una llanura inmensa cubierta de nubes. Entonces decidieron cruzar por la selva y abandonar de una vez la quebrada.

Pasaron horas y horas perdidos entre la maleza, abriendo brechas a un lado y al otro, guiados simplemente por la dirección del sol, usando palos para evitar que las zarzas les arañaran la cara, abandonados entre lodos y rastrojo, buscando un caño de agua limpia en dónde calmar la sed, y frutas o bayas para alimentarse. Bien entrada la tarde encontraron unas palmas de monte y en lo alto los frutos maduros. Las espinas del tronco les impedían acercarse, pero al lanzar los palos lograron tumbar unos cuantos, los que destruyeron con piedras para saborear la almendra. Luego bebieron agua atrapada en las hojas de los platanillos y con ella calmaron la sed. De lejos los fugitivos parecían tres moscas atrapadas en una inmensa telaraña de hierba y rastrojo, y más atrás, en la cascada, penetrados por el vapor que chispeaba con el sol y formaba miles de pequeños arco iris, los cuatro hombres que los perseguían husmeaban los rastros, para conocer el tiempo que los separaba y saber por dónde diablos habían cogido.

El anochecer los sorprendió al llegar a una de las colinas. El cielo se llenó de arreboles para recibirlos. Había unos colores extraños que se metían entre las nubes y éstas se teñían de azules y de naranjas. Atrás había quedado una selva espesa, enmarañada; adelante se divisaba un bosque tupido y sus árboles se estremecían con la algarabía de los pájaros. En ese momento vieron un ave inmensa, parecía un águila o un gavilán, pero no se atrevieron a disparar por temor a señalarle el camino a los perseguidores. El animal los miraba con desafío, con su curvo pico alzado hacia el cielo. "Además, si lo matamos, con qué prendemos fuego para cocinarlo", decía Édison y Patricio contestaba que él se lo comería crudo.

Allí, en un nido que la naturaleza misma les prodigó con hierba espesa como espuma para sus cuerpos vencidos, hicieron un lecho y se acomodaron a descansar. Los tres orinaron alrededor del sitio con la creencia de que con ello espantarían las serpientes. Édison le ofreció a Nadia su brazo como almohada y ella, inquieta pero rendida, se recostó sobre su hombro y contra su pecho. Se dieron un beso que les supo agrio, pero no dijeron nada sino que sonrieron y se apretujaron el uno contra el otro. Se cubrieron la cara con las camisas. Los zancudos los atropellaron, pero ellos ni siquiera se dieron cuenta. Era tal el cansancio que los sorprendió otro amanecer sembrados de bichos: moscas, zancudos, arañas de patas largas, hormigas, ladillas, y hasta piojos de monte que luego debieron arrancar de las espaldas.

El primero que se despertó fue Patricio a quien lo sacudieron como cocuyos las luces del amanecer. En ese momento soñaba que iba en carrera atropellada y detrás de él venía el "Caratejo", acezando como un perro y también Leonor Banderas quien le daba órdenes a una veintena de hombres que disparaban hacia las montañas y él estaba escondido detrás de un árbol cuando se percató de que el chilapo se le acercaba por la espalda. Le apuntó con el fusil y le disparó, hiriéndolo de gravedad en la mitad del pecho. Los demás, al ver que le había dado al jefe, lo cargaron en hombros y huyeron en desbandada. Entonces Patricio sintió que salía un sol inmenso que le encandilaba los ojos y se despertó, frente a esa luz cegadora, con el cuerpo sudando a mares y la piel cubierta de insectos. "Es buen augurio", pensó.

Patricio miró a su alrededor y vio un cielo azul que no terminaba en el horizonte. A sus espaldas las colinas que dejaron atrás permanecían mudas. No encontró en el paisaje huellas de los perseguidores, pero algo en el aire le decía que por ahí merodeaban. Miró a la pareja que se arrebujaba en sí misma, impregnados el uno del otro, listos a morir si Leonor Banderas los sorprendía así, impotentes. Los dejó dormir un rato más mientras recorrió el terreno y esculcó los alrededores. Había mortifios, uchucas,

guayabas y fresas de monte con las que se llenó los bolsillos. Al fondo, no muy lejos, un bosque de árboles brillaba con todos los verdes que existen y más allá se encontraba una cañada, lo que podía significar que encontrarían agua. Tenía la lengua seca y le ardían las ronchas en la piel de los brazos.

Al llegar de nuevo al lugar en donde pernoctaron los encontró todavía abrazados. Los llamó:

—Vamos, se hace tarde.

—Tarde para qué —le contestó Édison desperezándose.

—Aunque sea para buscar comida. Me muero del hambre.

Al levantarse los músculos estaban doloridos y apenas si podían moverse. Lo primero que hicieron fue mirarse la piel sembrada de habones. Comieron encantados las frutas dulces y suaves, y buscaron más fresas y uchuvas en las vecindades. Después emprendieron la marcha. No demoraron mucho en llegar al bosque y allí el camino se les facilitó pues debajo de los árboles poco crecía la maraña; lo atravesaron y al otro lado encontraron un caño de agua limpia. Por él caminaron todo el día, hasta que llegaron las sombras de otro atardecer. Bebieron y se bañaron, frotándose luego la piel con las ropas húmedas; se quitaron entre todos los piojos que tenían enterrados en las carnes, encontraron entre los matojos húmedos decenas de hongos rojos, pero no se atrevieron a comerlos y terminaron probando unos frutos dulces que los pájaros picoteaban y se caían al suelo de lo maduros que estaban. La noche los sorprendió, sentados bajo un árbol a la orilla de una quebrada, contándose otras historias de batallas perdidas.

Hay un momento en que se pierde totalmente la noción del tiempo. Eso les pasaba. No sabían si eran cuatro, cinco, o más los días que llevaban enterrados en la selva. Quizás ocho. Lo cierto fue que en la cascada no durmieron más de una hora, pero al día siguiente se profundizaron hasta que los despertó el sol brillando en el firmamento. Luego deambularon por un bosque, tal vez dándole vueltas al mismo sitio, hasta que encontraron un caño y por él se fueron, y éste los llevó a una quebrada en donde se bañaron y disfrutaron. Allí también durmieron, sin saber si era de día o de noche. Durante varios días bajaron por sus aguas hasta encontrar las primeras fincas de los colonos que acostumbran sembrar bien lejos del caserío.

Probaron con deleite frutos extraños y comieron plátanos pintones. Hasta que llegaron a un río grande y caudaloso que les impedía el paso.

—Estamos cerca —dijo Patricio—. No sé por qué pero este sitio me parece conocido—. Meditó y meditó, recorriendo con sus ojos las dos riberas para descubrir algún recuerdo.

—A mí también se me parece, pero no sé a qué —le contestó Édison y Nadia se rio y lo abrazó por la cintura—. Estaban emocionados.

—¿Y Nadia qué sabe? —le preguntó Patricio.

—Nadia, sabe de nadie —tarareó Édison y siguió canturreando la trova:

Nadia puede reírse,
y apagarse las cosas,
desmentirle a su ruina
los bostezos que lloran.
Nadia es luz, Nadia es sombra,
Nadia va a oscurecer.
Nadia va a oscurecer...

Y ella le dio un beso en la mejilla.

—Miren —les mostró Édison en medio de sonrisas.

—¿Esa no es una casa?

—Sí —dijo Nadia— Entonces llegamos. Pero tengamos cuidado, no vaya a ser que estemos en otro pueblo controlado por ellos. Recuerden que a mí me pasó eso al huir hace unos años. La gente de la vereda les colaboraba.

—No, yo como que conozco esto por aquí —dijo Patricio. Eso es que estamos cerca de Murri. Éste es el Riosucio. Hay que pasar a nado.

—Yo no sé nadar —dijo Nadia.

—Y yo nado muy mal —dijo Patricio.

—Pues me toca a mí, qué carajo —dijo Édison quitándose la ropa— espérenme aquí, yo voy por ayuda" y se lanzó al cauce, nadando despacio, con dificultad. Hasta que mucho más abajo se les perdió entre el oleaje, mientras lo arrastraba la corriente. Patricio y Nadia parados, empinándose para distinguirlo, lo veían entrar y salir bajo los raudos. Hasta que al fin lo vieron arribar a la otra orilla.

Nadia estaba atemorizada y no cesaba de decir que de pronto lo iban a matar y que luego les podían tender una trampa o que mientras esperaban los perseguidores los podían alcanzar. Pero Patricio la calmaba porque él tenía el presentimiento de conocer el lugar y si el pueblo que estaba cerca era Murri, pues ahí quedaba una Brigada del ejército. "El muchacho es avisado", le decía Patricio. "Ojalá", le contestaba ella.

Édison salió del agua con temblor en las rodillas, por eso se sentó un rato sobre las playas del río hasta que tomó el aire que necesitaba. Luego se paró tambaleante y caminó en las puntas de los pies para evitar los pedruscos. Después, entre los matorrales de la ribera, encontró un sendero y se perdió de la vista de Nadia y de Patricio, quienes permanecieron sentados en la otra orilla. Édison comenzó entonces a trotar por un camino y a su paso empezó a encontrar señoras que cargaban bultos de ropa y ancianos que caminaban apoyados en un bordón y niños que correteaban al frente de los ranchos de las viviendas. Y todos lo miraban, intrigados de verlo correr en calzoncillos por la vereda. Cuando llevaba unas cuantas cuadras, Édison vio que venía una patrulla de militares, quienes también lo miraban aterrados de que estuviera sin ropa.

—Sargento —le dijo al suboficial al reconocer las insignias militares—, soy el soldado Rodríguez y me le acabo de volar a la guerrilla.

—Cojan a ese loco y llévenselo al Alcalde —contestó el Sargento, haciendo chanzas y burlándose con sus soldados.

—Sargento le digo la verdad, nos volamos tres, somos dos soldados y una guerrillera. Ellos me aguardan, pero no saben nadar y se quedaron al otro lado del río.

La historia parecía increíble. Al fin de cuentas hubo muchos muertos, cuyos recuerdos se disolvieron en la memoria. Pasaron más de ocho meses desde aquel entonces, y el incidente, como siempre ocurre, comenzaba a olvidarse. Entonces lo llevaron a la guarnición y en presencia del Capitán Mahecha, quien lo miraba con atención, Édison repitió la historia. Allí habló lo que pudo en forma atropellada, tomando café caliente que le ofrecieron y apurando unos panecillos que se tragó mientras contaba la historia.

—Nos secuestraron en Curadó. Eso fue hace casi un año, ¿recuerda mi Capitán?

—Claro que recuerdo —contestó el Capitán y luego dirigiéndose al Sargento:

—Sargento revise los archivos, busque el nombre de él y los ..., ¿de quienes más?

—De Patricio Alvarado, porque la muchacha es Nadia, bueno yo ni le sé el apellido. Ella fue la que nos ayudó a escapar. Yo iba con los soldados del Teniente Ospino, ¿se acuerda? A ellos los mataron y a diez de nosotros nos secuestraron; bueno, doce con los dos policías que también se llevaron.

—Claro que recuerdo al Teniente Ospino, llevábamos un año trabajando juntos, ¿Y el Cabo Peña?

—Allá está con los secuestrados, en las cabeceras del río.

Entonces le pusieron una manta en las espaldas y le llevaron una muda de ropa de algún soldado y Édison se vistió con rapidez y pidió que lo acompañaran pronto porque ellos no sabían nadar y quizás del desespero se arriesgaban, y ese río era de mucha corriente, pues a él, tan cansado como estaba, le dio mucha dificultad llegar a la otra orilla. "Vamos", dijo el Capitán organizando a sus hombres. "Al puerto, nos vamos en la voladora", y salieron juntos del lugar.

—¿Los perseguían? —preguntó el Capitán.

—Sí, pero hacía unos días que habíamos perdido el contacto.

—Pueden estar cerca. Estemos preparados. Vamos, Sargento, que se muevan. Declare el estado de alerta.

Y tomaron varias lanchas que había en el puerto y cruzaron el río dirigiéndose hacia arriba en contra de la corriente y Édison buscaba en la orilla hasta que vio dos puntos negros en la distancia. "Allá están", gritó y agitó los brazos para que ellos lo reconocieran. Entonces hubo risas y palmoteos y vivas y los patrulleros se bajaron y se internaron en el monte para tomar posiciones defensivas mientras Nadia y Édison se abrazaban.

—Capitán le presento a mi novia —dijo Édison, y Nadia se llenó de colores.